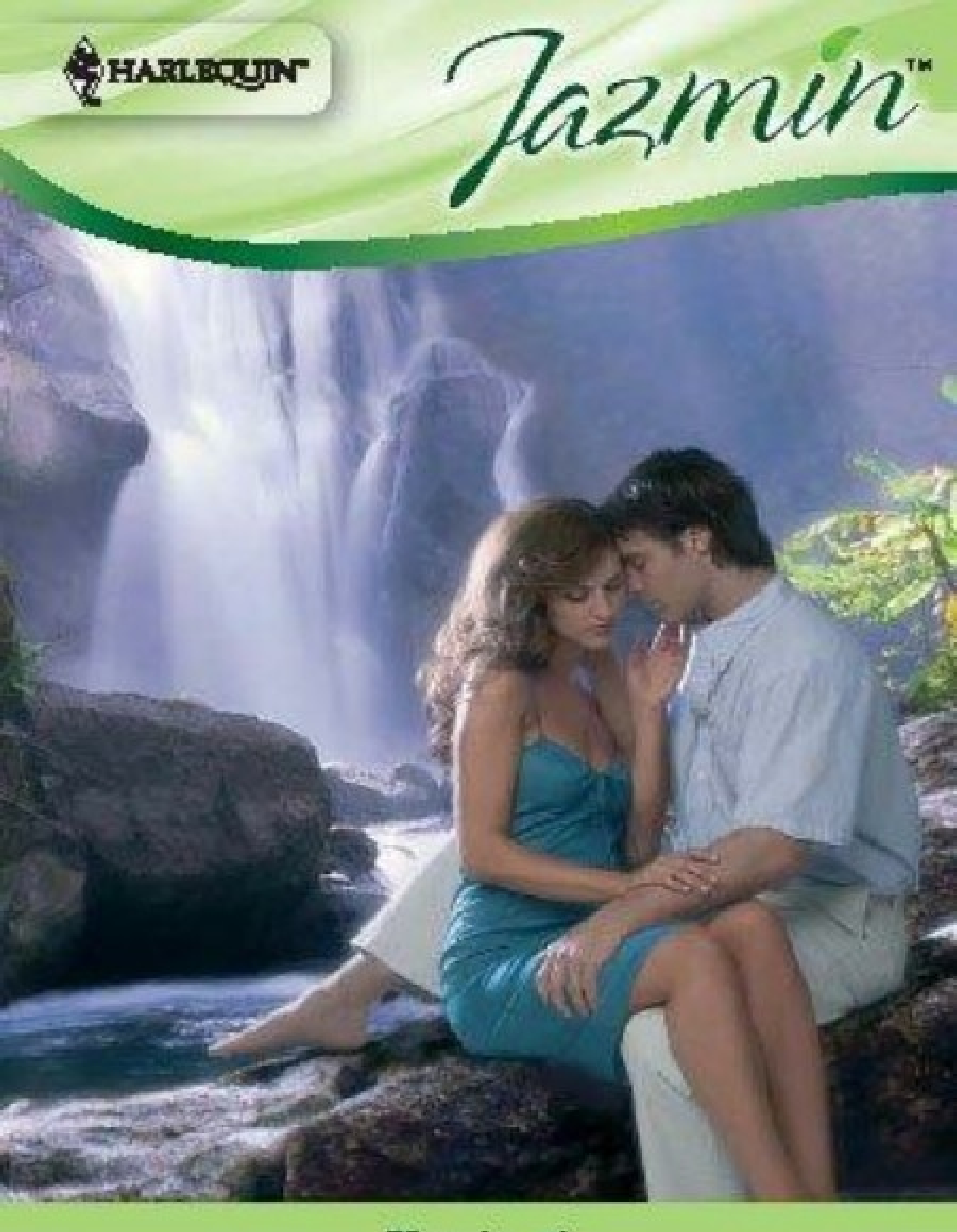


Hacia ti

ALLY BLAKE

Hacia ti

Ally Blake

HACIA TI, N.º 2353 - septiembre 2010
Título original: Millionaire Dad's SOS

Argumento:

¿Qué había sido del soltero más cotizado de Brisbane, Zachary Jones? Al buscado multimillonario no se le había visto en el circuito social durante meses. Aunque era sabido por todos que era muy reservado, según los rumores había una buena razón para su repentina desaparición: acababa de convertirse en padre. ¿Sería verdad?

¿Tal vez Zach hubiera pedido ayuda a la chica de portada Meg Kelly, que también había desaparecido de las fiestas durante la última semana? Desde luego, ella sí podría darle consejos sobre infancias difíciles.

CAPÍTULO 1

–DE TODOS los hoteles del mundo, ¿por qué ha tenido que venir precisamente al mío?

Zach Jones estaba a la sombra de una frondosa palmera, en la entrada de la residencia Waratah, observando a la mujer que bajaba los amplios escalones de piedra del edificio principal del hotel-spa Juniper Falls Rainforest.

No había muchas razones por las que su equipo se pusiera en contacto con él directamente ya que tenía reputación de ogro con dolor de muelas. Y, sin embargo, la rumoreada llegada de la mujer que en aquel momento intentaba esconder una masa de rizos oscuros bajo una gorra les había parecido lo bastante importante como para molestarlo.

Y el ogro se alegraba de que así fuera.

Después de ir a correr un rato, como hacía todos los días, había esperado que apareciese y, al final, la espera había dado resultado. A pesar del atuendo y las gafas de sol, la había reconocido de inmediato. No había muchos hombres en el mundo que no la reconocieran.

Aunque llevaba un pantalón corto, camiseta y zapatillas de deporte en lugar de diamantes y un elegante vestido de diseño, no había manera de equivocarse con esos rizos y esa figura de guitarra… una figura que pedía a gritos vestidos años cincuenta y tacones altos.

La mujer que había puesto de los nervios a su equipo en cuanto apareció en un deportivo rojo lleno de maletas de diseño y amigas de diseño también no podía ser otra que Meg Kelly.

–Maldita sea –murmuró, escondiéndose un poco más entre las sombras, un sitio que siempre le había gustado más que la luz pública.

Y mucho más que los focos que Meg Kelly parecía llevar siempre consigo, tal era su magnetismo para la prensa. Ese tipo de atención la convertía en la clase de cliente que cualquier propietario de hotel daría un brazo por tener.

Pero él no. Ya no.

Meg desapareció un momento entre un grupo de árboles y cuando apareció de nuevo estaba inclinada sobre sí misma, el redondo trasero marcado bajo el pantalón corto…

Zach apartó la mirada, pero no había podido evitar que su sangre se calentase y, nervioso, se pasó una mano por la frente, diciéndose a sí mismo que era efecto del sol.

Pero miró de nuevo para ver la piel entre la camiseta y el elástico del pantalón… ¿qué era eso, un tatuaje?

Zach levantó los ojos al cielo, respirando profundamente.

La razón por la que llevaba un par de meses sin moverse del hotel Juniper Falls en lugar de hacer lo que hacía siempre, viajar de un sitio a otro para ampliar su imperio de hoteles, sería muy interesante para la prensa del corazón de la que Meg Kelly era chica de portada.

Y si fuera por él, podrían decir lo que quisieran. Desde que dejó el carrusel de orfanatos y casas de acogida nadie le decía quién era, quién dejaba de ser o dónde tenía que llegar. Sus éxitos y sus errores eran sólo cosa suya.

Pero de todos los éxitos y los errores de su vida, la razón por la que ahora estaba en medio de ninguna parte era la más inviolable de todas.

De hecho, había recibido una llamada perdida por esa razón y ahora no contestaba al móvil que le había comprado específicamente para que siempre pudieran estar en contacto.

Además, su hombre en St. Barts le había dejado un mensaje diciendo que los funcionarios de la isla no habían firmado el visto bueno para la inauguración de su último hotel… y luego estaba Meg Kelly. Todo eso antes de empezar el día.

Zach no creía que aquella semana pudiese ir peor de lo que iba.

***

Meg no podía imaginar una semana mejor.

–¡Ay, ay, ay! –exclamó, al notar que tenía una ampolla en la planta del pie.

Muy bien, si hubiera llevado tiritas en la maleta la cosa iría mejor, pero todo lo demás era maravilloso, pensó, respirando el aire fresco de la mañana.

La respiración se convirtió en un bostezo y luego en una sonrisa que intentó disimular para que no la pillaran riéndose sola. La prensa la había dado por desaparecida y lo único que le faltaba era que, además, dijesen que estaba loca.

Sin embargo, la experiencia le decía que alguien estaba observándola y se volvió, pero todo a su alrededor estaba tranquilo a esa hora de la mañana. Seguramente sólo era el sol que le hacía cosquillas en la piel.

De nuevo, respiró profundamente y de nuevo volvió a sonreír mientras caminaba sobre la hierba.

Si sus hermanos pudieran verla levantada tan temprano y vestida con ropa deportiva, les daría un ataque de risa. Ella no estaba hecha para las actividades al aire libre y sólo veía salir el sol cuando se acostaba de madrugada.

Pero aquella semana no era Meg Kelly, chica de portada. Aquellas vacaciones no iban a convertirse en una reunión del grupo de inversiones Kelly. Aquella semana, gracias a sus mejores amigas, sólo

era una chica que estaba de vacaciones.

Eso sí, cuando Rylie y Tabitha la metieron en el Jaguar diciendo que se iban a un hotel en la Costa Dorada de Queensland había tenido un momento de pánico.

Había mucha gente que contaba con ella: eventos a los que debía acudir, vestidos de diseños que debía ponerse, cenas benéficas en las que se contaba con su presencia… y luego estaban las mujeres y niños del centro de acogida Valley Women. Había tal inercia en su vida que era casi imposible parar.

Pero incluso después de que Tabitha le explicase que aquel hotel-spa era algo más que un sitio en el que desintoxicarse comiendo alimentos orgánicos y haciendo yoga y meditación, pronto había empezado a gustarle la idea.

Cuando las luces de la ciudad quedaron atrás y el aire del mar empezó a llenar sus pulmones la idea de alejarse, de pasar una semana libre de tensiones, sin familia, sin paparazzi, sin dramas, casi había hecho que se marease de alegría.

Aunque los dramas, la familia y los paparazzi ya no la molestaban porque habían sido parte de la maldición Kelly desde siempre.

Pero los últimos meses habían sido particularmente dramáticos incluso para su familia: compromisos, fugas, experiencias traumáticas… el tipo de escándalo que hacía que los paparazzi los persiguieran a todas horas.

Meg sacudió la cabeza para intentar olvidarse de todo mientras miraba alrededor. No veía a las chicas. Sus chicas, su apoyo. Las que se habían dado cuenta de que estaba agobiada aunque ella no había dicho una palabra. Chicas que en aquel momento seguramente seguirían dormidas.

–Tontas –murmuró.

–Buenos días –la saludó un empleado del hotel.

–Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

El pobre hombre estuvo a punto de tropezar al darse cuenta de quién era y Meg tuvo que disimular una risita. De modo que la gorra, las gafas de sol y el atuendo deportivo que había comprado en una de las boutiques del hotel no engañaban a nadie.

En fin, era de imaginar.

***

Meg se colocó al final de un grupo de gente de mediana edad que iba a correr por el camino que rodeaba el hotel.

Haciendo un esfuerzo por calentar sus músculos, Tabitha levantaba las rodillas con entusiasmo mientras corría sin moverse mientras Rylie, la reina del Pilates, estiraba las piernas.

Meg, por otro lado, intentaba no sentirse rara sin tacones.

–Ese hombre merece el precio de la habitación –bromeó Tabitha.

–Calla –la regañó Meg, mientras intentaba entender lo que decía la instructora–. ¿Ha dicho que vamos a correr cuatro kilómetros esta mañana?

–Ha dicho cinco.

Meg se colocó las gafas de sol sobre la cabeza.

–¿Cinco?

–Cinco –repitió Tabitha–. Y presta atención, acabo de ver a un pedazo de hombre a la derecha. Lleva cinco minutos mirándote.

–Pues menuda noticia –suspiró Rylie, volviendo la cabeza–. No, lo retiro. Éste sí es noticia.

Meg levantó los ojos al cielo.

–No pienso mirar.

–Pues tú te lo pierdes.

–Bueno, a ver, ¿dónde?

–Por encima de tu hombro derecho –dijo Tabitha–. Camiseta, bermudas de color caqui, zapatillas viejas, una gorra hecha polvo…

Meg no tuvo que preguntar por qué les parecía tan interesante. Ninguna mujer de menos de cien años podría dejar de mirar al hombre que estaba apoyado en una palmera.

Era alto, impresionante, con los hombros más anchos que había visto nunca. Iba sin afeitar y su pelo oscuro asomaba bajo la gorra. Estaba muy moreno, como si pasara la mitad de su vida al sol, y tenía los músculos de alguien que se ganase la vida trabajando con las manos. De hecho, parecía un modelo, pero mucho más masculino.

Para una chica como ella, un imán para tipos con traje de chaqueta italianos y con una agenda tan apretada que tenía que encontrar tiempo para lavarse el pelo, aquel hombre era una revelación.

De repente, Meg sintió que un extraño calor le subía a la cara. Y el hecho de que hubiera treinta grados de temperatura no tenía nada que ver. Pero ella era una Kelly. Hacía falta algo extraordinario para que una Kelly sudase.

Aunque no podía ver sus ojos bajo la visera de la gorra, sentía que estaba mirándola fijamente. Sus ojos estaban clavados en su cuello, en su pelo… en sus labios. Y la afectó tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para no tocárselos.

Meg respiró y dejó escapar el aire con una exhalación suave y relajante.

¿Y si aquello era justo lo que necesitaba durante esas vacaciones?, se preguntó. Mucho más que una sesión de yoga o de tai chi. Más que correr cinco kilómetros.

¿Podría hacerlo? ¿Se atrevería a hacerlo? Considerando que cada paso, y cada tropezón, que daba acababan siendo conocidos por todo

el país, habría que echarle mucho valor. Pero aquel extraño podría ser perfecto.

Meg lo miró directamente y le regaló una sonrisa.

Pero después de darle tantas vueltas al asunto, el hombre no se la devolvió. Nada, ni un gesto, ni una mueca, como si no se diera cuenta de que estaba mirándolo.

Meg sintió que le ardían las mejillas.

–Si no te hubiéramos secuestrado, esto no estaría pasando –dijo Tabitha.

–Estoy intentado imaginarlo, te lo aseguro –replicó ella, mortificada.

Meg dejó de mirar al extraño y levantó los ojos al cielo, como si estuviera intentando guiarse por el sol.

–Puede que esté viendo cosas –intervino Rylie–, ¿pero no es Zach Jones?

Meg miró a su amiga.

–¿De qué me suena ese nombre?

–Formó parte del equipo olímpico de remo hace unos años y, por lo que veo, sigue haciendo deporte. Ahora es el dueño de este hotel y de una docena más por todo el mundo.

Un hombre hecho a sí mismo, inconformista… pero no se sabe mucho sobre él porque no concede entrevistas.

–¿Soltero? –preguntó Tabitha.

–Perpetuamente soltero –contestó Rylie, con una sonrisa en los labios.

–Perfecto. A tu padre le caería fatal, Meg.

–¿Y? –preguntó ella.

–Que Tabitha tiene razón –dijo Rylie–. No tienes por qué salir siempre con los sosos sin ambición y sin personalidad que escoge tu padre.

–Prefiero pasar mi tiempo libre con hombres que no se pongan a hablar de inversiones durante la cena, muchas gracias. Eso ya tengo que soportarlo en mi casa. Además, lo único bueno de salir con sosos es que no intentan llegar a mi padre gracias a mí.

–Lo que tú digas –suspiró Tabitha.

Meg hizo una mueca mientras se daba la vuelta.

Lo que no había dicho era que los que a ella le gustaban eran los hombres que no querían compromisos, los que no tenían prisa por formar una familia. Una presión menos para ella.

Además, hacía tiempo que no llegaba a extremos para llamar la atención de su padre.

¿Para qué? Nunca había funcionado.

Rylie se acercó un poco más para hablarle al oído: –Tiene que ser Zach Jones, seguro. Es imposible dar con él, pero con una entrevista suya una chica como yo podría olvidarse de los programas matinales de televisión. Me pregunto qué hará aquí en lugar de estar al otro lado del mundo comprando hoteles. Y me huelo algo.

Meg intentó controlar los rizos que escapaban de su gorra, mirando al hombre por el rabillo del ojo.

Había inclinado a un lado la cabeza y el sol le daba de pleno en la cara. Tenía una estructura ósea perfecta, pensó, y unos labios tan perfectamente cincelados que le costaba trabajo apartar la mirada.

Pero toda esa perfección empalideció cuando por fin vio sus ojos.

Que estaban clavados en los suyos.

Oscuros, peligrosos. Estaba demasiado lejos como para saber de qué color eran, pero tenía la impresión de que podría haber estado al doble de distancia y aun así hubiera podido sentirlos clavados en ella.

Zach Jones.

Ese nombre le resultaba familiar… y le pareció oír la seca voz de su padre mientras leía el *Financial Times:*

–Se ha hecho demasiado grande en poco tiempo. Ese testarudo está abarcando más de lo que puede y cualquier día se dará de bruces.

Meg no sabía nada sobre él, pero sí sabía que su padre jamás mencionaba a nadie que no estuviera a cierto nivel, fuera un cliente, un competidor o un hijo.

Y tuvo que tragar saliva.

Zach Jones no estaba intentando flirtear con ella y tampoco parecía precisamente encantado de verla. Y, sin embargo, empezaron a temblarle las rodillas.

Él movió los hombros entonces, como si se encontrase incómodo. La primera señal de que no era tan indiferente como quería dar a entender.

Ese pensamiento hizo que Meg sintiera algo, no sabría decir qué, pero era como una cascada rompiendo un dique de follaje que llevase una década sin ser molestado.

La ferocidad de su reacción hizo que diese un paso atrás… y que tuviera que apoyarse en el otro pie de inmediato al sentir el dolor en la ampolla.

El hombre dio un paso hacia ella, haciéndole un gesto con la mano, y Meg supo que él era el responsable de que se hubiera quedado sin aliento.

Afortunadamente, consiguió recuperar el equilibrio y el extraño, que parecía a punto de ayudarla, se detuvo.

–¿Cuándo vamos a empezar a correr? –musitó, entre dientes.

Rylie alargó una mano para darle un pellizco.

–Mira quién está deseando ponerse a correr de repente.

–Desde luego –murmuró ella, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro como si tuviera hormigas–. ¡Hay que quemar el ácido láctico!

Mejor eso que tener que soportar el calor de los ojos del extraño en su espalda.

No era la primera vez que un hombre mostraba interés por ella, naturalmente. Eso iba con la etiqueta de «celebridad», igual que el ser excesivamente adorada. Pero solía ocurrir desde lejos y con extraños a los que no tenía que mirar a los ojos.

–¡Meg, ven aquí! –la llamó Tabitha, para que el extraño la oyera.

–¿Qué haces?

–Te lo dejamos a ti –dijo Rylie–. Cuento contigo para que me consigas una exclusiva.

–¡No, no, no! –les suplicó Meg.

Pero era demasiado tarde porque sus amigas ya habían salido corriendo. Rylie, la corredora de maratones y Tabitha, la obsesa del gimnasio. Meg no podría seguir su ritmo aunque quisiera hacerlo. Ni siquiera con la descarga de adrenalina que corría por sus venas en ese momento, sola en medio del camino, con Zach Jones acercándose a ella.

CAPÍTULO 2

MEG corrió durante unos cinco minutos antes de detenerse. Y para entonces deseaba llevar un sujetador deportivo, una cinta en el pelo y una moto.

El resto del grupo la adelantó, incluyendo la instructora, que iba la última.

Todos.

Pero podía sentir una presencia masculina tras ella porque oía unas pisadas masculinas sobre el camino de tierra.

Intentando llevar aire a sus pulmones, respiró el aroma que le llevaba la brisa de verano: caro, sutil y totalmente masculino.

Todo eso de un hombre que se le había metido en la piel sin conocerlo siquiera, sin haberlo visto de cerca. Un hombre que no le había devuelto la sonrisa. Sí, cuanto antes descubriera qué quería y por qué la miraba, mejor.

–¿Hemos llegado ya? –preguntó en voz alta, para que no tuviese duda de que se dirigía a él.

–Dé la vuelta y pregúnteme entonces –sonó una voz ronca a su lado. Una voz que hacía juego con el resto del hombre.

Meg se puso una mano en el costado con la esperanza de controlar el flato… y un ataque de nervios.

A distancia, Zach Jones era un hombre increíblemente atractivo. De cerca era demasiado apuesto como para poder expresarlo con palabras. Meg se concentró en la nariz con el puente roto, las cejas y los reflejos claros del sol en un pelo oscuro para no sentirse abrumada.

–No se quede atrás por mí –le dijo, con una sonrisa en los labios–. Esa gente no se da cuenta de que se aprecia mucho mejor el paisaje caminando que corriendo.

–Estoy bien aquí.

Esas palabras podrían interpretarse de cualquier manera, pero Meg se enfadó con su corazón por ponerse a hacer un bailecito absurdo dentro de su pecho.

–Estupendo, caminaremos juntos entonces. El paisaje siempre es más interesante cuando tienes a alguien con quien compartirlo.

Ninguno de los dos dijo una palabra durante un interminable minuto. La tensión era tal que Meg estuvo a punto de ponerse a correr, aunque apenas había tomado aliento.

–Parece que esto de correr no es lo suyo.

Meg soltó una carcajada.

–¿Tengo aspecto de deportista?

El hombre la miró de arriba abajo: el pantalón corto de color rosa, la camiseta negra con un dibujo de lentejuelas sobre el pecho…

Y, aprovechando la distracción, ella lo miró a los ojos.

Unos ojos oscuros, profundos, de color castaño, con unas arruguitas alrededor que harían que a una chica se le encogiera el corazón cuando sonriese. Si sonreía alguna vez porque con ella no lo había hecho hasta el momento. Incluso diría que la miraba con disgusto.

Por fin, Meg pudo olvidarse de la absurda atracción que sentía por él y pensar con la cabeza. Tenía que haber alguna razón para que ese hombre estuviera a su lado, pero empezaba a quedar claro que no lo hacía por gusto.

Pensativa, rozó con la lengua uno de sus dientes superiores, ligeramente roto, una costumbre en la que solía caer cuando no lo tenía todo controlado y que intentaba evitar.

–Entre nosotros, lo de correr no es lo mío. Me va más el yoga.

A veces. De vez en cuando. Bueno, bien, sólo había ido a dos clases con Rylie.

–Yoga –repitió él, mirándola a los ojos por fin.

Llevaba toda su vida perfeccionando el arte de ser Meg Kelly, figura pública. Pero dos minutos después de conocer a Zach Jones, él parecía leer sus pensamientos.

¿Quién era aquel tipo y qué quería de ella?

–Bueno, no soy una fanática del yoga ni una corredora. Soy más bien de las que toman chocolate para desayunar y luego eliminan las calorías bailando en el salón. En cualquier caso, es totalmente imposible que pueda correr con los demás, así que siga usted, no se preocupe.

–Entre nosotros –dijo él entonces en tono conspirador–, ya he corrido cinco kilómetros esta mañana.

–Ah –murmuró Meg. Ah, desde luego–. ¿Y qué hace aquí otra vez?

Él le ofreció su mano.

–Soy Zach Jones.

Meg la estrechó. Incluso los más fríos se delataban con un apretón de manos. Una ligera vacilación, una palma sudorosa… y ella siempre notaba esas cosas.

Pero con Zach Jones no notaba nada. El apretón era firme, seco, masculino.

Asombroso. Más que asombroso. Aquel hombre tan guapo y tan serio tenía un rostro abierto, hecho para sonreír.

«Y no olvides que bajo la ropa informal, la sombra de barba y el cuerpo de un dios griego, Zach Jones es un macho alfa camuflado y no merece la pena preocuparse por él».

¿Entonces por qué seguía apretando su mano?

«Porque es muy cálida, seca y envolvente, por eso».

–Yo soy Meg.

No había dicho su apellido, no sabía por qué. Tal vez porque a lo mejor sólo era un chico tímido.

–Encantado de conocerte, Meg –dijo él, esbozando una sombra de sonrisa.

Sabía quién era. Claro que lo sabía. Tendría que irse de Australia para encontrar un hombre que no supiera de ella. Un hombre que no se hubiera hecho una idea preconcebida antes incluso de hablar con ella.

Meg cerró los ojos un momento y, usando una técnica que le habían enseñado en una clase de introspección el día anterior, buscó su centro… pero fracasó miserablemente y decidió usar lo que funcionaba en el mundo real: buscar la fuerza interior para mirarlo a los ojos.

–Bueno, Zach Jones, por lo que me han dicho tú eres el dueño de este garito.

Los ojos oscuros brillaron entonces y el brillo los hizo más atractivos si eso era posible, más tentadores. Y

Meg tuvo que tragar saliva.

Pero en lugar de contestar directamente, él le preguntó: –¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

–¿Está haciendo una encuesta?

–No.

–¿No es usted uno de esos jefes que lo controlan todo?

La boca más sensual que había visto nunca esbozó una sonrisa… pero una sonrisa un poco forzada. Por lo visto, no se creía su actitud despreocupada.

–¿Cuánto tiempo? –repitió.

–Vamos a estar aquí una semana.

–¿Vamos? ¿No ha venido sola?

Meg levantó un pie para estirar… el músculo que iba del pie a la pantorrilla, como se llamase.

–Dos de mis amigas me han regalado estas vacaciones. Rylie Madigan y Tabitha Cooper.

Había dicho sus apellidos para ver cómo reaccionaba. Tabitha era hija de un ex primer ministro y Rylie trabajaba en televisión, de modo que eran tan reconocibles como ella.

Zach Jones respiró profundamente, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

–¿Entonces vuelven a casa…?

–En unos días.

Él asintió con la cabeza, aparentemente más satisfecho de lo que debería, en opinión de Meg.

Aunque bajo las sonrisas y la ropa elegante ella era una chica dura, porque tenía que serlo para sobrevivir en la familia Kelly, por lo visto

también era una chica con el orgullo herido porque le molestó esa actitud.

Había tenido que hacerse dura, en realidad, cuando estaba en peligro de explotar por la presión. Mucho tiempo atrás, una eternidad en realidad, en un perverso intento de llamar la atención de su padre, había dejado que las cosas se le escaparan de las manos. Pero eso la había asustado lo suficiente como para tomar el control de su imagen y de su vida.

Su ingenuidad había desaparecido para siempre y desde entonces tenía una perspectiva cínica de la vida. Claro que lo bueno de eso era que ya nada la asustaba. Nada en absoluto.

Y, sin embargo, la actitud de aquel hombre empezaba a afectarla.

Por fin, frustrada, levantó la barbilla en un gesto de desafío.

–Debo decir que ha elegido un sitio estupendo para su hotel. La verdad es que me gusta mucho y… ¿quién sabe? Podría quedarme más tiempo.

Él la miró, sus ojos oscuros, retadores, pero Meg levantó una ceja, como diciendo: ¿que vas a hacer al respecto?

Pero lo que Zach Jones hizo fue sonreír.

Naturalmente, su sonrisa era todo lo que ella había imaginado y más aún. Era una sonrisa que lo hacía parecer juguetón, cálido, encantador. Y se le doblaron las rodillas.

Abrió la boca dispuesta a preguntarle qué demonios estaba pasando allí cuando él puso una mano en su espalda y la empujó suavemente. Meg se quedó tan sorprendida que dejó escapar una exclamación.

–¡Oiga!

Notaba el calor de sus dedos atravesando el algodón de la camiseta y sólo cuando vio un árbol en medio del camino se dio cuenta de que estaba intentando evitar que se diera de bruces con él.

Pero incuso cuando apartó la mano, Meg seguía sintiendo el calor de sus dedos.

***

¿Por qué había tenido que tocarla?, se preguntaba Zach.

Un simple: «cuidado con el árbol» habría sido suficiente. En lugar de eso, sus ojos estaban clavados en el tatuaje que asomaba por el elástico del pantalón.

Y tenía la sensación de que su piel se le había quedado grabada en la yema de los dedos.

Zach cerró el puño y se apartó un poco de la mujer que podría poner en peligro todo lo que era importante para él.

Debía admitir que la mujer que parecía florecer bajo los focos como una orquídea en un invernadero en persona era pequeña y más

cercana de lo que había esperado. Divertida, traviesa…

Tenía que hacer un esfuerzo para recordar que su padre era Quinn Kelly, uno de los hombres más condescendientes que había tenido el disgusto de conocer y tratar al principio de su carrera. Y sin duda había algo de Quinn Kelly en ella, esas cosas eran genéticas.

En cuanto al resto… Zach deslizó la mirada por su boca, su cuello, sus brazos y las caderas de Betty Boop antes de volver a mirar su boca.

Unos labios tan generosos no podían ser naturales. Suaves, rosados y ligeramente curvados hacia arriba incluso cuando tenía el ceño arrugado, como en aquel momento. Esos labios eran suficiente para que la mitad de los hombres de Brisbane estuvieran locos por ella.

La otra mitad sencillamente no leía revistas ni veía programas de televisión.

Y a su cuerpo parecía importarle un bledo que fueran naturales o no.

Pero cuando miró sus ojos azules, unos ojos mencionados una y otra vez en las revistas, tuvo que reconocer que eran espectaculares: brillantes, enormes, de color azul zafiro.

Unos ojos por los que hasta el hombre más indiferente se tiraría de cabeza a un río sin que le importase un bledo ahogarse.

Afortunadamente para él, el hecho de que sus hormonas hubieran despertado al ver a Meg Kelly no iba a ser un problema. Él sabía que era absurdo perseguir a quien nunca sería suya. Tenía que darle las gracias a su infancia por esa lección vital.

Aquella chica era un problema. Y si además pensaba en sus amigas, una periodista y la hija de un ex primer ministro, aquel día iba a ser una pesadilla.

Era hora de darle la vuelta a la situación.

–Señorita Kelly –empezó a decir–. Necesito que me diga qué están haciendo aquí sus amigas y usted.

Cuando lo miró en sus ojos no había sorpresa alguna. Era lista, pensó. Se había dado cuenta de que no iba a extenderle una alfombra roja.

–¿Qué quiere decir?

–¿No preferirían un sitio más… entretenido para pasar sus vacaciones?

–Yo diría que despertarme a las cinco y media de la mañana es lo más entretenido que he hecho en mucho tiempo.

Zach tuvo que disimular una sonrisa.

–Tal vez, pero ni usted ni sus amigas son el tipo de cliente que busca perder unos cuantos kilos, volver a la naturaleza o lidiar con una crisis vital.

Meg se detuvo en medio del camino.

–¿Por qué piensa que no estamos aquí para «llenar nuestro pozo

emocional», como dice en sus folletos? ¿De verdad corro tan mal?

La respuesta era totalmente razonable, el tono juguetón. Pero al final fueron esos famosos ojos los que la delataron. Meg Kelly estaba dispuesta a la batalla, una batalla que Zach no tenía intención de dejarle ganar.

–Una isla privada en Bahamas, un yate en el Mediterráneo, Las Vegas… podría estar usted en cualquiera de esos sitios en menos de veinticuatro horas y no tendría que correr en absoluto.

–Vaya, señor Jones, espero que no piense utilizar esa frase para atraer clientes.

De nuevo, Zach tuvo que disimular una sonrisa mientras se inclinaba un poco hacia ella, sin arriesgarse a tocarla naturalmente.

Aun así, sintió que ardía por dentro. Pero no como un hombre con un propósito, sino como un hombre excitado y tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse.

–Mis hoteles son sitios para la contemplación y el rejuvenecimiento, no clubs llenos de celebridades con los consiguientes paparazzi. Si veo una cámara o algo que se parezca a un teleobjetivo…

–¿Qué? –lo interrumpió ella–. ¿Pensará que es culpa nuestra y nos echará de aquí?

Le encantaría poder hacerlo, desde luego. Pero la publicidad negativa atraería a más periodistas.

–No, claro que no –contestó Zach–. Sólo me preocupo por su intimidad, como me preocupo por la intimidad del resto de mis clientes.

Meg lo miró durante unos segundos, en silencio, como si estuviera intentado entenderlo. Pero podía intentarlo todo lo que quisiera, no iba a conseguirlo. Nunca lo sabría.

Entonces, como si hiciera un enorme esfuerzo, tomó aire y sonrió con tal dulzura que Zach tuvo que hacer gala de todo su autocontrol para permanecer impertérrito.

–Entonces, si no corremos desnudas por el campo de golf, ni exigimos Evian para lavarnos el pelo y si ninguna cámara graba lo que hacemos para un programa de tele realidad, ¿podemos quedarnos?

Zach levantó una ceja.

–Por supuesto.

Meg levantó una ceja a su vez.

–De verdad, señor Jones, cuanto menos toque usted el departamento de marketing de su negocio mucho mejor para todos.

Luego dio un paso adelante, esta vez invadiendo su espacio a propósito, y Zach tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un paso atrás.

–Es su día de suerte porque estoy aquí de vacaciones, no para que

me pille en biquini algún fotógrafo. Son mis primeras vacaciones en dos años y las necesito de verdad, así que durante los próximos días tengo la intención de pasarlo bien con mis amigas aquí mismo –le dijo, señalando el suelo y mirándolo a los ojos.

–¿Y sus amigas?

–Ellas existen independientemente de mí.

No era una respuesta ideal, pero Zach no podía hacer nada más.

–Entonces les deseo que la estancia en el hotel Juniper Falls Rainforest sea de su agrado.

Meg asintió con la cabeza y cuando por fin dio un paso atrás Zach sintió como si unas garras hubieran soltado su camiseta. Y el aire que se coló entre ellos era más frío de lo que le gustaría. O él estaba más caliente de lo que era sensato.

–¿Sabe una cosa? Podría hacer usted algo para que la estancia aquí fuese de mi agrado.

¿Quería negociar? Eso sí podía hacerlo. Zach se acercó a ella en dos zancadas.

–¿A qué se refiere?

–En el minibar de mi habitación sólo hay agua mineral, pero a mí me gusta el chocolate. Y el café. Me da igual qué clase de café, aunque sea instantáneo. Y no tiene que llevarlo usted personalmente, por supuesto. Imagino que tendrá que seguir saludando a los clientes para desearles una feliz estancia… como ha hecho conmigo –dijo Meg, irónica–. Le llevan un kilómetro de ventaja, así que imagino que tendrá que pegarse una carrera tremenda para llegar a ellos.

Y entonces Zach Jones soltó una carcajada, el sonido haciendo eco por todo el jardín. Y

eso era lo último que había esperado hacer desde que recibió la llamada de su gerente a primera hora de la mañana.

Meg Kelly esbozó una sonrisa. Una sonrisa sin artificio alguno, totalmente natural.

Una sonrisa que le recordaba la que le había dirigido cuando estaba a la sombra de la palmera; una sonrisa que incluso a distancia había reconocido como de claro interés femenino.

Zach se aclaró la garganta antes de decir:

–Si hubiera leído el folleto, sabría que éste es un hotel-balneario y todo aquí es orgánico y natural. Nada de grasas, nada de excitantes.

–¿Eso es un no?

–Desgraciadamente es un no. Nada de chocolate.

–En fin, de todas formas tenía que preguntar, ¿no le parece?

Su tono, como diciendo que se cazaban más moscas con miel, era tan sutil como una apisonadora, pero para cuando se dio cuenta Meg Kelly había empezado a correr por el camino, sus rizos oscuros escapando de la gorra, los músculos de sus pantorrillas contrayéndose

con cada paso. Era evidente que no estaba acostumbrada a correr y, si volvía al hotel antes de la hora del almuerzo, se llevaría una sorpresa.

Zach sacó el móvil del bolsillo para llamar a la instructora y pedirle que la escoltase discretamente.

Luego se dio la vuelta y empezó a correr en dirección al hotel, concentrándose en el ruido de sus pisadas sobre el camino de tierra. Mejor eso que seguir pensando en la sonrisa de Meg Kelly, se dijo.

De modo que corrió con todas sus fuerzas, hasta que su frente estaba cubierta de sudor. Pero no sirvió de nada.

Tal vez si Meg Kelly hubiera sido lo que él esperaba, una heredera tonta y caprichosa, el asunto habría terminado. Pero no parecía serlo. A pesar de su reputación, estaba en el jardín a las seis de la mañana, sin séquito, sin maquillaje, sin darse aires, sin esperar un trato especial.

Una mujer que escondía una lengua afilada bajo unos labios de terciopelo. Una mujer cuyos inteligentes ojos azules podían hacer que un hombre se olvidase de sí mismo.

Zach siguió corriendo hasta que le dolieron los músculos.

Olvidarse de sí mismo no era posible porque eso significaría olvidarse de una niña que no tenía a nadie en el mundo que la protegiera excepto él.

Su hija. Una hija cuya existencia sólo conocían un puñado de personas.

Nadie más debía saberlo. Aún no.

Sólo tenía siete años, pero su vida había dado un vuelco inesperado poco antes y su obligación era mantenerla a salvo.

Y para eso tenía que ocultarla de los medios de comunicación, que se pondrían a hacer conjeturas sobre su futuro antes de que la pobre pudiese poner los pies en el presente.

Él sabía muy bien cómo hasta los comentarios más inocentes a esa edad podían influir en lo que uno pensaba de sí mismo. Cierta gente, haciendo gala de una maldad insospechada, era capaz de decirle a un niño huérfano que no llegaría a nada en la vida. Décadas después, Zach seguía recordando esas palabras.

Nunca se perdonaría a sí mismo si eso le pasaba a su hija por su relación con él y eso significaba que debía mantener su identidad escondida de aquéllos para los que Meg Kelly era la fuente de ingresos.

Mirando el horizonte, corrió hasta que le dolieron las piernas y su cuerpo estaba cubierto de sudor.

Corrió hasta que las feas caras de su pasado se convirtieron en un borrón.

Corrió hasta que le dio igual el tiempo que llevara en aquel sitio, intentando que su vida redonda cupiera en un agujero cuadrado.

Corrió hasta estar demasiado exhausto como para preocuparse de que tenía que ser padre cuando, sin haber tenido él uno, no sabía bien lo que significaba esa palabra.

Corrió hasta que no pudo recordar la mezcla de colores que hacía falta para crear los ojos azules más bonitos que había visto en toda su vida.

CAPÍTULO 3

DESPUÉS de desayunar y de darse una larga ducha, maquillada, peinada y con un vestido *vintage* de color rosa, la clase de armadura que hubiera preferido llevar cuando conoció a Zach Jones, Meg seguía sintiendo un extraño cosquilleo.

Pero no era un buen cosquilleo, sino uno incómodo. Y no había que ser un genio para saber que la culpa era de Zach Jones.

Meg, parada frente a la residencia Waratah, miró el plano que tenía en la mano. Rylie y Tabitha creían que estaba durmiendo, como ellas, pero el cosquilleo hacía que dormir fuera imposible.

–¿Perdone? –llamó a una pareja que pasaba por su lado–. ¿Saben ustedes donde está el Norte?

El hombre levantó una mano para señalar, mirándola con la boca abierta, y siguió señalando incluso cuando Meg ya había empezado a bajar los escalones del edificio, sus manoletinas deslizándose por el suelo de piedra.

Aún le dolían las pantorrillas después de la carrera y las ampollas seguían molestándola, como si estuvieran intentando darle una lección por no llevar tacones.

Pero el mensaje estaba claro y no pensaba arriesgarse olvidando también la cafeína. Iba a encontrar algo dulce, oscuro y malo para ella aunque tuviese que escalar una montaña, parar un camión o vender sus zapatos a cambio de la chocolatina que Zach Jones le había negado.

Y pensar en Zach Jones la hizo caminar más deprisa.

En realidad, era muy extraño. Estaba acostumbrada a que la gente hiciera lo que pedía, que estuviesen pendientes de ella, que rogasen su apoyo para algún producto de belleza o que mencionase alguna causa benéfica. Aunque no lo hacía nunca a menos que la causa le pareciese noble.

Zach Jones, por otro lado, prácticamente le había dicho que prefería que sus amigas y ella se fueran del hotel. A Las Vegas ni más ni menos. Lo más lejos posible de allí.

Lejos de él.

Sin embargo, había detectado una clara atracción cuando la tocó. La tensión se había derretido cuando lo hizo reír y sobre todo cuando la miró de arriba abajo, deleitándose en sus curvas.

Y no había la menor duda de que había mirado sus curvas.

Ella era una buena persona. Trabajaba mucho, era amable con los animales, trataba a todo el mundo de manera justa. ¿Por qué no la trataba él de la misma forma?

Era como si hubiese encontrado su talón de Aquiles, una reliquia

de la infancia por la que había hecho lo que tuviera que hacer por llamar la atención de su padre. Y ese talón no se podía curar con tiritas.

Había un grupo de gente haciendo tai chi en el jardín y, de repente, uno de ellos sacó un móvil del bolsillo para hacerle una fotografía.

No debería sorprenderla porque le ocurría todos los días, pero en aquella ocasión le molestó. Estaba de vacaciones y había sido tan tonta como para bajar la guardia. Aparecía un tipo alto y guapo y su habitual precaución se iba por la ventana.

La clase de atención que perseguía a una chica como ella no sólo podría tener un efecto adverso en su familia… eso le daba igual. Pero no le daba igual la única parte de su vida que era auténticamente suya, su precioso secreto, el tiempo que pasaba como voluntaria en el centro de acogida para mujeres maltratadas.

Zach Jones había tenido suerte ya que los dos parecían querer lo mismo: que aquella semana fuese tranquila. Sólo tenía que mantener a Rylie alejada de Zach, a Zach alejado de Tabitha y a ella misma apartada de los tres y así podrían relajarse.

Sí, necesitaba chocolate y lo necesitaba mucho.

–¡Buenos días! –saludó al grupo alegremente.

Algunas personas le devolvieron el saludo y otros sacaron los móviles para hacerle fotografías antes de que la instructora les recordarse que no estaban allí para eso y que deberían dejar los móviles en la habitación para liberar su mente de distracciones.

Poco después, Meg pasó frente a un grupo de casitas, una de ellas construida sobre pilotes en un jardín de helechos, otra construida alrededor de un viejo árbol. Cada una era más bonita que la anterior, pero a menos que apareciese la casa de Hansel y Gretel de repente no pensaba parar.

«Café, chocolate, café, chocolate», pensaba con cada paso. En el edificio grande que había visto en el plano tenía que haber comida para los empleados. Comida que ella estaba dispuesta a conseguir como fuera.

Un minuto después notó que el camino cambiaba por completo; la hierba estaba sin cortar y la espesura parecía invadirlo todo.

Tenía tanto calor que estaba resoplando y sudando como nunca. Y se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba.

Un minuto después se encontró en un jardín lleno de flores silvestres de los más asombrosos colores; unos colores que no había visto nunca.

Y más allá…

Una casa. Pero qué palabra más simple para definir lo que había frente a ella.

Era una estructura octogonal construida sobre un arroyuelo, con un tejado puntiagudo, un porche que circunvalaba toda la edificación y más ventanas que paredes. Y para llegar a la puerta había que atravesar un puente de cuerda.

Su hermano Cameron, el ingeniero, se volvería loco en aquel sitio. Meg se quedó mirando la casa, sorprendida, hasta que le pareció oír un chirrido…

Cuando miró hacia el sitio de donde llegaba el ruido vio a una niña en un columpio, su largo pelo oscuro sujeto con una cinta amarilla.

Debía de tener seis o siete años, la misma edad que las hijas de su hermano Brendan, y llevaba unas zapatillas manchadas de barro. Violet y Olivia, en cambio, siempre iban perfectamente arregladas y, como le ocurría cada vez que pensaba en ellas, el corazón de Meg dio un vuelco. Un salto en parte de amor y en parte de miedo.

Eran tan inocentes… pero sin tener una madre que les diera equilibrio estaban empezando a ser adoctrinadas en la forma de vida de los Kelly. La gran esperanza de Meg era que de alguna forma pudieran elegir su propia vida ya que ella no había podido hacerlo. Y

que ser las nietas de Quinn Kelly no acabase por ahogarlas.

–Hola –murmuró la niña.

–Hola –sonrió Meg.

–Soy Ruby –dijo la niña entonces, saltando del columpio.

–Me alegro mucho de conocerte. Yo soy Meg.

Ruby la miró de arriba abajo.

–Tengo siete años y medio –le contó. Y Meg supo que había pasado el examen.

–¿Siete años y medio? Vaya, qué impresionante. Yo soy un poquito mayor y estoy perdida. ¿Tú sabes leer un plano?

Ruby parpadeó.

–No.

–Bueno, no pasa nada. Yo no sabía leer un plano a tu edad… y tampoco sé hacerlo ahora.

Entonces le pareció escuchar la voz de su padre: –¿Cómo puedes ser tan tonta? ¿No sabes distinguir entre arriba y abajo?

Meg se llevó una mano al corazón, culpando a Zach Jones de sus problemas.

Era culpa suya que en el menú del hotel no hubiese nada normal y que por eso hubiera tenido que salir a buscar comida como una loca. Era su indiferencia lo que le había hecho desear chocolate. Él había dado comienzo a una cadena de reacciones, despertando recuerdos dormidos que parecían un enjambre de abejas.

Ella no sabía lo que había que hacer para calmar a un montón de abejas furiosas, pero…

–¿Qué es eso que huele tan bien?

–Muffins de chocolate –contestó la niña–. Mi niñera los hace, pero a mí no me gustan mucho.
–¿No te gustan los muffins de chocolate? –exclamó Meg.
Ruby sonrió.
–A mi papá les gustan, así que le pido que los haga para que se los lleve al trabajo.
–Ah, ya veo –Meg se pasó la lengua por los labios–. Tu casa es preciosa, Ruby.
–No es mía, es de mi papá.
–Pero tendrás tu dormitorio, ¿no? Y una nevera, una televisión.
–Sí.
–Entonces la casa también es tuya.
Ruby miró la casa, pensativa, y Meg lo hizo también. Claro que ella estaba pensando si podría tomar un muffin y salir corriendo sin que la persiguiera la niñera. Entonces se le ocurrió que era un día de diario…
–¿No deberías estar en el colegio?
Ruby hizo una especie de puchero y levantó la barbilla en un gesto de desafío.
–Es que me duele la garganta.
Meg miró los columpios, la pelota en el suelo... si aquella niña estaba enferma, ella no volvería a comer chocolate nunca más. Pero ese gesto desafiante había llamado su atención.
–¿Dices que te duele la garganta?
–Sí.
–¿Sabes una cosa? Cuando yo tenía siete años y me dolía la garganta descubrí que los días pasaban más rápido si iba al colegio. En serio. Cuando volvía a casa se me había olvidado que me dolía nada.
Ruby miró al suelo un momento.
–Sí, la verdad es que está siendo un día muy largo.
Meg rió… disimulando luego con una tosecilla.
–La verdad es que a veces también me quedaba en casa y dejaba que mi madre me arropase y me diese helados mientras veía la televisión.
Ruby parpadeó.
–Mi mamá no está.
–¿No está?
La niña asintió con la cabeza.
Meg se dio cuenta de lo que eso significaba y se acercó, poniéndose en cuclillas para mirarla a los ojos.
–Cielo…
Ahora lo entendía todo. Era una típica maniobra para llamar la atención de sus padres.
¿Pero qué clase de padre no prestaba atención a una niña que se

había quedado huérfana?

El tipo por lo visto no se daba cuenta de que Ruby estaba intentando llamar su atención y que eso podría llegar a ser peligroso. Claro que tal vez lo sabía y le daba igual.

Meg se mordió el labio inferior, mirando la fabulosa casa. Ruby no era una niña del centro de acogida, contenta de recibir un abrazo de quien fuera. Era una niña sana, con carácter, rodeada de juguetes y cuyo padre tenía una casa que debía de valer millones de dólares.

–Seguro que tu papá sabe dónde están los helados.

–Mi papá está trabajando. Es muy importante y mucha gente depende de él, me lo ha dicho. Trabaja toda la semana mientras yo estoy en el colegio y sólo viene a casa los fines de semana cuando yo vuelvo. Pero puedo ir a buscarlo si quiero para decirle que me duele la garganta… es que no quiero ir.

–¿Trabaja aquí, en el hotel? –preguntó Meg.

–El hotel es suyo. Y tiene muchos otros por todo el mundo. Un día me va a llevar en un avión para ense

ñármelos, me lo ha prometido. Pero ahora mismo no porque… tengo que ir al colegio y estoy mala.

Meg oía: «Bla, bla, bla». El pelo oscuro, los ojos un poco tristes, la natural intensidad que ni siquiera un dolor de garganta podía disimular. Una vez que vio el parecido se sintió como una tonta por no haberse dado cuenta antes.

–Eres hija de Zach Jones.

–¿Conoces a mi papá?

Zach Jones tenía una hija. Una hija cuya madre había muerto.

Un momento… tenía una hija de la que Rylie no sabía nada y Rylie lo sabía todo sobre todo el mundo.

Tenía una hija que estaba en casa, enferma, o fingiéndose enferma. Y la única razón por la que Ruby no quería que su padre lo supiera era porque temía que le diese igual.

Meg apretó los puños, furiosa. Lo había visto muchas veces y se lo habían contado también las mujeres del centro de acogida: hombres que sólo pensaban en sí mismos, en su trabajo o en el bar. Hombres que se olvidaban de sus hijos. Y ella lo había visto con sus propios ojos. Lo había sentido en su corazón.

Afortunadamente, había tomado medidas para que no le pasara a un hijo suyo.

Medidas drásticas. Desgraciadamente, eso no evitaba que se le rompiera el corazón cuando veía que le ocurría a otro niño.

–Conocí a tu padre esta mañana.

–¿Y qué te ha dicho de mí?

¿Qué le había dicho? Bueno, el arrogante le había dicho que se fuera de su hotel, que no molestase.

Le había dicho que quería privacidad para todos los clientes de su hotel… pero también la quería para sí mismo y para su hija. Una niña que no tenía madre.

Había estado tonteando con un hombre que había perdido a… ¿su mujer, su amante?

En cualquier caso, con un hombre que había perdido a la mujer de su vida.

Demasiados conceptos adultos para una niña de siete años y medio.

–Es que soy tan charlatana que no le dejé hablar. Pero de haber tenido oportunidad seguro que me habría hablado de ti. ¿Cómo no iba a hacerlo? Una niña que le pide a su niñera que haga muffins de chocolate para su papá… eres una joya, Ruby.

Ruby intentó sonreír, pero había bajado los hombros sin darse cuenta y el corazón de Meg se encogió de nuevo.

Debería marcharse, pensó, pero cuando iba a decírselo Ruby se llevó las manos a la boca.

–¡Tengo que irme!

Meg levantó la mirada y vio que alguien había cerrado una persiana.

–No le vas a decir a mi papá que estaba en el columpio, ¿verdad?

–No, claro que no –respondió Meg. De hecho, lo mejor sería no decir nada en absoluto.

–Yo tampoco le diré que has venido.

–Me parece muy bien.

Ruby se despidió con la mano antes de salir corriendo, su pelo oscuro flotando tras ella, y Meg se dio la vuelta para tomar la dirección que parecía llevar al sur. Si no lo era, encontraría a alguien que le diese indicaciones.

Pero no dejaba de darle vueltas a la cabeza…

¿Y si Zach Jones le hubiera devuelto la sonrisa? ¿Y si cuando lo hizo reír también ella hubiera reído? ¿Y si cuando la tocó le hubiera gustado tanto que no hubiese podido dejar de hacerlo? ¿Y si hubiera ocurrido algo entre ellos antes de que Zach le dijera que tenía una hija?

Había tardado casi treinta años en llegar a un punto en el que, por fin, tenía la impresión de controlar su propia vida. Pero nunca expondría a un niño a una infancia como la suya.

Eso le daba la excusa perfecta para lavarse las manos, seguir adelante con sus vacaciones y olvidarse de todo…

Pero después de conocer a Ruby, de hablar con ella, mirarla a los ojos y verse reflejada en ellos no podía olvidarse del asunto.

Zach Jones aún no lo sabía, pero necesitaba su ayuda. Y gracias a



una niña encantadora y solitaria, iba a tenerla quisiera o no.

CAPÍTULO 4

MEG tenía que encontrarse con las chicas en la clase de meditación.

Claro que tenía intención de fingir que buscaba su *chi* mientras intentaba encontrar la manera de sacar el tema de su hija cuando volviera a encontrarse con Zach Jones.

Con ese objetivo en mente, y a pesar de los zapatos planos y los músculos doloridos, decidió correr para llegar a tiempo… pero al doblar un bosquecillo de eucaliptos se encontró con un trasero masculino.

Un trasero masculino cubierto por un pantalón de color caqui. Su propietario estaba inclinado sobre una nevera portátil y, aunque no podía ver el pelo oscuro o la anchura de sus hombros, estaba absolutamente segura de que era Zach Jones y su corazón se aceleró.

El *chi* y ella podrían ser incompatibles, pero sencillamente no podía negar que la fuerza vital de aquel hombre era tan potente que irradiaba por todos sus poros.

Cuando se incorporó, Meg vio que iba desnudo de cintura para arriba y que tenía una espalda de cine. Zach tomó un trago de cerveza y, cuando terminó, se pasó una mano por la frente.

Pero podría haberla pasado por la cintura de Meg porque la reacción que provocó ese gesto la hizo temblar.

–Debo de haber hecho algo horrible en otra vida para merecer esto –murmuró.

Zach se quedo inmóvil un momento y luego giró la cabeza.

Tenía los ojos de color chocolate y en esos ojos vio todo lo que anhelaba.

Desgraciadamente, un segundo después también vio un brillo de desaprobación y recordó por qué.

Había estado engañándose a sí misma al pensar que iba a convencer a aquel hombre de que necesitaba su ayuda porque si le decía que había estado hablando con su hija, seguramente empezaría a pensar en qué sitio de aquel bosque era más seguro esconder su cadáver.

–¿No se va por aquí al balneario? –le preguntó, cuando pudo encontrar su voz.

–No –contestó Zach.

–¿Y dónde estoy exactamente?

–En el lago.

–¿Hay un lago? Vaya, está visto que no sé leer un plano.

–Le daré una pista: es esa cosa azul al final del plano, donde pone:

Lago.

Meg sintió que le ardían las mejillas.

–Gracias. Como siempre, usted tan amable.

–¿Quería algo de mí?

–Oiga, relájese. No quería invadir su espacio, encontrarme con usted ha sido un accidente.

–Evidentemente, cincuenta acres no es tanto terreno como parece –replicó él, burlón.

–Si no le importa indicarme…

–Estaba a punto de ir a remar un rato. ¿Quiere venir conmigo?

–¿Perdone?

–Después de muchos días peleándome con un tipo por teléfono, al fin ha llegado mi bote de Sidney y voy a remar un rato. ¿Le apetece?

¿Le apetecía qué? ¿Qué le pusiera unos zapatos de cemento? ¿Una lancha motora con Rylie, Tabitha, ella y sus maletas? O peor, un paseo en bote con un hombre que la detestaba y que, sin embargo, provocaba un cosquilleo en su estómago cada vez que se encontraban.

–Suena bien –dijo Meg por fin, con la sonrisa que utilizaba para los fans que la acosaban en el supermercado.

Los ojos de Zach Jones se oscurecieron un poco más, como si se hubiera dado cuenta, pero se colocó la nevera al hombro y se dirigió hacia el lago sin decir nada.

Y Meg hizo lo que pudo para seguirle el paso.

Unos minutos después vio un bote flotando alegremente a la orilla de un lago. La pintura marrón del casco estaba un poco desconchada, el suelo rojo sin brillo y los bancos tenían la marca de los traseros que había acomodado durante años.

Era viejo e imperfecto, nada que ver con los brillantes barcos que usaban los miembros de su familia. Y le encantó.

–¿Es suyo de verdad?

Zach se inclinó para soltar la amarra que lo sujetaba al muelle y ella se apartó para dejarle sitio, pero no tan rápido como para no notar su olor. Y olía de maravilla.

– *Marilyn* ha sido una compañera fiel desde que tenía dieciocho años.

–¿ *Marilyn*? ¿Lo dice en serio?

Zach esbozó una media sonrisa, una de ésas que le daban a una chica la esperanza de que hubiese más.

–Cuando lo compré se llamaba así.

–¿No se le ha ocurrido cambiarlo por un yate?

–También tengo uno de ésos, uno de cien metros de eslora que ahora mismo está en St.

Barts.

–¿El *Norma Jean*?

Y allí estaba, el Santo Grial: una sonrisa de oreja a oreja que hacía que se formasen arruguitas alrededor de sus ojos. Vaya, sí que merecía la pena esperar.

–Yo lo llamo *Lauren*.

–¿Bacall?

–Era el nombre de mi madre.

Ah, claro. Meg se miró los zapatos, cortada.

–Y resultaría un poco extravagante en este lago.

–Sólo un poco –murmuró ella.

Cuando levantó la mirada le pareció ver un brillo de simpatía en sus ojos oscuros, pero podría estar equivocada. Y no debería porque sería absurdo hacerse ilusiones.

Zach tiró la cuerda en el bote y le ofreció su mano. A menos que quisiera delatarse iba a tener que aceptarla, de modo que se agarró a ella para saltar al bote.

Él subió después y le tiró una manta roja de lana. Era demasiado suave para estar recién lavada y demasiado esponjosa para ser nueva, la clase de objeto que un hombre guardaba a los pies de su cama o en el respaldo del sofá. Meg la imaginó cubriendo sus piernas desnudas en la cama…

Y tuvo que aclararse la garganta.

–¿Qué se supone que debo hacer con esto?

–Si no quiere que ese vestido suyo sufra un desgarrón, póngala en el asiento porque podría haber astillas.

Ah, claro. No se la había dado como un intento de seducción y, además, había más de treinta grados a la sombra. Meg dobló la manta y se sentó sobre ella.

–Y esto también –dijo Zach entonces, dándole una gorra de color caqui que había visto mejores días.

Pero tantas órdenes empezaban a molestarla.

–¿Y dónde tengo que ponérmela? –le peguntó, irónica.

Zach levantó la mirada, sin dejar de sonreír, y a Meg le pareció que, de repente, una ola había movido el bote. Zach Jones podía preferir que se fuera del hotel, pero una parte de él parecía encantado de tenerla cerca.

–Póngasela en la cabeza.

–Sí, mi capitán.

Después de ponerse otra gorra parecida, Zach empujó el bote con el pie y se dejó caer sobre uno de los bancos. Y pronto los juncos los apartaban del resto del mundo, como si estuvieran solos.

El sol calentaba su espalda y el suave sonido del agua golpeando el casco creaba un ritmo lento, lánguido. Y mientras Zach remaba, Meg podía oler su ropa de algodón y un algo indefinible que era puramente él.

Poseía una masculinidad tan natural que no era fácil dejar de imaginar que era el tipo de hombre con el que le gustaría pasar algún tiempo. Un guapo marinero que no creía en hacer planes y, sencillamente, iba con la marea.

Resultaba difícil creer que tuviese un imperio hotelero. Para conseguir eso había que ser implacable y ambicioso hasta el punto de que nada más importase en la vida. La familia incluida.

Su hermano Brendan estaba separado y, además de codirigir el grupo inversor Kelly, tenía que criar a dos hijas pequeñas. Y aunque nunca se lo diría a la cara, Meg sabía en su corazón que la mitad de su vida que estaba dejando escapar eran precisamente sus hijas.

Zach miró por encima del hombro y sus ojos se encontraron durante un segundo más de lo que era conveniente. Pero Meg no apartó la mirada, intentando ver en sus ojos oscuros pena o preocupación por su hija.

Pero lo único que consiguió fue notar que ella estaba enredándose más de lo que debería.

¿Debía preguntarle por Ruby?, se preguntó. ¿Lo ayudaría en algo que lo hiciera? ¿O

estaba usando a Ruby para no sentir lo que sentía cuando la miraba de esa forma?

Al final, perdió el valor.

–De modo que ha estado corriendo esta mañana y ahora está remando. Me canso sólo de pensarlo.

–Me gusta moverme, mirar hacia delante y sentir el viento en la cara. Me aclara la cabeza. Si usted no corre ni hace yoga, ¿qué hace?

–¿Para aclarar la cabeza? Música disco.

Zach Jones levantó una ceja.

–¿Música disco?

–En mi iPod. Diez segundos con Donna Summer o Leo Sayer y el resto del mundo desaparece por completo.

Decían que la música amansaba a las fieras y eso había hecho por ella muchas veces durante su adolescencia, cuando de otra manera se hubiera dejado llevar por la frustración de su vida haciendo algo que lamentase después. Porque la música disco sólo podía curar ciertas cosas.

–Aunque estés tumbada en el sofá, el ritmo hace que muevas los pies. Se te aclara la cabeza y te olvidas de todo salvo de la música. Es como hacer ejercicio, pero más relajante – Meg le regaló una sonrisa de las suyas, con hoyitos y todo–. Seguro que cuando llegue a casa lo prueba.

Y aunque mucha gente, incluida su familia, no sabía cuándo estaba siendo ella misma y cuándo usaba su personaje, el brillo en los ojos de Zach Jones le dijo que a él no lo engañaba.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo era capaz de entenderla tan bien si no la conocía de nada? De nuevo, se sintió expuesta, como si hubiera entrado en un salón de baile con el vestido pillado en el elástico de las bragas.

Zach dejó de remar.

–Muy bien, probaré lo de la música disco, pero sólo si rema usted un poco.

Meg imaginó astillas, imaginó dolores en músculos que no creía tener. Imaginó que sus manos se rozaban…

–No, gracias, paso.

Zach rió y, al hacerlo, la columna de su cuello se movió de manera muy seductora.

Pero pronto volvió a ponerse serio y sus ojos se oscurecieron mientras seguía remando sin decir nada.

Meg se dio cuenta de que no sabía cuánto tiempo llevaban allí. O por qué había aceptado ir con él a dar un paseo en bote.

–No quiero que crea que esto es desagradable y, además, es muy generoso por su parte haberme traído –empezó a decir, nerviosa–. ¿Pero cuánto tiempo piensa estar aquí?

–Podemos volver ahora si tiene calor.

Sólo entonces pensó Meg que mientras él parecía un dios griego, ella debía de estar hecha un asco con esa gorra vieja y la nariz roja por el sol.

No estaba acostumbrada a sentirse incómoda frente a un hombre y su voz sonó más aguda de lo que quería cuando respondió:

–Sólo estoy pensando en usted.

–¿Está pensando en mí?

«Más de lo que te imaginas».

–Sé perfectamente cuánto valora su privacidad.

–Sí, es cierto, por eso hago lo que tenga que hacer para protegerla. No se preocupe por mí.

–¿No?

–El bosque tiene ojos y hay gente en todo el perímetro buscando cazadores furtivos.

–¿Cazadores furtivos? Pero si por aquí no hay más que pájaros, lagartos y un montón de clientes en ropa deportiva –empezó a decir Meg. Pero de repente entendió–. ¿Quiere decir que hay gente vigilando el hotel para que no entren los periodistas?

–Los dos sabemos que no es a usted a quien intento proteger.

La miraba muy serio, sin una onza de humor, sin una sonrisa.

Ruby.

Claro. Todo aquello, el paseo en bote, la manta, el precioso paisaje… todo era por su hija.

No estaba pensando en ella en absoluto.

***

Zach no podía recordar un momento en su vida reciente en el que hubiera estado tan furioso. Sobre todo consigo mismo.

Porque desde el momento en que vio a Meg Kelly con su inapropiado vestido rosa no había podido pensar en nada más.

No había exagerado al decir que tenía que remar para aclarar su cabeza. Ese deporte lo había salvado de ser otro niño furioso y resentido. Por eso se había convertido en un hombre que sabía concentrarse en sus objetivos y llegar al límite para conseguir lo que quería.

Pero en aquel momento tenía que estar más sereno que nunca. El gobierno de St. Barts seguía haciéndose el remolón con los permisos y él estaba intentando dirigir un imperio a través de un ordenador en medio de ninguna parte.

Por Ruby. Para que viviera en un sitio familiar, para que su mundo fuera sólido y seguro. Cuando su niñera lo llamó para decirle que habían tenido una visita se puso furioso, pensando que Meg Kelly lo había hecho a propósito para castigarlo por no ponerle una alfombra roja. Pero cuando se tranquilizó un poco entendió que la única manera de que hubiese encontrado a Ruby en tan poco tiempo tenía que ser fruto de la casualidad.

En cualquier caso, en lugar de alejarse de Meg Kelly como debería, ahora no tenía más remedio que vigilarla de cerca.

Y por eso tenía más tiempo del que era aconsejable para mirarla. Estaba pálida y tenía unas pecas en la nariz que el maquillaje no podía esconder. Sus curvas eran naturales, femeninas y muy sensuales.

Zach empezaba a preguntarse si alguien la había enviado allí para tentarlo. Después de dedicar toda su vida adulta a propósitos totalmente egoístas, ¿era lo bastante hombre, lo bastante fuerte como para sacrificarse? ¿Para olvidar sus deseos y pensar sólo en su hija?

Cuando Ruby apareció en su puerta, de la mano de una seria asistente social, estaba sola en el mundo, huérfana y asustada. Era como una repetición de su propia infancia y, si le hubiera dado la espalda, no habría podido volver a mirarse al espejo.

¿Pero era él la persona adecuada para cuidar de Ruby?

Zach dejó escapar un largo suspiro… pero se dio cuenta de que Meg estaba observándolo, con esos ojos azules tan calculadores.

Debería haber pensado que las cosas que decían sobre ella en la prensa no podían ser verdad. Asumir que era una adversaria sin peso había sido un error táctico y era el momento de mostrar sus cartas.

–Bueno, señorita Kelly.

–Sí, Zach –dijo ella, tuteándolo.

–¿Por qué ha ido a mi casa esta mañana?

–A tu jardín querrás decir. No he entrado en la casa. Y en cuanto supe que era tu casa me marché de allí.

–Me da igual que se hubiera sentado en el tejado. ¿Por qué demonios estaba tan lejos del hotel que ahora debemos tener esta conversación?

–Ha sido un accidente. No es que haya una verja electrificada que indique que no se puede pasar.

–Hay un muro de piedra y una verja.

–¿Una verja? No, yo no he visto ninguna verja.

Zach maldijo en voz baja. De modo que Ruby la había abierto otra vez…

¿Qué tenía que hacer para que la niña entendiese que era por su propia seguridad? Lo único que quería era alejarla de cualquiera que pudiese hacerle daño, pero empezaba a quedarse sin ideas.

El bote se movió de un lado a otro cuando empezó a remar con más fuerza y Meg tuvo que agarrarse al banco.

–Para ser una mujer que sólo hace ejercicio cuando baila música disco, el paseo hasta mi casa no tiene sentido.

–La verdad es que estaba de excursión, buscando un sitio en el que hubiera chocolate.

–Venga, por favor…

Meg levantó la barbilla.

–Te lo advertí, necesito cafeína y chocolate. Y no esperaba tener que pasar una semana sin eso, así que es culpa tuya que terminase allí.

Zach soltó una carcajada y un grupo de pájaros salió volando, asustado.

Preciosa, sincera y estimulante. La propia Dalilla no podría haber sido más tentadora.

Afortunadamente, él era invulnerable a ese tipo de encantos. Había aprendido pronto a no confiar en sus sentimientos y mientras nadie destrozase la tranquilad de aquel sitio perdido en medio de ninguna parte, todo estaría bien.

CAPÍTULO 5

–MIRA, había pensado sacar el tema con un poco más de tacto, pero ya que estamos hablando de ello… –Meg tragó saliva–, y como no sé cuánto tiempo pretendes tenerme aquí prisionera, voy a decírtelo. Tienes una hija de siete años y medio llamada Ruby a quien, por lo visto, nadie más conoce. ¿Qué hacemos ahora?

Zach tiró un remo con tal fuerza que los empapó a los dos.

–No se haga la graciosa, señorita Kelly.

–Deja de tratarme de usted. He estado en tu casa… o en el jardín de tu casa, he conocido a tu hija y me has visto con este horrible sombrero. Llámame Meg.

–Si te vieras con ese sombrero, no estarías preocupada.

Meg parpadeó. Y ella pensando que Zach Jones era invulnerable… cuando prácticamente le había dicho que la encontraba guapa.

–Muy bien –dijo él entonces–, si vamos a dejar a un lado las formalidades, seré lo más claro posible.

–¿Durante todo este tiempo has sido amable? –bromeó ella. Pero al ver su seria expresión hizo un gesto como poniéndose una cremallera en la boca.

–Quiero que me cuentes qué te ha dicho mi hija.

–Relájate, Zach. No hemos hablado de sexo, drogas y rock and roll, si eso es lo que te preocupa.

¿Sexo, drogas y rock and roll? Zach se pasó una mano por la frente.

–Tiene siete años. Por el momento, lo más raro que escucha es *High School Musical*.

A los siete años, él había robado su primer paquete de cigarrillos, había besado a una chica, había recibido una paliza de uno de sus padres de acogida…

Ruby había aparecido en su vida siete meses antes y, la verdad, apenas la conocía.

–La situación de mi hija es delicada y por eso es imperativo que yo esté al tanto de todo lo que hace.

–¿Sólo al tanto, no presente? –le preguntó Meg–. ¿No disponible? ¿No a su lado todo el tiempo que sea posible?

–Meg, soy su padre. Si no estoy al tanto de todo lo que hace, imaginaré lo peor y me volveré loco.

Ella sonrió entonces, una sonrisa tan radiante que el sol que se reflejaba en el agua palidecía en comparación.

–Bueno, es la mejor noticia que podías darme.

–¿De qué estás hablando?

–De que quieras saberlo todo sobre Ruby. Es maravilloso.

–¿Ah, sí? Pues explícame por qué.

–No pienso contarte nada de lo que me ha dicho.

Zach miró las nubes sobre su cabeza. ¿Qué pena estaba pagando para tener que soportar a esa mujer?

–Confía en mí –siguió ella–. Todas la niñas necesitan un poco de misterio. Mientras Ruby sepa que la quieres, no tienes nada de lo que preocuparte.

Nada de lo que preocuparse.

Meg no podía saber que de todas las frases que podía haber pronunciado, aquélla era precisamente la que más anhelaba.

Sin embargo, le había ocurrido muchas veces en su vida que cuando empezaba a sentirse cómodo, el destino le jugaba una mala pasada: familias de acogida con las que había conectado y que lo dejaron ir, una lesión en la rodilla justo una semana antes del campeonato del mundo que lo obligó a retirarse del remo profesional. Por fin, el éxito de sus hoteles le había dado la tranquilidad que necesitaba, pero entonces apareció Ruby.

No podía aceptar que las cosas fueran tan sencillas porque siempre había una trampa, un problema.

–¿Qué le has contado a tus amigas sobre ella?

–Nada.

–Una cosa que he aprendido de Ruby es que las chicas hablan con otras chicas. Sobre cualquier cosa.

–Sí, es verdad. Y tengo la sensación de que esta mañana has estado tan antipático conmigo porque querías separar tu vida privada de tu vida profesional. Y Ruby, naturalmente, es parte de esa vida personal, ¿no?

–Por supuesto.

–No voy a contarle nada a nadie, Zach. Ruby es tu secreto, la única heredera de todo esto. Yo sé mejor que nadie lo que le esperaría si la prensa descubriera su existencia, créeme.

Y nunca le haría eso a una niña.

Por absurdo que pudiera parecer, Zach la creyó.

–Gracias.

–De nada –sonrió Meg. Con esos labios prodigiosos, esos ojazos azules. De repente, sentía el deseo de saber cómo serían a la luz de la luna mientras se deshacía entre sus brazos…

Suspirando, Zach volvió a remar en dirección al hotel, pero le parecía como si estuviera remando en cemento.

–Tú pareces muy cómoda bajo los focos. ¿Estás diciendo que no es verdad?

–No, no te equivoques. Sé que es una suerte ser quien soy… en cierto modo. Y

entiendo las contradicciones de ser una persona conocida, pero no

nací a los veintinueve años y sabiendo todo lo que sé ahora. ¿No conoces la historia de mi gran debut?

Zach negó con la cabeza.

–Entonces yo debía de tener unos tres años. Mi padre estaba dando una conferencia de prensa para anunciar que había comprado el edificio George Street que, a partir de aquel momento, pasaría a llamarse la Torre Kelly. Mi madre nos había llevado a todos para verlo y yo iba ataviada para la ocasión con mi vestido favorito, el pelo lleno de tirabuzones y unos zapatos de charol negro que me encantaban. Pero, de repente, solté la mano de mi madre, subí a la tarima desde la que hablaba mi padre para tirarle del pantalón y le dije que tenía que hacer pipí. Por supuesto, a mi padre no le hizo ninguna gracia, pero a la prensa sí. Desde entonces no he podido hacer pipí sin que los periodistas se enterasen.

Estaba sonriendo, pero Zach intuyó que escondía algo. Podría parecer una historia divertida sobre una niña y su padre, pero para ella era una historia de inocencia perdida.

–Que te siga un foco constantemente no significa que tú tengas que hacer una interpretación constantemente.

Meg levantó una ceja.

–¿Tú crees? ¿O lo dices sólo para castigarme por haber descubierto la existencia de Ruby?

Zach tuvo que sonreír.

–Las dos cosas.

–Muy bien –Meg se detuvo un momento para respirar–. La única razón por la que te cuento todo esto es por Ruby, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

–La fama es una cosa muy curiosa. Yo no he hecho nada para merecerla… no he inventado nada, no he curado el cáncer ni he conseguido un récord deportivo. Pero mi apellido es reconocido en todas partes y eso no sólo da cierta medida de poder, sino también responsabilidad. Pronuncia el apellido Kelly ¿y en qué piensas?

Dinero, encanto, elegancia, poder, influencias, secretos, mentiras, escándalos. Todo lo que él no quería que tocase a Ruby.

Meg no esperó respuesta.

–Yo tuve que averiguar muy pronto cómo lidiar con todo eso. No tenía interés en dirigir la empresa de mi padre, como Brendan, o en ser alguien importante, como Cameron. Y

la emoción que siente Dylan cada vez que consigue un nuevo cliente es un misterio para mí.

No sé lo que mueve a mi padre si quieres que te diga la verdad, pero lo que yo puedo ofrecer con mis apariciones en las revistas es una forma de compensar por la testosterona que rebosa mi familia. Una manera de usar ese poder para hacer algo bueno… y se me da

bien, si quieres que te diga la verdad. Tan bien que podría vender entradas.

Pero a menos que me ponga una peluca rubia y un bigote postizo, lo mío dura veinticuatro horas al día, siete días a la semana, sin vacaciones.

–¿Y por qué haces todo eso?

Ella parpadeó, pensando que era un poco obtuso.

–Por ellos.

–¿Por tu familia? –preguntó Zach.

–Los trabajos cambian, los amigos van y vienen, la familia es donde uno empieza y donde uno termina. Mis hermanos pueden parecer los reyes de la jungla, pero en el fondo son unos gatitos y me necesitan tanto como yo a ellos. Y da igual el papel que hagamos, todos intentamos conseguir el mismo objetivo.

–El éxito de la empresa Kelly.

–No, que la nuestra sea una familia más o menos feliz. El éxito del negocio es algo secundario. Yo, desde luego, no hago todo lo que ordena mi padre, si eso es lo que querías decir.

–¿Eso es lo que he dicho?

Meg arrugó el ceño.

–Es lo que querías dar a entender, ¿no? Aunque la verdad es que lo hice una vez y…

luego me rebelé. Las cosas que hice entonces te dejarían helado. Pero después me hice cargo de mi vida y decidí que hacer el amor y no la guerra era lo mejor para seguir adelante.

–¿Quién hubiera dicho que la vida de una princesa de la alta sociedad se vivía en el frente?

–Puedes reírte de mí todo lo que quieras, pero puedo usar mi dinero, mi influencia y mi tiempo para ayudar a otros. Sobre todo, a asociaciones benéficas que no reciben dinero del gobierno.

–No estaba riéndome de ti. En realidad…

¿Qué? ¿Envidio a tu familia? Desde luego, no iba a decirle eso.

–En realidad, deberíamos volver al hotel.

–Buena idea –Meg se inclinó hacia delante con una sonrisa burlona que le llegó al corazón. Si vivía su vida en un campo de batalla, aquellos labios eran la mejor arma.

–¿Entonces estoy libre de culpa?

Zach aminoró el ritmo de las paladas porque no estaba dispuesto a volver a tierra tan pronto. A la vida real. Al campo de batalla.

–Una cosa más: dime cómo te rompiste ese diente.

–¿Te has dado cuenta? Pero si apenas se nota.

–Soy un hombre muy perceptivo.

Meg tuvo que bajar la mirada. Evidentemente, no era la única que sentía aquella atracción imposible entre los dos.

Pero luego levantó la barbilla y sacudió la melena para hacerle olvidar que, por primera vez desde que se conocieron, no estaba mirándolo a los ojos.

–¿Cómo crees que una chica como yo se rompería un diente? Pues con una copa de champán. Claro que era un champán estupendo.

Zach soltó una carcajada y ella lo miró con una sonrisa de agradecimiento.

–Sólo una cosa… ¿Ruby te dijo que yo había estado en tu casa?

–No, me lo contó su niñera.

Meg asintió, con una sonrisa en los labios. Una sonrisa secreta reservada para la niña.

Y, de repente, Zach sintió algo que no había esperado sentir: orgullo porque una mujer como Meg Kelly tuviera tan buena opinión de su hija.

***

Meg no dejaba de rozar el diente roto con la lengua.

¿Por qué había tenido que contarle todo aquello? Nadie quería ver al mago detrás de la cortina porque eso arruinaba la fantasía. Aparentemente, lo único que hacía falta era un hombre que la mirase a los ojos y le preguntase algo sobre su vida y la fantasía se iba a la porra.

Afortunadamente, había sido lo bastante racional como para callarse cuando debía.

Había partes de su vida que no eran aptas para el público.

Si quería seguir siendo voluntaria en esas causas benéficas, tenía que ser discreta.

Todas las mujeres necesitaban un poco de misterio y todas las figuras públicas necesitaban un santuario, aunque eso significara tener que ponerse una peluca rubia, lentillas marrones y unos vaqueros lavados a la piedra.

Si quería seguir siendo la chica favorita de Brisbane, tenía que fingir que esa parte de su vida en la que se rebeló contra su padre y contra todo nunca había ocurrido.

Afortunadamente, la mayor parte de ese tiempo no era más que un borrón en su memoria.

Un borrón de bares, alcohol, coches de policía y hospitales.

En cuanto a cómo había conseguido el control de su vida… si pensaba seguir adelante alegremente y con una sonrisa en el rostro, lo mejor sería no recordarlo.

Había terminado y lo mejor era seguir adelante sin mirar atrás.

Así que podía olvidarse de Zach Jones, el testarudo, mandón y perceptivo Zach Jones, el tipo que parecía leer sus pensamientos.

Además, su misión había sido descubrir quién era él, no contarle quién era ella. Él era quien tenía una hija de siete años y medio que se sentía sola. Él era quien necesitaba ayuda.

Como había visto hacer a las asistentes sociales, empezaría despacio para no asustarlo.

–Así que Ruby estaba malita y por eso no ha ido al colegio. ¿Ocurre a menudo?

Zach la miró entonces de tal forma que Meg pensó que la «operación librarse de Meg Kelly» podría empezar en cualquier momento.

–No, no muy a menudo. A veces.

–Yo me escapé de casa una vez, cuando tenía su edad –le contó Meg. Aunque no le contó que se quedó sentada en una esquina durante una hora antes de volver a casa… para descubrir que nadie se había percatado de su ausencia.

–¿Te ha dicho que le dolía la garganta? –preguntó Zach.

–Sí, claro.

Meg se mordió los labios. Oh, no. ¿Le había contado el secreto? No, eso ya lo sabía por la niñera. En fin… la próxima vez le diría que hablase con ella.

Pero entonces se dio cuenta de que podría no haber una próxima vez. Zach hablaba en serio al decir que había gente vigilando el hotel y seguramente estaría pensando levantar una verja alrededor de su casa para evitar visitantes indeseados.

Pero la idea de no volver a ver a Ruby hacía que se le encogiera el corazón. Y si conseguía ayudar a Ruby y a Zach, habría hecho algo bueno...

Él respiró profundamente y luego, con el entusiasmo de un hombre al que apuntasen con un arma, empezó a hablar:

–Llamó a Felicia esta mañana para decir que le dolía la garganta y ella fue a buscarla al colegio. Cuando me enteré, pensé que el dolor de garganta era una excusa, pero no estoy seguro. ¿Tú crees…?

Zach sacudió la cabeza.

¿Zach Jones estaba pidiéndole consejo?, se preguntó Meg. Le resultaba imposible creer que hubiera sido tan fácil, pero…

¿Y quién demonios era Felicia? ¿Otra mujer en su vida?

–¿Felicia es…?

–La niñera de Ruby.

–Ah –Meg tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada de alivio–. Yo tuve una niñera y le dije que era adoptada. Ella se lo contó a una amiga que se lo contó a la prensa… vaya, se me había olvidado ese incidente. Mi madre se llevó un disgusto terrible y mi padre… bueno, digamos que no volví a tener niñera a partir de entonces.

Zach asintió con la cabeza, aunque era evidente que él no sabía nada de niñas pequeñas. Y por eso estaba más decidida a hacer que viera las cosas con claridad.

–No me malinterpretes, otros niños adoran a sus niñeras. Tabitha aún le envía tarjetas en Navidad a la suya. ¿Ruby se lleva bien con Felicia?

Zach tardó un segundo en contestar:

–Felicia fue profesora en el colegio de Ruby durante veinte años y lo ha visto todo. La contraté cuando la niña vino a vivir conmigo a principios de año.

–Bueno, entonces genial –dijo Meg–. Una niña necesita límites tanto como necesita su propio espacio.

Pero entonces se dio cuenta de algo... Ruby no había vivido siempre con él.

¿Dónde había estado, con su madre? ¿Estaba divorciado? ¿Había estado enamorado de la madre pero nunca habían vivido juntos? ¿Seguiría enamorado de ella?

No podía negar que le dolía el corazón al pensar eso. Le dolía por Zach, por Ruby. Era mucho más fácil dejar que le doliera por ellos que por ella misma.

Meg necesitaba saber toda la historia, pero contuvo el aliento, esperando que fuese Zach quien la contase.

–No sé cómo demonios hemos empezado a hablar de este asunto.

–El tema lo has sacado tú.

–¿Yo?

–Si hubieras sido lo bastante sensato como para no echarme en cara que hubiese parecido en el jardín de tu casa sin darme cuenta, esta conversación no habría tenido lugar.

–¿Por qué tengo la impresión de que estás acostumbrada a salirte con la tuya?

–No tengo ni idea porque no es verdad –rió Meg–. Tengo tres hermanos mayores y un padre que cree que todo lo que hago es una pérdida de tiempo.

Después de decirlo se mordió los labios, pero ya era demasiado tarde. Lo había dicho y, por lo tanto, estaba dándole cuerda para que la ahorcase.

Zach permaneció en silencio durante tanto tiempo que Meg podía oír el sonido del agua rozando el casco del bote y su propia respiración.

–Ruby está en un internado durante la semana –dijo por fin.

Podría haberlo besado. No tenía por qué contarle nada, pero lo estaba haciendo, estaba dándole su confianza.

–El colegio en el que Felicia solía dar clases –lo animó.

–Está a diez minutos de aquí. Es el mismo colegio al que iba antes

de que su madre muriese.

Ah, allí estaba.

Meg se agarró al banco con las dos manos. La madre de Ruby había muerto unos meses antes. Pobrecita. Era lógico que Zach quisiera envolverla entre algodones. Que hubiera podido volver al colegio era un milagro y en cuanto a Zach…

–No es la primera vez que dice que le duele la garganta, la cabeza… o cualquier otra cosa para quedarse en casa. Por el momento, sólo necesita un día y luego vuelve al colegio sin problemas, así que creo que lo estamos haciendo bien.

¿Que lo estaban haciendo bien? Zach era un hombre considerado y estaba intentando hacer su papel de padre. En su opinión, hacía todo lo que estaba en su mano para que la niña fuera feliz.

–No tenía ni idea. Siento mucho lo de tu mujer…

–La madre de Ruby y yo nos conocimos hace años cuando vine aquí para ver el terreno, antes de construir el hotel. Yo ni siquiera sabía de la existencia de Ruby hasta que Isabel murió.

–Entonces no estabais…

–No, no estábamos casados –la interrumpió él–. Yo estaba en Turquía cuando mi abogado se puso en contacto conmigo para darme la noticia y después de muchas conversaciones con los Servicios Sociales logré traer a Ruby aquí. Apareció con una maletita y un oso de peluche en la mano... yo no esperaba que fuese tan pequeña.

Zach se detuvo abruptamente, mirándose las manos, y Meg tuvo que hacer un esfuerzo para contener la emoción. Pero tardó un momento en darse cuenta de que la picazón que sentía en los ojos eran las lágrimas.

Ella nunca lloraba. Sólo se dejaba llevar por la emoción cuando alguien lanzaba algún rumor malintencionado o cuando escuchaba las historias que le contaban en el centro de acogida. Pero aquel hombre tocaba una parte de ella que no parecía conocer esas reglas y tuvo que parpadear furiosamente para disimular.

–Los dos estamos intentando acostumbrarnos a esta nueva situación y el uno al otro – siguió él, mirando el fondo del bote–. Lo último que necesitamos es que la prensa descubra su existencia. Tú, evidentemente, sabes lo desagradable que eso podría ser. Ruby tiene que acostumbrarse a mí sin tener que mirar constantemente por encima de su hombro porque…

sé que le harían daño.

En sus ojos había un brillo que no había visto hasta aquel momento; tal vez porque al contárselo se había quitado un peso de encima.

–Meg… –empezó a decir

–Mira, puedes confiar en mí. Se me da increíblemente bien guardar

secretos y te aseguro que no pienso decir una palabra.

–Eso espero.

Meg sonrió y Zach consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa. Y en ese momento de silenciosa comunión algo raro y mágico nació entre ellos.

Algo parecido a la confianza.

CAPÍTULO 6

EL BOTE chocó suavemente contra algo y Meg tuvo que agarrarse al banco. Estaba tan concentrada en la historia que le contaba Zach, en el propio Zach, que no se había fijado en los altos juncos que los rodeaban.

Él saltó del bote para amarrarlo al muelle y luego se inclinó para ofrecerle su mano. Y

Meg la aceptó, el tenso silencio después de ese momento de intimidad haciendo que le pareciese algo casi irreal.

Cuando se miraron a los ojos su corazón hizo un extraño dentro de su pecho. Le pesaban las piernas y lo único que parecía ligero era su cabeza. Seguramente por eso le dijo: –Ahora que sé todo lo que tengo que saber sobre ti, ¿vas a dejar de vigilarme?

Zach levantó una ceja.

–¿Eso es lo que he estado haciendo?

–O eso o cincuenta acres en realidad no son tanto terreno.

Zach soltó una carcajada y el sonido, tan seductor, reverberó por todo su cuerpo. Y

cuando la risa se convirtió en una sonrisa, dejó otra clase de calor con la que Meg no sabía bien qué hacer.

–Me gustas más así.

–¿Cómo?

–Cuando no me das órdenes. Deberías hacerlo más a menudo.

Él la miró con un nuevo brillo en los ojos; un brillo que la mareaba. Era una mirada…

ardiente, absolutamente abrumadora.

–Yo creo que, si sigo haciéndolo, te gustaré más.

–Puedes discutir todo lo que quiera –dijo Meg. Estaba intentando bromear, pero sólo consiguió que pareciese un flirteo. Que lo era.

¿Cómo no iba a flirtear con él? Estaba sonriendo y, hubiera sido a propósito o no, le había dejado ver al hombre que había detrás de la máscara.

Y le gustaba lo que veía.

Y, por el brillo de sus ojos, tenía la sensación de que también a Zach le gustaba.

Meg se pasó la lengua por los labios y él siguió el movimiento con unos ojos que se oscurecieron como la noche.

A pesar de saber que lo que estaba a punto de pasar era arriesgado y sin sentido. Y

nacido de nada más concreto que una efímera conexión de confidencias compartidas, Meg se quedó inmóvil, todo su cuerpo vibrando de anticipación.

Zach le pasó un brazo por la cintura. No la estaba presionando, de modo que podría haberse apartado. Pero no lo hizo. Meg era siempre la primera en apartarse antes de que pasara nada serio, pero se quedó donde estaba, el calor de su cuerpo traspasando el vestido.

Al poner una mano sobre su pecho lo encontró duro, inamovible, todo lo que había pensado de él. Pero ahora sabía que bajo ese duro exterior estaba el corazón de un hombre cuyo primer objetivo era proteger a su hija.

Cuando se inclinó para rozar sus labios y notó que sabía a muffins de chocolate supo que estaba perdida.

El beso era lento, evocador. Como si no tuviera intención de perderse parte alguna de la experiencia.

Meg tardó tres segundos en echarle los brazos al cuello y ponerse de puntilla para devolverle el beso, apretándose contra él.

Dejando escapar un suspiro que reverberó por todo su cuerpo como un pequeño terremoto, Zach la levantó como si no pesara nada. Y el beso se hizo más apasionado, más profundo.

Acariciaba con la lengua el diente roto, enviando deliciosos escalofríos por todo su cuerpo. Meg estaba ardiendo y le quemaban los pulmones. Sus manoletinas cayeron al muelle, dejándola descalza y, no sabía por qué, expuesta. Completamente a su merced hasta que, por fin, recuperó el sentido común y se apartó ligeramente.

–No sé qué ha pasado –dijo Zach, dejándola en el suelo.

–Yo sí –respondió ella, sintiendo que le ardían las mejillas. Pero era la verdad. Había querido hacerlo desde que lo conoció.

Y él asintió con la cabeza. Ese momento de acuerdo, de admitir por fin lo que los dos sentían, fue aún más formidable que el beso.

–Será mejor que me vaya. Mis amigas enviarán un equipo de rescate si no me encuentran pronto –dijo Meg, poniendo una mano en su antebrazo–. Y siento mucho lo de Isabel.

–Gracias –murmuró Zach.

–Pero yo que tú no me preocuparía por Ruby. No tengo la menor duda de que está en buenas manos y es muy afortunada de tenerte a su lado.

Luego recuperó los zapatos y corrió por el muelle, intentando inventar una excusa para Tabitha y Rylie que explicase dónde había estado, lo que había estado haciendo y por qué en lugar de caminar flotaba a un palmo del suelo.

***

Esa noche, cuando Rylie y Tabitha estaban durmiendo en sus habitaciones, Meg seguía despierta en la cama, mirando el móvil.

Se lo había ido pasando de una mano a otra durante un par de horas, desde que se despidió de Olivia y Violet.

Sus sobrinas eran unas niñas felices, alegres. ¿Cómo no iban a serlo? Tenían ponis, clases de ballet y piano, excursiones, lecciones de mandarín y francés, viajes con su abuela por todo el mundo, niñeras que las mimaban mucho más de lo necesario y un padre que no paraba de trabajar mientras ellas crecían sin tenerlo a su lado.

Por fin, se tumbó en la cama, la luna de verano entrando por la ventana y creando sombras en el techo. Pero no podía dejar de pensar en Ruby.

Se había visto a sí misma en esa niña; una niña cuya ilusión infantil podía ser apagada tan fácilmente. O peor, podía perder el control de su vida. Esperaba que no. No sólo por Ruby, sino por Zach.

El grande, serio y noble Zach Jones.

Habiendo crecido con una familia como la suya la única masculinidad que conocía era la virilidad abrumadora, dictatorial.

La fuerza de Zach era algo mucho más profundo y el hecho de que hubiera dado un giro de ciento ochenta grados a su vida para acomodarse a la niña era una revelación. Era como ver a un bombero rescatar a un gatito de un árbol.

No le gustaría nada que todo ese esfuerzo se perdiera, pero como Zach no era su padre, el todopoderoso Quinn Kelly, Ruby podría no necesitar la intervención que ella había necesitado de adolescente.

Sin embargo, ese beso…

Meg se llevó un dedo a los labios, como debía haber hecho una docena de veces esa tarde. Aún podía sentir los de Zach; su calor, la fuerza de su cuerpo impresa en el suyo como si hubiera ocurrido unos minutos antes.

Había sido mágico, profundo, especial.

E indefendible. Porque Zach Jones tenía una hija.

Cuando ella decidió no tener hijos… unos niños que sólo por ser suyos no estarían a la altura de lo que esperaba su padre, nunca se le había ocurrido que tal vez algún día conocería a un hombre que tuviera hijos propios.

Pero entonces Zach había aparecido en su vida, haciendo que volviera a pensar en decisiones que había tomado tiempo atrás y que le parecían inamovibles.

Pero no, no debía hacerlo. Sus sobrinas eran la prueba viviente de que estaba en lo cierto.

Ahora parecían felices, pero eran niñas. Deberían llevar botas de goma y meterse en charcos, no ir vestidas como princesas cuando jugaban en el jardín.

La presión para que crecieran siendo lo que Quinn Kelly quería que fueran estaba a punto de empezar. Y pronto tendrían edad suficiente para sentirla. Pronto serían lo bastante mayores como para darse cuenta.

Ella no desearía una presión así en ningún niño porque conocía mejor que nadie las consecuencias.

Meg cerró los ojos, pero era incapaz de dormir. Intentó canturrear una canción de Steve Wonder, pero no sirvió de nada. La voz de Zach parecía grabada en su memoria…

Le gustaba Zach Jones. Le encantaba cómo besaba y más aún que estuviera esforzándose tanto con Ruby, pero no tenían nada que ver el uno con el otro. Podría no darse cuenta, pero tenía la natural inclinación de ser padre. Con el tiempo querría tener más hijos y ella no podría dárselos.

Meg se puso de lado, doblando las rodillas hasta que rozaron su abdomen, y metió una mano bajo la almohada.

Allí fuera, en una casa enorme a la que se accedía por un puente de cuerda, Zach estaría dormido. Meg se preguntó qué soñaría y, sobre todo, con quién.

***

Ya era de noche cuando Zach volvió a su casa, o al sitio que había llamado su casa durante los últimos meses. Iba canturreando mientras cerraba la puerta y tardó un momento en darse cuenta de que era KC and the Sunshine Band. Música disco.

Y tirar unas llaves sobre la mesa en lugar de una simple tarjeta magnética le resultaba extraño.

Como de niño había vivido en orfanatos y casas de acogida, sencillamente había dejado de sentirse conectado con los sitios, con las posesiones, con la gente.

Pero viviendo en aquella casa tan grande, durmiendo en la misma cama cada noche y viendo las misma caras cada día, sentía que volvía el natural deseo de preservar esas conexiones. Y, sin embargo, sentía miedo de que se lo arrebataran todo.

–Buenas noches, Zach –oyó una voz en el salón.

–Ah, hola, Felicia. Qué susto me has dado.

–Trabajas demasiado –dijo la niñera de Ruby–. Si sigues así, yo diría que pronto tendrás que hacer uno de esos programas de recuperación de tu balneario.

–Y si yo hubiera sabido que eras tan graciosa, te habría dejado en el colegio.

La mujer, de cabello gris, le dio un golpe en el brazo.

–¿Ruby está despierta?

–No, se quedó dormida en cuanto la metí en la cama.

–¿Ha llorado otra vez?

–No, en absoluto. Además, como le dolía la garganta yo creo que necesitaba descansar –Felicia se colocó el bolso al hombro–. Buenas noches. Nos vemos mañana.

Zach la oyó charlar con uno de los empleados, que había ido a escoltarla hasta su bungalow, hasta que el sonido de sus voces se perdió en la noche.

En lugar de ir a la cocina para comer algo fue directamente a la habitación de Ruby y se quedó en la puerta, con su nombre escrito en grandes letras de color rosa, aguzando el oído.

Podría haber vuelto a casa horas antes. Desde luego, antes de que la niña se fuera a la cama. Pero se había quedado en la oficina, diciéndose a sí mismo que Ruby no lo esperaría tan temprano. Aunque la verdad era que la idea de regañarla por haberse marchado del colegio lo tenía angustiado.

La pobre sólo tenía siete años. Él tenía treinta y cinco y dirigía una compañía hotelera por todo el mundo. Nadie en el mundo lo intimidaba y, sin embargo, desde el día que miró esos inteligentes ojos castaños había vivido con el miedo de que ella no lo quisiera.

Zach se pasó una mano por el pelo antes de empujar la puerta. El instinto le decía que entrase para comprobar que su hija estaba dormida y que dormía porque se sentía segura con él. Y, sin embargo, cada noche se convencía a sí mismo de lo contrario.

Ruby podría ponerse a llorar al pensar en su madre. Él podría acostumbrarse a que la niña viviera allí…

Sin embargo, aquella noche era diferente. No sabía por qué, pero no le resultaba tan complicado. Tal vez por su conversación con la persona más inesperada: Meg Kelly.

Ella parecía convencida de que Ruby necesitaba su espacio y que era normal que, por impulso, él no quisiera dárselo. E incluso que Ruby sabía todo eso. Y tal vez su instinto no lo engañaba, tal vez podría ser un buen padre.

De modo que entró en la habitación sin pensar más.

Tal vez había exagerado al comprar el caballito balancín, el asiento forrado de la ventana, la estantería llena de libros de cuentos, los peluches gigantes, las veinte muñecas…

pero había hecho caso de los consejos de Felicia y los otros profesores que conocían a la niña y había dejado que el decorador se volviera loco, sin reparar en gastos.

Zach se acercó a la cama hasta que, a la luz de la luna, pudo ver la carita de la niña dormida.

Habían pasado unos días desde el fin de semana, pero estaba seguro de que había crecido. Su pelo oscuro estaba extendido por la almohada con tal perfección que era casi como si alguien hubiera colocado cada mechón cuidadosamente. Su rostro era suave, dulce, su respiración pausada… de modo que ya no le dolía la garganta.

Cómo los había engañado, pensó, sin poder evitar una sonrisa. Incluso había engañado a su niñera. Pero Meg había visto lo que había

bajo el subterfugio.

Zach dio otro paso adelante y apartó el flequillo de su cara…

Ruby se movió entonces y él se quedó inmóvil, asustado. Pero estaba profundamente dormida, ocupando toda la cama y con un brazo sobre su cabeza. Exactamente como dormía él.

El corazón de Zach latía con tal fuerza que golpeaba sus costillas. Aquella criatura era su hija, su responsabilidad, su única familia. Si alguien le hacía algo, o publicaba algo que pusiera en peligro su custodia…

Con un nudo en la garganta, se dio la vuelta para salir de la habitación.

–¿Papá? –lo llamó una vocecita cuando iba a cerrar la puerta.

–Dime, cariño.

–Nada. Quería saber si eras tú.

–Sí, claro que soy yo.

La niña quería comprobar si era real.

Quería comprobar si seguía allí.

Quería comprobar que no había desaparecido cuando empezaba a acostumbrarse a él.

Y Zach entendía ese sentimiento, la angustia de que alguien en quien tú confiabas de repente te diese la espalda.

–Estoy aquí –le dijo con voz ronca–. No pienso irme a ningún sitio. Venga, duérmete.

Pero por el ritmo pausado de su respiración supo que ya lo había hecho.

Zach cerró la puerta y se dirigió a la cocina. Felicia había dejado allí los periódicos y, a su lado, una nota del colegio en la que pedían su firma para una excursión… y un bote de espaguetis lleno de flores silvestres. Imaginó a Ruby recogiéndolas para Felicia y la niñera creyéndose aún más lo del dolor de garganta. Una chica lista su hija, desde luego.

Trabajar mañana y noche y reservar los fines de semana para estar con Ruby, ésa era su vida. Así serían las cosas durante los próximos doce años por lo menos. Nada de trabajar los siete días de la semana, nada de viajar a todas horas, nada de compañía femenina…

El precioso rostro de Meg Kelly apareció entonces en su cabeza.

Por primera vez desde que entró en casa, pero no por primera vez ese día, recordó el beso. Había sido un beso delicioso, un canto de sirena que no pudo resistir. Su piel suave, sus curvas de diosa y su inmediata respuesta habían hecho imposible que se apartara.

Zach se acercó al horno para sacar su cena, pero olvidó ponerse los guantes y dejó caer al suelo la bandeja cuando se quemó los dedos. Huevo, calabacines y queso volaron por todas partes, manchando los armarios y el suelo…

Enfadado, soltó una palabrota, pero en voz baja, recordando que Ruby estaba dormida al fondo del pasillo, mientras abría el grifo y metía la mano bajo el agua fría.

¿En qué demonios estaba pensando? Besar a Meg Kelly, confiar en ella… sus palabras podían haber sonado creíbles, pero Meg podía tirar su castillo de naipes con sólo decirle una palabra a la persona equivocada. Su mejor amiga era periodista, por el amor de Dios.

Maldita fuera. Esa boca suya podría ser su ruina en todos los sentidos.

Pero no volvería a dejarse engañar. La próxima vez que Ruby quisiera hacer trampa y volver del colegio un día de diario tendría que hablar con ella. Tendría que poner límites.

Aparentemente, los límites eran algo que los niños necesitaban. O eso quería hacerle creer Meg Kelly.

CAPÍTULO 7

A LA mañana siguiente, Meg metió una nota bajo la puerta de la habitación en la que decía que se iba de excursión por el parque nacional y que se verían en el punto de encuentro a las siete.

No había podido conciliar el sueño hasta después de las dos y necesitaba una hora para recuperarse. Pero no era por eso por lo que ir de marcha era de repente su actividad favorita.

Estaba intentando evitar a Zach.

Después de los sueños que había tenido, sueños en los que ella llevaba un delantal blanco y miraba por la ventana un jardín lleno de niños, necesitaba distanciarse todo lo posible de Zach Jones.

De modo que se puso el atuendo más adecuado que encontró en la maleta y sujetó sus rizos en dos trenzas, dispuesta a olvidar el día anterior y comenzar sus vacaciones.

–Buenos días –oyó una voz profunda tras ella.

No tenía que mirar para saber a quién pertenecía esa voz porque ese tono le producía escalofríos.

–¿Dónde están las otras dos mosqueteras?

–Siguen durmiendo –contestó Meg, sin mirarlo–.

¿Quién hubiera dicho que al final sería yo la más energética?

¿Quién lo hubiera dicho, desde luego? Aún no estaba preparada para contarles lo que había pasado, pero sabía que no las engañaba ni por un momento. Tabitha y Rylie intuían que pasaba algo y, siendo sus mejores amigas, la dejaban sola para ver hasta dónde llegaba el asunto.

Y estar con Zach a primera hora de la mañana sin tener ayuda era justo lo que se merecía.

Mientras se sujetaba bien una trenza lo miró de soslayo y vio que llevaba otro pantalón de color caqui, otra camiseta, una vieja mochila al hombro y la misma gorra del día anterior.

La inspección terminó en su boca y tuvo que tragar saliva al recordar el beso.

–Por favor, no me digas que he vuelto a meter la pata y por eso tienes que seguirme.

–¿Por qué crees que mi presencia aquí tiene algo que ver contigo?

Antes de que Meg pudiera contestar, la instructora los llamó: –El equipo que se marcha a St. Barts se ha unido a nosotros para ver qué tal lo hacemos, así que levantad bien los pies y admirad la flora y fauna de la zona como si nunca hubierais visto nada parecido.

–¿Estás aquí para entrenar al otro equipo?

–Guapa e inteligente –sonrió Zach, tirándole de una trenza–. ¿Quién lo hubiera dicho?

Con las palabras «guapa e inteligente» repitiéndose en su cerebro, Meg se quedó mirando su espalda hasta que se lo tragó el bosque.

Asombroso. Medía más de metro ochenta y cinco y tenía el físico de un atleta. Y, sin embargo, no parecía darse cuenta de que todo el mundo lo observaba.

Meg se colocó la mochila en una posición más cómoda y empezó la marcha. Era una sorpresa que pudiera seguir el ritmo del grupo sin problema, pero pronto el camino se estrechó y tuvieron que caminar en fila india, a veces teniendo que sujetarse a las ramas de los árboles cuando la pendiente era muy pronunciada.

No sabía si ella había aumentado el paso o Zach lo había disminuido, pero justo cuando estaban cruzando un arroyo sobre piedras resbaladizas apareció a su lado para tomarla del brazo.

–Gracias. ¿Hemos llegado ya?

Él sonrió y el corazón de Meg se aceleró. Claro que, considerando el ritmo de la marcha, no era precisamente lo mejor que le podía pasar.

–No está lejos –contestó, su voz tan serena como si no llevara media hora de marcha.

–¿Si tuviese alguna queja tendría que ponerla por escrito?

–No, dímelo a mí.

–¿Levantarse tan temprano es realmente necesario?

La sonrisa se convirtió en una carcajada.

–Aquí empieza a hacer calor muy temprano.

–Pues no sé si eso tiene importancia para los instructores. Yo creo que son unos sádicos.

–No, no lo son.

–¿Quieres decir que tú crees en todo esto? ¿Hábitos saludables, felicidad interna y todo lo demás?

Zach pareció pensarlo un momento. Estaba escuchándola de verdad, pensó. La mayoría de los hombres que conocía le hubieran dado una palmadita en la espalda, como si fuera un cachorrito gracioso, sin pensar que ella era una mujer con ideas y opiniones propias.

–Creo que lo que uno pone en la vida es lo que recibe a cambio. Si la tratas bien, ella te trata bien. Rodéate de gente positiva y afectarán positivamente a tu vida. Llena tu cuerpo y tu cabeza con tonterías y eso es lo único que podrás encontrar.

Meg casi deseó no haber preguntado. Porque esa respuesta le decía cómo podían verla los demás. Y el propio Zach.

Ella iba a fiestas, de modo que era una chica alegre. Nada más profundo que eso. Y era enteramente culpa suya porque nadie conocía la mejor parte de sí misma: las mujeres del centro de acogida Valley Women a las que había ayudado durante todos esos años. En realidad,

nadie conocía a la verdadera Meg Kelly. Ni su familia ni sus amigos.

Durante años había pensado que lo mejor era mantener esos dos mundos separados, pero las palabras de Zach la hacían desear que alguien lo supiera, que él lo supiera.

Pero era muy perceptivo y, si se lo contaba, se preguntaría por qué necesitaba pasar tiempo con mujeres maltratadas y niños abandonados. Y, sobre todo, por qué se lo escondía a todo el mundo.

No, mejor dejar las cosas como estaban, pensó.

–¿Así que uno es lo que come?

–Más o menos.

–Pero si volviera a casa ahora mismo y me marinase en chocolate y vino tinto, al menos moriría siendo sabrosa.

Zach soltó una carcajada.

–No puedo negarlo.

Luego se volvió para seguir al grupo como si no pasara nada. Tal vez el beso no lo había afectado tanto como la había afectado a ella, pensó.

Estupendo. Fantástico.

Ahora estaban bajando por una pendiente en fila india y Meg iba detrás de Zach. Y, por lo tanto, en lugar de mirar por dónde pisaba estaba mirándolo a él: cómo se rizaba su pelo en la coronilla, su atlético paso, su apretado trasero…

Tenía que haber sentido algo cuando se besaron. Ella había sentido la magia.

Cuando tropezó, tuvo que agarrarse a la mochila de Zach para no caer al suelo.

–¿Estás bien?

–Sí, sí, más o menos –suspiró Meg.

–Agárrate a mi hombro.

–¿Por qué?

–Porque a partir de ahora el camino es más difícil.

–Estoy bien, no te preocupes.

–Meg…

–No soy una inepta, en serio. Puede que no sepa leer un plano, pero puedo poner un pie delante de otro sin caerme de bruces –lo interrumpió ella–. Puedo hacerlo sola, tranquilo.

Sin hacer caso, Zach la tomó por la cintura, apartándola del camino para que los que iban detrás pudieran adelantarlos.

–Relájate, Meg –le dijo cuando se quedaron solos–. Sólo te estoy ofreciendo mi mano para bajar por la pendiente.

Ella intentó tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que no pudo hacerlo. Zach apretó su cintura un poco más y sintió en esa presión la misma confusión que sentía ella.

De modo que no estaba equivocada. También a él le había afectado

el beso.

¿Pero qué iba a pasar ahora?

En el silencio que siguió, mientras el grupo se alejaba rápidamente, podía oír el canto de los pájaros y el gorgoteo del agua del arroyo que habían dejado atrás.

Estaban solos. Podría pasar cualquier cosa. Como, por ejemplo, que alguien les hiciera una fotografía que al minuto siguiente aparecería en Internet y entonces Zach no la perdonaría nunca.

De modo que se apartó.

–Gracias por el ofrecimiento, pero sólo he tropezado. A partir de ahora pondré más atención.

Él por fin dejó de mirar su boca.

–Pero ten cuidado, hazlo por mí. Lo que nos faltaba es que te rompieras una pierna.

–¿Nos faltaba?

–Exactamente. Los dos sabemos que es en Ruby en quien estamos pensando cada que vez que nos encontramos.

Y Ruby debería ser razón suficiente para que no volvieran a encontrarse, parecía querer decir.

Zach se dio la vuelta y siguió por el sendero, sin mirar atrás.

–Venga, camina. Antes de que tengamos que enviar un equipo de rescate a buscarte otra vez.

–¿Un equipo de rescate? Por favor… –suspiró Meg.

¿Había dicho «otra vez»?

***

Cinco largos minutos después el descenso terminó y el camino se hizo más amplio, con escalones cortados en la piedra, de modo que el grupo se separó.

En aquella zona, el bosque se abría para revelar una pared de piedra tan alta que Meg tuvo que inclinar la cabeza para ver el sol.

–¡Sujetaos a las cuerdas y pisad con cuidado! ¡Y preparaos para algo fabuloso! –los animó su guía.

Estaban entrando en una gruta y, dentro, todo estaba muy oscuro. Hacía frío allí y el sudor que cubría su cuerpo hizo que se le pusiera la piel de gallina.

Poco a poco, paso a paso, sus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad. Por delante, donde iban los primeros, le parecía ver una luz verdosa.

Entonces, de repente, frente a ella apareció una laguna natural de aguas tan verdes y transparentes que se podía ver el fondo, hecho de arena y piedras de todos los tamaños.

Arriba, a través de una grieta, una cascada caía en el centro de la laguna. Era literalmente una de las cosas más bonitas que había visto

en su vida.

–Estamos en las cataratas Juniper –anunció Zach. Meg estaba encantada con el color, el sonido, la violencia y la belleza de aquel sitio–. ¿Ha merecido la pena levantarse tan temprano?

–Desde luego que sí –contestó ella.

Mientras algunos del grupo hacían fotografías, Meg se apartó un poco de Zach, mirando alrededor.

–Las fotos no le hacen justicia así que lo mejor es admirarla, absorberla. Y no la olvidarás nunca.

Meg no podía dejar de mirarlo y, como si se hubiera dado cuenta, Zach clavó sus ojos en ella y sonrió, levantando las cejas.

La miraba como si quisiera memorizar sus rasgos. Y tenía razón, aquél era un momento que no olvidaría nunca.

El grupo se desperdigó, algunos sentándose en las rocas, otros buscando sitios en los que daba el sol para relajarse un momento. Y muchos se quitaron los zapatos para meter los pies en el agua.

–¿Vienes? –le preguntó Zach.

–¿Qué tal si me dices cuál es el mejor sitio y luego vuelves a tu trabajo?

Él miró alrededor y, al ver a la gente haciendo fotografías, pareció darse cuenta del peligro. Y, aunque había sido ella quien lo avisó, a Meg se le encogió un poquito el corazón.

–Tengo algo de tiempo para mis clientes, no te preocupes. Si no te importa seguirme…

Meg lo siguió hasta una roca grande y plana sobre la que daba el sol, colándose a través de los helechos que ocultaban la gruta desde arriba, y se sentó a su lado, dejando escapar un suspiro.

–¿El agua está caliente?

–Prueba tú misma.

Ella se inclinó para meter la mano en la laguna. El agua estaba lo bastante templada como para poder nadar en ella, pero también fresca y relajante.

Cuando Zach sacó la cantimplora de la mochila y le ofreció un trago, Meg lo aceptó, agotada y sedienta.

–¿De dónde viene el agua?

–De los ríos de la zona, los que llegan al parque nacional –respondió Zach, en voz alta para que lo oyeran todos–. Con el constante golpeteo, el suelo de la laguna es la arena más fina que puedan imaginar.

–¿Has nadado aquí alguna vez? –le preguntó Meg.

–Un par de veces, sí.

–No sé de dónde sacas el tiempo. Además de llevar tu imperio tienes que cuidar de tú sabes quién…

Meg sintió que se apartaba. Había sido indiscreta, pero daba igual;

le dolió de todas formas.

Y la hizo recuperar el sentido común. Aunque los dos estaban del mismo lado, intentando proteger a la niña, para ella era un simple deseo mientras para Zach era su misión en la vida.

–Lo siento, no volveré a hablar del asunto.

–Mira, yo quería…

–No pasa nada, lo entiendo.

–No, creo que no lo entiendes. Quería contarte una cosa: Ruby me ha hecho tortitas esta mañana.

Meg lo miró, perpleja.

–¿En serio? ¿Tan temprano? De tal palo tal astilla, ¿eh?

Zach la miró con una expresión que no había visto antes, como si él pensara lo mismo pero no estuviera convencido de que fuera verdad. Y eso le tocó el corazón.

–¿Estaban ricas? –le preguntó, sin saber qué decir.

–Atroces –contestó él, riendo.

–Pero te las has comido todas –sonrió Meg.

–Desde luego.

La flecha que tenía clavada en el corazón se clavó un poco más.

Meg intentó imaginar a su padre comiendo unas tortitas que ella hubiera hecho. No, imposible, Quinn Kelly las habría tirado a la basura.

Tuvo que tragar saliva para contener la emoción. Una emoción que creía haber dejado atrás, pero…

–Ha preguntado por ti –siguió Zach.

Meg miró el techo de la cueva, pensativa. Si supiera lo que era bueno para él, dejaría de hablar.

–¿Qué te ha dicho?

–No te lo puedo decir porque las niñas necesitan tener sus misterios. O eso me han contado.

–Oye –rió Meg–, eso no es justo. Yo te he contado todas esas cosas y ahora usas los misterios contra mí.

–Sí, tienes razón –asintió él–. Entonces te diré que fue algo que tú le dijiste ayer lo que ha hecho que vuelva al colegio encantada. Así que gracias por eso también.

¿Ella había hecho eso?

–De nada.

–Señor Jones –lo llamó una mujer con acento extranjero. Era una pelirroja guapísima de pelo perfectamente arreglado, uniforme de Juniper Falls planchado y sin una gota de sudor.

Meg se pasó una mano por las desordenadas trenzas, nerviosa.

–Hola, Claudia –la saludó Zach–. ¿Algún problema?

–Perdone que le interrumpa, pero el grupo de St. Barts quiere hacerle algunas preguntas cuando tenga tiempo.

–Sí, claro. Claudia, te presento a Meg, una cliente del hotel. Claudia será la gerente del hotel de St. Barts.

–¿St. Barts? Qué suerte –sonrió ella–. Y gracias por explicarme todo sobre la cascada.

Ha sido de lo más informativo.

Claudia sonrió también antes de volver con el grupo de St. Barts.

–¿De lo más informativo? –repitió Zach, burlón.

–Bueno, lo ha sido, es verdad. Pero ve a hablar con ellos, por favor. No me voy a caer en la laguna y, si me cayera, no me ahogaría, tú tranquilo.

Zach arrugó el ceño.

–Ya sé que no te vas a ahogar. Iba a preguntarte si nos veríamos esta noche.

–¿Esta noche? –el corazón de Meg empezó a latir con tal fuerza que temía que todo el mundo se diera cuenta.

–Vas a ir al *luau*, ¿no?

–¿Al qué?

–Una fiesta nocturna típica de la zona. Hay un claro al oeste del lago en el que hemos creado una playa artificial y los empleados organizan una hoguera una vez a la semana. ¿No has leído el folleto?

–Lo he mirado brevemente –le confesó ella–. Pero la verdad es que no sé qué planes tienen las chicas…

–El equipo de St. Barts estará aquí esta noche, así que yo había pensado acudir… por ellos –dijo Zach–. Y habrá nubes que puedes tostar en la hoguera.

Meg se pasó la lengua por los labios sin darse cuenta y él soltó una carcajada que resonó por toda la gruta… y por sus huesos, como si el tuétano fuese una cuerda de guitarra.

–¿Nubes de verdad? –le preguntó, asombrada de que su voz sonara tan firme–. No serán nubes orgánicas de soja o algún horror parecido, ¿no?

–Nubes de verdad, con azúcar. Bolsas y bolsas de ellas, blancas y rosas. Y te darán un palito por si quieres tostarlas en la hoguera.

–Pues claro que las tostaré en la hoguera. ¿Tú no haces eso?

–Siempre –sonrió él–. Pero, por si necesitas algo hasta entonces… –Zach le tiró un paquetito envuelto en el papel verde del hotel y, después de tocarse la gorra, se alejó hacia el grupo de St. Barts.

Meg abrió el paquetito y al ver que dentro había una chocolatina soltó una carcajada...

y luego se tapó la boca con la mano para que los demás no vieran que se estaba riendo sola como una tonta.

CAPÍTULO 8

ZACH estaba en una zona de la playa a la que no llegaba la luz de la hoguera, descalzo, con una chaqueta y un pantalón de lino blanco que había planchado él mismo y un collar de flores al cuello, un *lei*, que alguien le había puesto en cuanto llegó.

«Eres tonto», pensó, por enésima vez esa noche. «Has tenido una buena mañana por algo que ella ha dicho y también es verdad que no puedes quitarte el beso de la cabeza, pero venir sólo para verla es una locura».

Estaba a punto de quitarse el *lei*, pero antes de que pudiera hacerlo oyó unas risas femeninas tras él.

Eran tres mujeres y las otras dos debían de ser sus amigas, pero a la única que él veía era a Meg.

Llevaba el pelo oscuro sujeto en una coleta y dos enormes aros en las orejas con más diamantes de los que cualquier otra mujer vería en su vida. Pero era su vestido lo que hizo que se clavase las uñas en las palmas de las manos.

El vestido era rojo, de un material brillante que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel cayendo luego hasta los tobillos. Llevaba los hombros desnudos, el escote al descubierto y un lazo en la cintura.

Nunca había visto un regalo mejor envuelto, pensó.

Meg se inclinó cuando un empleado del hotel le pidió que se descalzase para el *luau* y, apoyándose en él, procedió a desenredar un metro de cinta de sus sandalias de tacón.

Zach cerró los ojos y pidió ayuda al cielo.

Cuando volvió a abrirlos vio a Meg descalza correteando por la arena con la exuberancia de un cachorro. Además, el vestido dejaba toda su espalda al descubierto, sujeto con un prendedor en la nuca. No era lo bastante bajo como para poder ver el tatuaje que sabía estaba allí, pero sí como para que se le quedara la boca seca.

Durante los últimos veinte años había pasado cada minuto dedicado a convertir al niño que había sido en un empresario despiadado. Durante los últimos meses había tenido que olvidar una parte de eso para convertirse en padre.

Meg Kelly sencillamente lo hacía sentir como un hombre.

Era adictivo… pero podría ser su ruina.

«Mírala», se dijo a sí mismo. «Los diamantes, las amigas famosas, los vestidos caros. Le encanta la atención y los focos y mírate a ti mismo entre las sombras».

Dejar que ese encandilamiento continuase podría costarle demasiado… desde luego perdería a Meg y aún había una posibilidad

de que perdiese a Ruby. Y en cuanto a la posibilidad de mirarse al espejo y ver a un hombre que había aprendido del pasado…

imposible.

Convencido de que marcharse era la única opción, Zach dio un paso en dirección a la tarima sobre la que tocaba una banda de reggae al otro lado de la hoguera, pero no dejaba de buscar a Meg con la mirada. Y estaba radiante, feliz, como sabía que lo estaría cuando él mismo le pidió al director de eventos que organizase aquel *luau*.

Meg miraba de un lado a otro como si estuviera buscándolo y en lugar de deslizarse entre las sombras, como debería, se quedó donde estaba hasta que lo encontró con la mirada.

Y, al hacerlo, le sonrió con todo el cuerpo… con sus preciosos labios, con los brillantes ojos azules, con el movimiento de sus hombros. Cuánto le gustaba mirarla… era algo que no se había permitido a sí mismo sentir por otra persona en toda su vida adulta.

Meg se dirigió hacia él y sus amigas la siguieron.

–Zach.

–Buena noches, señoritas –sonrió él–. Están guapísimas.

–¿Verdad que sí? –sonrió una de ellas.

–¿Dispuestas a pasarlo bien?

–He oído rumores sobre nubes tostadas en la hoguera –dijo la morena.

–Y cuanto antes, mejor –añadió la rubia.

Zach sintió que el vello de su nuca se erizaba bajo la mirada incisiva de la chica. Sabía que algo estaba pasando entre su amiga y él. Ella, que seguramente llevaría una cámara oculta en la barra de labios y un micrófono en alguna parte.

Meg le dio un golpecito en el brazo.

–No le hagas caso a Rylie. Ella no entiende que los dulces forman su propio grupo alimenticio –dijo, mirándolo fijamente, como diciéndole que no se preocupase.

–¿De verdad sirven bebidas en cocos? –preguntó Tabitha, alejándose hacia la zona del bar.

Rylie, por otro lado, tenía a Meg sujeta del brazo, como si estuvieran soldadas. Pero Meg sabía que él estaba allí por ella y, aunque hubieran dejado perfectamente claro que deberían alejarse por Ruby, también ella estaba allí por él.

Los dos deberían ir al psiquiatra.

–Me gusta la música –dijo ella entonces, mirando por encima de su hombro–. ¿La has elegido tú?

–Es música disco. Mi pasión secreta.

Meg soltó una carcajada que iluminó la noche, pero luego se alejó hacia el bar con su amiga.

Zach metió las manos en los bolsillos del pantalón. Había

aparecido en el *luau* como había prometido, pero ya podía irse. Ruby no estaba en casa, de modo que podía trabajar hasta que se le cerrasen los ojos.

Podía hacerlo, pero decidió quedarse un poco más. Escuchar un poco de música reggae, beber algo, tostar unas nubes en la hoguera. Ver dónde lo llevaba la noche.

Estaba loco.

***

Meg estaba sentada sobre una esterilla de paja al lado de Rylie, tomando un cóctel sin alcohol y fingiendo que observaba a Tabitha liderando una conga alrededor de la hoguera, pero cada vez que tenía oportunidad buscaba a Zach con la mirada.

Cuando lo vio en la playa, descalzo, mirándola con una intensidad que la dejaba sin aliento, su piel se había calentado como si estuviera demasiado cerca de la hoguera. Incluso con aquel collar de flores era el hombre más masculino que había visto en su vida.

El pelo oscuro echado hacia atrás, afeitado y con una camisa y un pantalón de lino blanco por fin parecía lo que debería haber parecido desde el principio: un hombre al que su padre conocería bien.

Si lo hubiera visto así la primera vez, tal vez habría levantado la guardia y se hubiese ahorrado aquella complicación.

«¿A quién quieres engañar?», se preguntó a sí misma, dejando escapar un suspiro. Con un pantalón caqui y una camiseta era guapísimo; con un traje de chaqueta de lino blanco era devastador. Una mujer debía de estar muerta para no fijarse en él.

–¿Lo estás pasando bien? –le preguntó Rylie.

–¿Eh? –murmuró Meg, distraída.

–Te he preguntado si lo estás pasando bien… pero la verdad es que no te hemos visto lo suficiente como para saber si estás relajándote como habías prometido.

Ella levantó una ceja.

–Si os levantarais temprano para tomar parte en alguna de las actividades, lo sabríais.

–Estoy aquí ahora.

Meg le dio un golpecito con el hombro.

–Y me alegro, esto es muy divertido. Y parece que Tabitha está en forma.

–Y ahora que estamos juntas, por cierto, ¿hay algo que quieras contarme? ¿O prefieres hablar del tiempo o el precio del petróleo? ¿Ha pasado algo en los últimos dos días que quieras quitarte del pecho?

Meg sabía de qué estaba hablando y tenía razón. Tabitha y Rylie

eran sus mejores amigas, lo habían sido desde el colegio. Tal vez podría contarle algo sin mencionar a Zach y a Ruby, por supuesto… pero eso sería imposible.

–Hablemos del tiempo. Mira el cielo, Rylie. ¿Has visto tantas estrellas alguna vez en tu vida? Hace una noche maravillosa.

Rylie miró al cielo y luego miró al hombre que estaba al otro lado de la hoguera.

–Una maravilla, desde luego.

–No tienes ni idea –sonrió Meg.

Zach Jones era un hombre guapísimo y un padre estupendo. Pero era la segunda parte de esta frase lo que hacía tan fácil enamorarse de él y, a la vez, imposible tenerlo.

Nunca había pasado por el doloroso proceso del que le habían advertido los médicos cuando los convenció para que le hicieran la operación que le robaría la posibilidad de tener hijos. Lo único que quería entonces era hacer lo posible para evitar que su padre volviese a manipular a otro niño.

Pero empezaba a temer que ése fuera el ligero pero constante dolor que sentía en el corazón, la fisura que había existido en su alegre fachada desde la mañana que despertó en la unidad de recuperación. Sólo ahora, cuando entendía lo que había desechado para siempre, esa fisura estaba convirtiéndose en una grieta tan grande que podría partirla por la mitad.

–¿Puedes hacerme un favor, Rylie?

–Sí, claro.

–No quiero que los periodistas sigan haciendo conjeturas sobre mi paradero. He recibido un mensaje de Dylan y, por lo visto, han publicado algo en la revista *Chic*, pero yo prefiero que no me siga nadie haciéndome fotos con móviles.

–Muy bien, me pondré en contacto con *Chic* y les diré que estás localizada. ¿Dónde digo que estás?

–En cualquier sitio salvo aquí.

–¿Puedo preguntar por qué?

Meg apoyó la barbilla en el hombro, mirando a su amiga.

–Me gustaría poder contártelo… pero es complicado.

–Muy bien, como quieras. Pero no soy tan tonta como para pensar que la comida orgánica es la razón por la que te brillan tanto los ojos. Dile a tu hombre que haga lo que quiera, yo miraré para otro lado.

Tabitha eligió ese momento para volver con ellas, muerta de risa.

–¡Eres una maníaca! –rió Meg.

–Todas las fiestas a las que vayamos a partir de ahora deberían ser como ésta.

–¿Sin nadie conocido y sin alcohol? –preguntó Rylie.

Tabitha se encogió de hombros.

–¿Por qué no? Vamos a clases para encontrar el equilibrio, pero a veces hay que perderlo del todo. Es lo del yin y el yan.

Perder el equilibrio. Ése era el término que Meg había buscado para definir lo que sentía cuando estaba con Zach.

La vida de Zach Jones era absolutamente privada mientras la suya aparecía en las revistas todas las semanas. Él veía la familia como una salvaguarda, no un problema. Sus vidas eran tan diferentes que, en realidad, eran completos extraños.

Zach era un hombre intentando estar a la altura de las circunstancias y si supiera lo bajo que ella había caído, las medidas desesperadas que había tomado cuando era una adolescente, ¿qué pensaría? ¿La vería como un personaje ridículo, absurdo? ¿Débil? Eso era lo que le había dicho el hombre que debería haber sido su gran defensor. Si ni siquiera su padre podía ver algo bueno en ella, ¿qué esperanza había de que lo viera otra persona?

Aquel hombre le había dado una chocolatina cuando necesitaba chocolate. Le había dado música cuando le hacía falta. ¿Podría ser Zach Jones el hombre que la aceptase y la quisiera por ella misma?

–Aunque me duele admitirlo –empezó a decir Rylie–, puede que hayas dado en la diana con eso del equilibrio.

–Sí, es verdad –asintió Meg.

***

Cuando la fiesta terminó, Zach encontró a Meg sentada en el bar, un regalo rojo en medio de un montón de sombras al fondo de la barra.

–¿Has comido nubes tostadas? –le preguntó, tan cerca que podía respirar su exótico perfume.

Ella se volvió, con una caracola en una mano y una pajita en la boca. Esa boca…

Si Zach tenía alguna causa para creer en el cielo y en el infierno, esa boca era suficiente para convencerlo de las dos cosas.

–He comido más de las que debería, pero es demasiado tarde, ya no puedo hacer nada.

¿Lo has pasado bien?

–Haber salido esta noche me ha dejado agotado. Me duele la mano de estrechar la de tantos clientes.

Meg sonrió, chupando la pajita.

–¿Qué tal te ha ido mostrándote sociable?

–Una pareja me ha tenido acorralado durante media hora. Querían convencerme para que invirtiera en una de esas ventas en pirámide.

Meg soltó una carcajada.

–Si quieres, puedo darte lecciones sobre cómo apartar a los pesados y dejarlos pensando que eres encantador.

–Eres una mujer de muchas habilidades, Meg Kelly.

Ella levantó una ceja.

–Desde luego que sí. Venga, tienes que haber conocido a alguien agradable.

–Sí, es verdad. La mayoría eran decentes y estaban encantados con el hotel. Un empresario local me ha dado un par de buenas ideas para vender productos locales usando la etiqueta del hotel y puede que me interese.

–Ya te dije que relacionarte con la gente tenía sus ventajas.

–Sí, es verdad –asintió él, mirando alrededor–. ¿Dónde están tus amigas?

–Rylie necesitaba dormir y a Tabitha prácticamente ha habido que llevarla en brazos a la habitación, estaba agotada de tanto bailar.

Cuando le sonreía de esa forma lo hacía sentir como si tuviera dieciséis años de nuevo, con posibilidades sin fin frente a él. Sentía como si pudiera ser el amo del mundo… y como si no estuviera pisando terreno firme.

Zach la tomó del brazo y fueron a pasear por la orilla del lago hasta un sitio al que no llegaba la luz de la hoguera.

Meg deslizaba los pies por la arena, las uñas pintadas de rojo. Olía a jazmín y su piel brillaba bajo la luz de la luna.

–Llevo toda la noche queriendo hacerte una pregunta –le dijo con voz ronca.

–¿Ah, sí?

–¿De verdad has tenido guardado ese vestido en la maleta todo este tiempo?

Meg soltó una carcajada.

–Una chica nunca sabe lo que va a necesitar. Además, mis amigas hicieron las maletas por mí. Te sorprendería saber que venir aquí fue idea de Rylie y Tabitha –sonrió Meg–. Pero tú también estás muy guapo.

–Siempre estoy guapo –bromeó Zach.

–Sí, es verdad. Pero esta noche hay algo especial… no sé bien qué es –dijo ella, poniendo un dedo sobre sus labios.

Y el deseo de llevarla entre los juncos para terminar lo que habían empezado el día anterior y dejarse llevar por el instinto era casi abrumador.

Hasta que le preguntó:

–¿Tú elegiste ese collar de flores?

–No, por favor, me lo pusieron nada más llegar. Se lo pusieron a todo el mundo.

–Yo no lo llevo.

–Porque debieron quedarse sin ellos.

–Menuda excusa –sonrió Meg, llevándose la pajita a la boca.

Estaba flirteando con él, pensó Zach. Y él también, pero era lógico. Aquella mujer dejaría sin aliento a cualquiera.

Poco después volvieron hacia la hoguera y se dejaron caer sobre la esterilla.

–Todo se ha quedado muy tranquilo de repente.

–Sí, no queda casi nadie. Pero no te preocupes, no seremos los últimos. Hay un tipo que espera hasta que no hay nadie para apagar la hoguera.

–¡Entonces nuestra reputación vivirá un día más! –rió Meg.

Y, por el brillo de sus ojos, Zach se dio cuenta de que lo había entendido. Después de todo, tenían una especie de carabina.

Pero después de eso se quedó callada y se preguntó si podría sentir la misma electricidad que lo estaba volviendo loco.

–¿Dónde está Ruby esta noche? –le preguntó Meg entonces.

Y Zach supo que ella estaba sintiendo lo mismo.

CAPÍTULO 9

QUE fuese Meg quien tuviera que recordarle a Ruby devolvió a Zach a la tierra. Pero no podía negar, ni siquiera a sí mismo, que hablar con ella lo ayudaba. Más que hablar con Felicia o con los profesores del colegio… o con la asistente social que iba a verlo una vez a la semana.

Tal vez era porque Meg se marcharía de allí en unos días. Tal vez porque a veces parecía entender a Ruby mejor que él. O tal vez porque sencillamente le gustaba hablar con ella.

Fuera cual fuera la razón, le respondió:

–Está durmiendo en casa de su amiga Clarissa. Es la primera vez que lo hace y estaba tan emocionada por la invitación que no podía decirle que no.

–¿Te ha contado lo de la invitación antes o después de hacer las tortitas? –sonrió Meg.

–Después –rió Zach.

–Ah, ya veo, ha preparado el camino para que no pudieras negarte. Qué lista es.

El afecto que había en la voz de Meg era innegable y no lo sorprendió, pero sí lo conmovió. Por culpa de aquella mujer, una parte de sí mismo que se había convertido en hielo empezaba a derretirse. Y no era al único que le pasaba.

Metiendo la mano en la chaqueta de lino blanco tocó una tarjeta que Ruby le había escrito a Meg. La había llevado con intención de dársela, pero no lo hizo. En realidad, cuando la guardó en el bolsillo sabía que no iba a dársela. No podía hacerlo.

Dejar que Ruby se encariñase con Meg sería un error. No podía permitir que se encariñase con ella porque se marcharía en unos días y su deber era proteger a la niña. De modo que sólo podía animar amistades que fueran a durar.

Meg se volvió para mirarlo con una sonrisa en los labios.

–Casi tengo la impresión de que has leído el libro –le dijo.

–¿Qué libro?

– *Cómo ser padre de una niña*. Es muy difícil encontrarlo y aún más difícil de descifrar, pero parece que tú estás siguiendo sus doctrinas.

–Pues Felicia no parece pensar lo mismo.

–¿Por qué?

–Ella no estaba de acuerdo en que fuera a casa de Clarissa porque es verdad que le dolía un poco la garganta, pero había exagerado. En cualquier caso, según ella, debería pasar el fin de semana en la cama.

–¿Y tú te has puesto en contra de la niñera? Qué hombre tan valiente.

Zach sonrió.

–Me ha parecido lo mejor porque sé que Ruby lo pasará bien –le dijo, tomando un puñado de arena y dejándola escapar entre los dedos–. Y luego, no sé por qué, le he guiñado un ojo. Nunca le había hecho un guiño a nadie… ¿y sabes lo que hizo Ruby?

–¿Qué?

–Se echó a reír. No he oído un sonido más asombroso en toda mi vida.

Meg levantó las piernas para apoyar la cara en las rodillas.

–Lo sabía –le dijo–. Has leído el libro.

Zach se limpió las manos de arena y la miró por el rabillo del ojo. En la semioscuridad, su cuerpo parecía rodeado por un halo dorado. Daba igual quién fuera su padre o cuánto dinero tuviera en el banco, Meg Kelly llamaría la atención de cualquier hombre en cualquier parte.

–Puede que pueda engañarte a ti… y tal vez a Ruby y Felicia, pero la triste verdad es que yo no sé nada sobre niños. Y menos sobre niñas.

–Pero hace muchos millones de años, Zach también fue un niño de siete años.

–Sí, claro. Y espero que la experiencia de Zach y Ruby a esa edad no se parezcan en nada.

–¿Por qué?

La noche era tan silenciosa, la luz de la hoguera tan suave, el aire tan cálido… la voz de Meg en la oscuridad lo hacía sentir tranquilo, seguro. Tuvo la incómoda verdad de su infancia en la punta de la lengua durante unos segundos, pero decidió no contarle nada. Él no hablaba de eso, nunca. Ni siquiera quería pensar en ello. Tal vez porque, si no lo hacía, no podría perseguirlo.

–Para empezar, es una niña.

Meg rió y esa risa hizo eco por todo su cuerpo. La confianza que había entre ellos no valía para nada si aún podía disimular sus sentimientos tan bien, pero era demasiado tarde para decírselo. El momento había pasado.

–Si quieres que te diga la verdad, lo que las chicas quieren, lo que les molesta, lo que les duele, no es tan diferente a la edad de Ruby que a la mía.

–¿Y qué es todo eso?

–Será mejor que no te lo diga porque cuanto más se piensa en ello menos sabe uno. No te estoy ayudando nada, ¿verdad?

–Sí, me estás ayudando, te lo aseguro. Más de lo que te imaginas.

–¿En serio? –la sorpresa que había en su voz lo dejó sorprendido.

–Desde luego que sí.

Zach la observó durante unos segundos sin decir nada, viendo cómo enterraba las manos en la arena.

–Bueno, claro que estoy ayudándote. Yo fui una niña de siete años hace menos tiempo que tú un niño de siete años.

–Ah, claro.

Meg sonrió, mirando la hoguera. Y ver esa sonrisa de perfil… que Dios lo ayudase, podría haberla besado allí mismo, delante del hombre que se encargaba de apagar la hoguera y de cualquiera que estuviera por allí.

–¿Siempre has querido tener hijos? –le preguntó.

–No, nunca. Mi estilo de vida no llevaba a formar familia. Tenía que viajar dos veces por semana y he vivido en hoteles toda mi vida adulta. Y mis relaciones han sido siempre acorde a ese estilo de vida.

–¿Y cuándo descubriste la existencia de Ruby?

–Cuando mi abogado me llamó para darme la noticia pensé que era una broma. Pero cuando colgué el teléfono tuve la impresión de que había estado esperando esa llamada toda mi vida.

–¿Tan sencillo como eso, Ruby te hizo cambiar de opinión?

–En un segundo –contestó Zach–. Es la cosa más extraña, pero ahora no recuerdo mi vida sin ella.

Un tronco de la hoguera se partió en ese momento, lanzando chispas por el aire oscuro de la noche.

–¿Y tú? –le preguntó.

Meg se pasó la lengua por los labios antes de volverse para mirarlo.

–¿Hijos? No, no. No tendría tiempo para ellos.

–Sólo dices eso para que me sienta mejor por admitir que nunca había pensado formar una familia.

–No, en absoluto. Te lo prometo –murmuró ella. Zach pensó que la había visto fruncir el ceño, pero estaba demasiado oscuro como para saber si era verdad–. Tengo dos sobrinas encantadoras que son mis dos personas favoritas en el mundo. Las adoro, pero me parece que eso no es para mí.

–¿Por qué no?

Zach deseó poder encender una luz para ver su expresión. Para mirar esos ojos y saber lo que estaba pensando antes de que lo dijera. Ir un paso por detrás era… inquietante.

–Aparte del asunto de las cámaras en la puerta de mi casa, la vida de un Kelly no es fácil, te lo aseguro. La presión para ser el mejor, el más listo, el ganador todos los días es inmensa. Y eso no va a cambiar.

–¿Tus sobrinas están pasando por eso ahora?

–Yo intento sabotear el proceso siempre que puedo. Les enseño palabrotas en francés, que mi padre no entiende, les doy chocolatinas, las enseño a bailar música disco. Y cuando cuido de ellas dejo que vayan en pijama todo el día. En resumen, dejo que sean niñas.

–Eso es instinto maternal –dijo él.

Meg lo miró como si le hubieran salido cuernos. Como si no entendiera lo que había dicho.

–Instinto o no, al contrario que tú en mi caso no aparecerá un hijo de repente, así que no hay nada más que hablar –le dijo, sin poder disimular un escalofrío. Literalmente, su cuerpo tembló con un escalofrío–. Muy bien, sigamos hablando de Ruby. ¿Estás listo?

–Sí, claro –murmuró él, un poco sorprendido.

–Ruby tendrá amigas que no te gustarán, verá películas que te dejarán atónito, escuchará música que te parecerá un escándalo, se pondrá a régimen aunque no tenga que hacerlo, tomará helados para desayunar y conocerá a chicos que tú desearías que no hubieran nacido. Vete acostumbrando, Zach. Lo digo por ti y por ella, pero hazle ver que haga lo que haga siempre estarás de su lado, que siempre tendrá un hogar al que volver.

Él asintió, aunque empezaba a dolerle la cabeza.

–Por eso construí la casa aquí. Para darle un sitio que le fuese familiar.

–No, cuando he dicho «hogar» me refería a ti. Eso es lo más importante, lo que deberías llevar tatuado en la frente. Haga lo que haga Ruby, sea la clase de persona que sea, tienes que hacerle saber que la quieres.

Zach se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento… y no lo soltó hasta que empezaron a quemarle los pulmones.

¿Quererla? ¿Querer a Ruby? Cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía.

¿Qué sabía él de esas cosas? Él se encargaba de Ruby, de que fuera al colegio, de que comiese bien y estuviera segura y atendida. Había llenado su habitación de juguetes y dejaba que fuera un poco rebelde en compensación por haber perdido a su madre. ¿Pero quererla?

Si su propia infancia le había enseñado algo, era que ese tipo de cariño era una mentira, un cuento de hadas. Si querer a alguien como él había querido a algunos de su padres de acogida no aseguraba que ellos lo quisieran también, ¿para qué hacerlo?

Zach respiró profundamente. Qué hipócrita. Había estado ocupado convenciéndose a sí mismo de que estaba siendo el padre de Ruby cuando en realidad estaba haciendo lo mismo que habían hecho sus padres de acogida: retener ese amor sin darse cuenta.

Esa pobre niña haciéndole tortitas, recogiendo flores para él… al menos estaba intentando demostrar que lo quería. Mientras él no le había dado la menor señal de que sintiera lo mismo.

La quería. Pues claro que la quería. Por eso le había dado un giro de ciento ochenta grados a su vida.

Zach parpadeó, atónito. Luego miró a Meg y los dos sostuvieron la mirada durante más tiempo del que era aconsejable.

–¿Estás bien?

–Estoy aterrorizado –le confesó Zach, casi sin pensar.

–Porque sabes que no eres perfecto. Sabes que tienes limitaciones y eso es bueno, créeme. ¿Qué fue de la madre de Ruby?

–Murió de cáncer. Fue muy rápido, Ruby ni siquiera lo supo hasta que todo había terminado.

–Pobrecita… ¿Isabel nunca te habló de la niña?

–No, nunca –contestó él–. Nuestra relación había sido muy breve y terminó casi tan pronto como empezó. Pero en su testamento dejó escrito que quería que yo me quedase con la custodia de la niña. Y sólo por eso le perdono todo lo demás.

–¿De verdad fue tan fácil? Sé que no es asunto mío, pero ni siquiera yo me siento dispuesto a perdonarla y no la conocía de nada.

No tenía que decírselo porque lo había visto en sus ojos. Era como una leona protegiendo a sus cachorros. ¿Cuándo aquel flirteo se había convertido en algo tan serio?, se preguntó.

–Era perdonar o seguir guardando rencor para siempre. La elección resultó muy sencilla.

Un rizo oscuro cayó sobre sus hombros cuando se abrazó las rodillas. Y se quedaron así, en silencio, durante unos minutos.

–Mi padre está enfermo. Imagino que te lo habrán dicho –murmuró Meg.

Zach asintió con la cabeza. Habría que ser un ermitaño para no saber que Quinn Kelly tenía problemas de corazón.

–¿Cómo está?

–Bien... bueno, regular. Por el momento está retirado y se dedica a jugar al golf. Y come las clases de cosas que tu chef aplaudiría.

–Ésas son buenas noticias.

Ella asintió, pero sin ningún convencimiento, como si estuviera pensando en otra cosa.

–Me ha dado por pensar…

–¿En qué?

Meg arrugó la nariz.

–En cosas demasiado complicadas como para meterse en ellas esta noche tan bonita. Lo siento… ¿dónde estábamos? Ah, Ruby.

De vuelta a Ruby. Siempre Ruby. A Zach se le ocurrió que Meg podría estar usando a su hija como un escudo… como había hecho él. Y no podía dejar de preguntarse por qué.

–Meg.

–Zach.

–Cuéntamelo.

Ella concentró la mirada en las flores que llevaba alrededor del cuello.

–Son cosas en las que hace siglos que no pensaba y que han salido

a la superficie…

últimamente. Y luego tú eres tan noble. Haces que perdonar suene tan fácil cuando yo no podría…

–Dímelo.

–No sé por dónde empezar.

–Por donde te parezca.

–Muy bien –suspiró Meg–. Hay un recuerdo que no deja de aparecer en mi cabeza.

Hace años, a mi padre le hicieron doctor honoris causa en la universidad de Melbourne. Mi padre no tiene estudios universitarios, así que para él fue un orgullo tremendo. Íbamos en el coche a la universidad y nos perdimos, así que mi padre me dio un plano de la ciudad y me pidió que buscase cómo llegar. Yo nunca había visto un plano y no podía ni pronunciar la mitad de los nombres de las calles, así que llegamos tarde a la ceremonia. Cinco minutos, pero tarde.

Luego se detuvo, pasándose la lengua por los labios. La tensión en ella era palpable.

–¿Y qué pasó? –preguntó Zach.

–Antes de apagar el motor se volvió hacia mí con tal veneno… me dijo de todo, que era tonta… y que tendría que encontrar el camino de vuelta al hotel yo sola para saber por dónde iba. Cuando llegué al hotel era de noche, mi madre estaba loca de preocupación y mi padre se había encerrado en su cuarto, el documento del doctorado tirado sobre la mesa como si fuera basura.

Cuando lo miró, sus ojos eran graves, serios, dolidos. Unos ojos tan preciosos que nunca deberían tener esa expresión, y Zach sintió una descarga de adrenalina como no la había sentido nunca.

–¿Cuántos años tenías entonces?

–Más o menos la edad de Ruby. Tal vez un poco más joven.

–Y no había sido la primera vez, ¿verdad?

Meg se encogió de hombros.

–Desde que puedo recordar, mi padre se ha mostrado distante conmigo. Siempre trabajaba mucho, pero la primera vez que la tomó conmigo fue cuando le dije a la niñera que yo era adoptada. La idea de no ser una Kelly me parecía atractiva y a él le parecía un insulto.

–¿Y ahora?

–Ahora me pregunto si lo entendí todo al revés. Siempre ha habido rumores… –no terminó la frase, sus ojos azules suplicándole que dijera las cosas que ella no se atrevía a decir.

–¿Te refieres a sus aventuras extramaritales?

–No es la clase de cosa que uno puede esconder a sus hijos cuando sale en todos los periódicos –dijo ella–. A menudo había oído que yo había sido un «accidente», una forma de que mis padres se mantuvieran unidos. Y de ser así, funcionó. Pero aunque a mi madre

nunca le noté nada, lo único que entendía del comportamiento de mi padre era que yo era un recordatorio del peor momento de su vida. Que lo lamentaba y que lamentaba haberme tenido a mí.

–Aunque fuese verdad, no sería culpa tuya.

Meg se encogió de hombros.

–Lo sé y ya no me importa… bueno, al menos pensaba que no me importaba. No sé por qué he sacado el tema.

Zach lo entendía muy bien.

–Has dejado muy claro por qué tengo que pensar siempre en Ruby antes que nada.

–¿Sí? Bueno, no sé. Pero que no se te olvide –sonrió Meg.

Y mientras se miraban a los ojos la noche pareció ensancharse y encogerse al mismo tiempo. Se comunicaban en silencio, sin palabras.

Y la tarjeta de Ruby empezaba a quemarle en el bolsillo. Si había un momento en el que pudiera arriesgarse y dársela…

Pero entonces Meg bostezó.

–Creo que es buen momento para que me acompañes a mi habitación.

Zach se levantó de un salto y tiró de su mano. Cuando quedaron cara a cara su perfume lo envolvió, delicado y delicioso.

Lo único que tenía que hacer era tomarla por la cintura y apretarla contra su cuerpo. El deseo de besarla, de borrar sus heridas, de darle algo cálido y maravilloso en lo que pensar era abrumador.

Pero Meg no podría ser nunca una aventura de una noche y, si lo hacía, estaría aprovechándose.

–Una última pregunta –le dijo.

–¿Sobre qué?

–Sobre Ruby. Lo sé, lo sé, sé que soy muy previsible.

Meg tuvo que sonreír.

–Dime.

–¿Debería comprarle una mascota? ¿Un conejito, por ejemplo?

Meg soltó su mano y empezó a caminar hacia el hotel.

–No puedes comprarle un conejo, son la peste de Queensland. Pero podrías comprarle un pececito… que lo elija ella y que le ponga nombre. A partir de entonces será como masilla entre tus manos.

–¿Tú tuviste un pececito?

–Varios, pero se me daba fatal cuidar de ellos. Siempre se me olvidaba darles de comer y los pobres hasta saltaban del tanque, desesperados. Y mi madre me compraba otros nuevos.

Creo que debieron morir una docena de peces y la pobre mujer nunca me dijo nada.

–¿Cómo se llamaba tu primer pez?

Meg soltó una risita.

–Luke Skywalker. De pequeña quería ser como él.

–¿Y ahora?
–Ahora no. Ahora el que me gusta es Hans Solo.

CAPÍTULO 10

MEG se sentía un poco aturdida mientras volvía al hotel al lado de Zach.

Menudo embrollo. Las cosas que había dicho, las cosas que había admitido sobre su infancia… se las había guardado dentro durante tanto tiempo. Y entonces, de repente, aparecía Zach Jones y perdía el control de sus emociones.

Sólo podía sacar una conclusión: estaba enamorándose de él. Y era una cuestión de tiempo que acabase rompiéndole el corazón.

No sabía si eran las diez o las tres de la madrugada. La luna no le decía nada porque no tenía sentido de la orientación. La hierba parecía de color gris y las nubes cubrían una parte del terreno, haciendo que el jardín pareciese un sitio mágico.

Si no estuviera tan inquieta tal vez incluso podría disfrutarlo, pero sólo podía pensar en el hombre que caminaba a su lado.

Al menos sabía que había entendido lo que ella quería que entendiera: que las bases para su relación con Ruby estaban formándose en aquel momento. Los buenos momentos, las tortitas, los muffins, deberían ser las cosas que ella recordase también.

Pero incluso sabiendo que había tenido un gesto de generosidad para con él no podía evitar sentirse inquieta.

–Zach… –empezó a decir, pero su voz sonó tan ronca que tuvo que aclararse la garganta–. Lo que te he dicho antes…

Él le hizo un gesto con la mano.

–Mis padres murieron cuando yo tenía cinco años. Como no tenía más familia crecí en orfanatos y casas de acogida… algunas buenas, otras atroces. Daba igual dónde estuviera, entraba y salía de cada sitio en unos meses, sin aviso y sin que nadie me dijera por qué. No tuve contacto continuo con una persona en particular, ningún supervisor, ningún padre de acogida, hasta que cumplí los dieciséis años. Entonces tomé un autobús a Sidney y empecé a vivir.

Meg se llevó una mano al corazón.

–Dios mío, debes de pensar que soy una idiota. Quejarme de mi familia cuando tú no…

–No por favor, no hagas eso. No tenemos por qué comparar nuestras vidas. Cada uno tiene que lidiar con lo que le ha tocado o no se puede seguir adelante.

Ella asintió con la cabeza.

–Debería haber prestado más atención en las clases de meditación –intentó bromear–.

¿De verdad tú has olvidado el pasado?

–Por favor, Meg… ¿por qué crees que no hago más que construir

hoteles, cada vez más lujosos, más impresionantes? Estoy intentando demostrar que soy mejor que mi pasado. Pero en los últimos días he empezado a entender un poco más por lo que pasaban mis padres de acogida. Que no me recibieran con los brazos abiertos no era nada personal. Tendrían que haber sido masoquistas para invertir tanto cariño en un niño que nunca sería suyo.

–Pero Ruby…

–Podría no terminar conmigo.

–¿Que? –exclamó Meg–. ¿A qué te refieres?

–En un año, el Estado decidirá si soy un tutor responsable –suspiró Zach.

El corazón de Meg se encogió al recordar su expresión cuando le dijo que su vida había cambiado por completo el día que Ruby apareció en su puerta. Y el brillo en los ojos de la niña cuando le contó, orgullosa, quién era su papá.

–¿Cuánto tiempo lleva contigo?

–Sietes meses y ocho días.

Meg se levantó un poco el vestido para tener las manos ocupadas porque temía hacer alguna estupidez… como abrazarlo, por ejemplo.

Ni siquiera podía imaginar la tortura diaria por la que pasaba teniendo algo tan maravilloso al alcance de la mano y sabiendo que podrían quitárselo.

–¿Puedo hacer algo? ¿Escribir una carta de recomendación, hablar con el juez? Mi familia tiene contactos en todas partes, ya lo sabes… algunos no te los podrías ni imaginar.

Antes de que Zach le dijese que no, por orgullo, Meg levantó una mano para ponerla en su brazo.

–Ya sé que no eres aficionado a pedir favores, pero si me necesitas para conservar a Ruby, utilízame todo lo que quieras. Mi notoriedad tiene que servir para algo aparte de para ir de fiesta en fiesta, ¿no te parece?

Zach tomó su mano y enredó los dedos con los suyos.

–Iba a darte las gracias.

–Ah, bueno, entonces de nada.

Las cosas eran más complicadas de lo que ella había imaginado. Una niña, una posible batalla legal por su custodia… y todo sin llamar la atención de la prensa. Cómo lo hacía solo, sin apoyo de una familia y con tal integridad, Meg no tenía ni idea.

–¿Es por eso por lo que no quieres saber nada de la prensa? ¿No quieres que hurguen en tu pasado?

–No me gustó que me juzgaran por algo que yo no podía controlar y no quiero que lo hagan ahora con mi hija.

–¿Por qué?

–Porque si la gente te dice a menudo que no vales nada, al final te

lo crees.

–¿Crees que yo no sé eso?

–Lo mejor es no darles ninguna oportunidad de que lo digan.

–O encontrar una manera de negarlo hasta que ya no pueda hacerte daño. No hay nada vergonzoso en ello, Zach. Y es asombroso en lo que te has convertido –Meg miró sus sandalias, nerviosa–. Quiero decir… la historia de cómo has llegado hasta aquí es asombrosa.

Piensa en los niños a los que podrías ayudar si supieran cómo has salido de la nada.

–No puedo hacerlo, tengo que pensar en Ruby.

–¿No vas a contarle nunca de dónde vienes? ¿Y si lo haces, le pedirás que no se lo cuente a nadie? ¿O piensas tenerla encerrada aquí para protegerte a ti mismo de la opinión de los demás?

Zach tragó saliva.

–¿Y tu padre?

–¿Qué tiene que ver mi padre?

–Tu padre fue emocionalmente abusivo contigo y, sin embargo, la prensa jamás lo ha mencionado. ¿Por qué no le demuestras a otras niñas que sus propias expectativas son las que importan y no las de los demás?

Meg intentó soltar su mano, algo que había hecho cientos de veces en cientos de fiestas, pero era como si Zach hubiera estado esperándolo.

–Olvídate de Ruby por un momento… ¿qué pasa con las niñas que leen revistas y que te tienen a ti como modelo?

Para eso aportaba su granito de arena en el centro de acogida. ¿Qué más daba que las niñas a las que peinaba y los niños con los que jugaba a policías y ladrones no supieran quién era la mujer de la peluca rubia? Al menos estaba allí.

Y le gustaría contárselo. Decir en voz alta que trabajar en el centro de acogida Valley Women era lo mejor que había hecho en toda su vida y que cada minuto que pasaba tonteando con las cámaras para que su padre siguiera jugando con los ahorros de los demás cada día le parecía más una tortura.

Pero el viejo miedo de que la vieran como alguien ridículo por creer que valía más de lo que valía en realidad la ahogaba por completo…

–Pienso en ellas –murmuró–. Y hago lo que puedo… a mi manera.

Zach cerró los ojos un momento y respiró profundamente. Seguramente estaba contando hasta diez. Sus hermanos lo hacían todo el tiempo.

Pero cuando los abrió de nuevo parecía absolutamente sereno.

–¿De modo que no sólo intentas compensar no haber sido querida

por tu padre siendo querida por todo el mundo?

Meg soltó sus manos para ponerlas en sus caderas.

–¿Estás intentando decirme que dejarlo todo por Ruby no es tu manera de hacer que alguien en el mundo te quiera?

Los dos se quedaron en silencio después de eso; un silencio tan tenso y tan peligroso como una goma elástica estirada al máximo.

–Puede que tengas razón –dijo Zach al fin–. A lo mejor es así como empezó todo…

pero la quiero, Meg. Y en cuanto vuelva de casa de Clarissa voy a decírselo porque es importante para una niña saber que su padre la quiere. O eso me ha dicho una persona en la que confío mucho.

Meg sacudió la cabeza. Aquello no iba bien. Si Zach empujaba cuando ella se apartaba, nunca iba a poder librarse de él. Estaba siendo encantador, guapísimo, cálido, comprensivo, una torre de fuerza y un padre maravilloso.

Un hombre irresistible.

Dejando escapar un suspiro, volvió a tomar el camino que llevaba al hotel.

–¡Meg!

Ella hizo un gesto con la mano, pero Zach se acercó en dos zancadas, tomándola del brazo para que tuviera que mirarlo.

–Gracias por acompañarme, pero seguro que sé llegar a mi habitación sola… –empezó a decir. Pero cuando miró alrededor se dio cuenta de que habían pasado la residencia Waratah y estaban en la puerta de uno de los bonitos bungalows que había de camino a la casa de Zach.

Y había una luz encendida en el porche.

–Ahora mismo me vendría bien un café… ¿y a ti?

Cuando se volvió para mirarlo una nube había tapado casi por completo la luna, de modo que no podía ver su expresión.

–¿De qué estás hablando?

–Uso este bungalow como oficina. Algunas noches me quedo a dormir aquí en lugar de volver a casa… cuando Ruby está en el colegio. Así que la despensa está llena y hay café.

–Ah –murmuró Meg.

Su intención desde el principio había sido llevarla allí, a su oficinacasa, donde con toda seguridad habría una cama.

Y café.

Meg se pasó la lengua por los labios mientras intentaba tomar una decisión.

–¿Y no me lo habías dicho hasta ahora? Me refiero a lo del café.

Zach esbozó una sonrisa peligrosamente sexy.

–Entonces no estaba preparado para compartirlo contigo.

–¿Y ahora?

–Yo diría que las cosas han cambiado mucho en los últimos días –murmuró él, acariciando su cuello–. Se me han abierto los ojos en todos los sentidos y tengo que darte las gracias a ti, así que el café me parece un buen sitio para empezar.

Meg tragó saliva, el pulso latiendo en sus oídos de tal forma que se sentía mareada.

Había razones, buenas razones por las que aquello no podía pasar, pero no recordaba ninguna.

Cuando Zach metió la mano en el bolsillo del pantalón, ella imaginó que oía el tintineo de una llave.

–Zach…

–Ya hemos hablado suficiente.

Luego se inclinó hacia delante para buscar sus labios y Meg se puso de puntillas, buscándolo incluso antes de que él la tomara entre sus brazos.

La pasión de ese beso hizo que perdiera la cabeza, que volase en el cosmos hasta que no sentía las piernas ni podía recordar su nombre.

O por qué no habían estado haciendo aquello desde el principio.

***

Meg estaba en la cama de Zach, sus largas piernas atrapándola en un tierno abrazo cuando miró el reloj de la pared. Sólo faltaban un par de horas para que Rylie y Tabitha se dieran cuenta de que había desaparecido. Pero sabrían dónde estaba porque habían sabido que terminaría allí antes que ella.

Como, aparentemente, lo sabía Zach. Por lo visto, todo el mundo lo sabía menos ella.

Inclinó a un lado la cabeza entonces para mirar su rostro dormido. Las arruguitas alrededor de sus ojos habían desaparecido y su piel bronceada tenía un aspecto radiante en contraste con la almohada blanca. Dormía como un hombre que no tuviera preocupaciones.

Meg alargó una mano para apartar el flequillo de su frente y él no se movió.

Tenía tanta fuerza que sentía que se la traspasaba a ella con cada segundo que pasaba entre sus brazos. Y no imaginaba cuándo en su vida sentiría aquella paz, esa confianza.

Cuándo podría mirar dentro de sí misma sin tener miedo a lo que pudiese encontrar.

Y las palabras salieron de su boca sin que se diera cuenta: –Trabajo como voluntaria en un centro de acogida al menos una vez por semana. Es un sitio para mujeres que han conseguido escapar de maridos abusivos, pero que no tienen dónde ir. La mayoría tienen hijos y algunas están tan destrozadas que no pueden ni hablar.

Zach se movió y Meg contuvo el aliento, esperando. Pero seguía

dormido.

–Me pongo una peluca rubia, lentillas marrones y ropa barata y cuando salgo de casa los periodistas ni se fijan en mí –siguió, para desahogarse–. La gente del centro me conoce como Daisy. Nunca hacen preguntas porque agradecen mucho que haya alguien atendiendo a los niños o sencillamente apretando la mano de alguna mujer mientras les cuentan sus historias a los asistentes sociales.

Luego respiró profundamente, dejando escapar el aire en un suspiro.

–Comparado con lo que ellas han pasado, los desprecios de mi padre son una tontería.

Pero sigo viéndome reflejada en sus ojos cuando cuentan lo difícil que ha sido decir «basta».

Yo les ofrezco una taza de té, un rato de charla o un sobre con dinero para que puedan empezar una nueva vida. Es lo único bueno que he hecho en mi vida y mi apellido no tiene nada que ver.

Meg miró la frente de Zach, su nariz, su mandíbula, el vello oscuro de su torso.

–Pues ya está, eso es lo que aporto yo al mundo, pero no se lo cuento a nadie. No por orgullo o porque no sepa lo importante que es, sino porque es difícil para mí… y lo hago por mí misma y por esas mujeres, no para las cámaras.

–Gracias por contármelo –dijo Zach entonces.

Y de no haber sido porque la tenía sujeta con la pierna, Meg hubiera saltado de la cama.

–¿Desde cuándo estabas despierto? –le preguntó, llevándose una mano al corazón.

–No me había dormido.

–Entonces lo has oído todo.

–Todo –sonrió él, besándola en la mejilla–. Y gracias por contármelo, de verdad.

Era evidente lo que estaba pensando… estaba escrito en su cara. No la veía como un personaje ridículo, no la veía ya como a una chica que iba de fiesta en fiesta. Al contrario.

–Gracias a ti por escuchar –susurró, inclinándose para buscar sus labios.

Hicieron el amor de nuevo, lenta, tiernamente, sin dejar de mirarse a los ojos.

Y, más tarde, Meg se quedó dormida sabiendo sin la menor duda que lo amaba y sabiendo que nunca más conocería a nadie que la viese como Zach Jones. Que la hiciera preguntarse si algún día sería lo bastante valiente como para dejar que el resto del mundo la conociese de verdad.

Se quedó dormida sabiendo que a Zach le importaba, sabiendo que

la respetaba y que le había hecho el amor de corazón.

Se quedó dormida sabiendo que Zach Jones y su pequeña familia le recordaban todo lo que ella nunca podría tener.

***

Mientras el sol se levantaba al otro lado de la ventana, Zach miraba a Meg. Estaba al lado de la cama, atándose el lazo en la cintura del vestido mientras se mordía los labios.

No podía imaginar que unos días antes hubiera pensado que Meg Kelly era un personaje porque ahora le parecía una persona tan real…

Los diamantes, los amigos famosos, la ropa de diseño, todo eso era lo que la rodeaba pero no por lo que era querida. Era una mujer bondadosa, dinámica, que se pasaba la vida intentando ayudar a los demás, fuese una mujer huyendo de un marido abusivo, su complicada familia, su hija…

Le dolían las manos por el deseo de abrazarla de nuevo, pero debía volver a casa para estar allí cuando Ruby volviese. Tenía cosas que hacer, cosas que decirle.

Sonriendo, se apartó de la puerta y acarició su espalda, tirando un poco del vestido para ver el tatuaje de margaritas que tenía en la cintura.

–¿Cuál es la historia del tatuaje?

–Me lo hice cuando tenía quince años. Las margaritas son mis flores preferidas… y siguen siéndolo.

–¿A los quince años? Pero entonces te haría falta un permiso paterno, ¿no?

Meg sonrió, mirándolo por encima del hombro.

–Cuando tu padre dice que sólo te harás un tatuaje pasando por encima de su cadáver encuentras la manera de hacértelo.

–¿Te dolió?

–Era como que te clavasen agujas en el hueso durante dos horas –rió Meg–. Pero yo lo quería a toda costa.

–Eras un desastre –sonrió Zach, besando su hombro.

–Si yo te contase…

–Pues cuéntamelo.

–No, en otro momento quizá.

Él se apartó. Había notado algo raro en ella… pero las mañanas «después» siempre tenían algo de incómodo. Se le pasaría en unas horas.

–Dame un minuto para ponerme una camiseta y te acompaño.

–No, mejor no. El bosque tiene ojos –le recordó Meg, mirando alrededor para ver si se dejaba algo.

–Ve a mi casa a tomar un café entonces.

–¿Y perderme la clase de irrigación de colon? –bromeó ella.

Zach soltó una carcajada.

–¿Te espero a las doce?

Meg no dijo nada. Estaba de espaldas al sol, de modo que no podía distinguir su expresión y, por primera vez en muchas horas, empezó a sentir un vacío familiar en su interior.

No sabía qué pensar o qué era, sólo sabía que no le gustaba.

–¿Por qué?

Buena pregunta.

–Anoche te prometí un café y al final no lo tomamos.

–No me prometiste nada, Zach.

–Ven a casa a tomar café. El resto ya lo decidiremos.

Ella siguió mirándolo, en silencio. Aunque tenía la impresión de que estaba mirando más allá, a través de él, pensando en otra cosa totalmente diferente.

–¿Quieres que lleve algo?

–No, sólo a ti.

–Muy bien.

–Te esperamos a las doce.

A Meg no le pasó desapercibido ese «te esperamos», en plural. Y Zach se daba cuenta por su expresión seria, por la duración del silencio.

–Sólo tú, no tu familia… no tus amargos recuerdos. Te estoy pidiendo que comas conmigo y con mi hija.

Meg asintió con la cabeza.

–De acuerdo.

Mientras le daba un beso de despedida en la mejilla podía oler en su piel el aroma del *lei* que había llevado la noche anterior.

Y luego se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos un momento antes de salir del bungalow.

CAPÍTULO 11

MEG estaba en la entrada de la casa de Zach, sujetando un ramo de flores silvestres que había ido recogiendo por el camino.

–¿Qué haces aquí? –se preguntó a sí misma en voz alta.

No podía contestar a esa pregunta como no podía imaginar cuáles eran las intenciones de Zach. Ella había dejado claro que tener hijos no entraba en sus planes y que no sería una buena influencia para Ruby. La noche anterior se lo había puesto fácil mostrándole que entendía que eligiera la intimidad de Ruby por encima de cualquier relación con ella.

La noche anterior…

Meg suspiró. Debería haber sido el canto del cisne y un canto precioso, además. Si no se hubiera enamorado de él.

Su móvil sonó en ese momento, dándole un susto de muerte, pero decidió no contestar, como había hecho diez veces esa mañana. En cuanto volvió a la habitación su familia, que la había dejado en paz durante la mitad de sus vacaciones, había decidido asomar la cabeza en masa.

El mensaje de Dylan era el primero:

–Hola, cariño. Tabby me ha dicho dónde estabais, pero imagino que estarás buscando cualquier cosa para superar el aburrimiento. Busca un ordenador y reserva mesa para la cena benéfica de Shyler el día que vuelvas.

Ni «adiós», ni «espero que lo estés pasando bien».

Meg decidió no contestar.

Durante el desayuno, Cameron le había enviado un mensaje de texto: *¿Tienes* La Ilíada *de papá? Urgente, Rosie quiere leerlo.*

Y después otro de su madre: *Te quiero mucho y te echo de menos.*

Ningún mensaje de su padre, por supuesto. Todo era agua pasada, pero aún le dolía.

Enfadada consigo misma por dejar que eso la afectase, cuando vio el número de Brendan en la pantalla cinco minutos después decidió no contestar. Pero su hermano le envió un mensaje de texto un poco más tarde:

Mamá tiene un evento el sábado por la noche y es el día libre de la niñera, así que tienes que cuidar de las niñas. Confírmalo con mi secretaria cuanto antes.

Dylan había llamado después para preguntarle si quería

copresentar los premios de la moda de Queensland y pidiéndole que llamase para confirmarlo con la prensa.

Casi había olvidado que así era su vida en casa, sin parar nunca, sin decir nunca que no, haciéndolo todo con una sonrisa en los labios. La favorita de todo el mundo. Se sentía agotada y abrumada sólo de pensarlo.

Claro que después de haber dormido menos de dos horas en una noche mágica y llena de revelaciones seguramente haría que ver a unos extraterrestres en su puerta fuese una experiencia normal.

Meg respiró profundamente, intentando darse ánimos para seguir adelante, su corazón latiendo como si hubiera corrido cinco kilómetros esa mañana.

Mientras atravesaba el jardín de la entrada, una bandada de galahs rosas y grises se posaron sobre un árbol. Al lado del columpio de Ruby había una bicicleta rosa con una cestita de mimbre...

¿De verdad sólo habían pasado dos días desde que estuvo allí? Tenía la impresión de que hubieran pasado semanas.

Lo que debería hacer que se alejara de allí hacía que se moviera hacia delante: la posibilidad de verlos juntos. Comprobar si Zach era tan buen padre como ella creía.

Comprobar si Ruby era la niña que imaginaba. Sería una tortura, pero tenía que saberlo. Ver si ese tipo de relación podía existir de verdad.

Su móvil volvió a sonar y, después de apagarlo, lo guardó en el bolsillo de sus vaqueros.

Una mujer de pelo gris apareció en el porche en ese momento y se sobresaltó al verla.

–Es usted tan silenciosa que no la había oído llegar.

–Soy Meg –se presentó ella, con la famosa sonrisa de Meg Kelly–. El señor Jones me espera.

La mujer se puso colorada.

–Sí, claro que sí. Yo soy Felicia, la niñera de Ruby. Siéntese, por favor, Zach vendrá enseguida.

–Muy bien –dijo ella, ofreciéndole el ramito de flores.

–Muchas gracias. Voy a ponerlas en agua.

Nerviosa, Meg se colocó el escote de la blusa campesina para asegurarse de que tapaba lo que tenía que tapar.

Pero cuando oyó pasos tras ella tuvo que agarrarse a la barandilla. Zach iba descalzo, con unos vaqueros gastados, una camiseta de color café y el pelo mojado, como si acabara de salir de la ducha. Y Ruby iba detrás de él, medio escondida entre sus piernas.

Su corazón empezó a latir de tal forma que casi temió que saltara de su pecho.

–Has venido.

Meg se encogió de hombros, fingiendo una despreocupación que no sentía.

–No tenía ningún otro sitio al que ir.

–No voy a poner eso en los folletos del hotel –rió Zach.

–Muy listo.

Los dos estaban sonriendo, pero se alegró al ver que no era la única que estaba nerviosa.

–Ruby, ¿no vas a saludar a Meg?

La niña la miró, en silencio, como intentando decidir qué debía decirle. Pero Meg se lo puso fácil poniéndose en cuclillas para mirarla a los ojos.

–No me habrás guardado ningún muffin del otro día, ¿verdad?

Ruby negó con la cabeza.

–Imagino que porque tu papá se los comió todos.

–Sí.

–Hombres –suspiró Meg–. Prométeme que nunca cometerás el error de pensar que son seres complicados.

–No –contestó Ruby, con una sonrisa en los labios.

–Por cierto, volveré en un momento con comida de verdad –dijo Zach entonces–. Nada de muffins. Y comportaos las dos.

Zach entró en la casa, llevándose con él su corazón. Suspirando, Meg se acercó a la mesa, bajo una sombrilla de color crema, y se apoyó en el respaldo de un banco de madera.

–Bueno, señorita Ruby, ¿cuál es el plan para esta mañana?

–Como mi papá eligió a quién invitábamos, yo elegí lo que íbamos a comer.

–¿Ah, sí? ¿Y qué vamos a comer?

–Sándwiches de mantequilla de cacahuete, pero mi papá pensó que tú querrías comer otra cosa… pero yo le dije que a ti te gustarían.

–¿Te puedes creer que de todas las cosas que podría elegir, los sándwiches de mantequilla de cacahuete son mis favoritos?

–¡Lo sabía! –exclamó Ruby–. Me gustaba tu vestido rosa y como a mí me gusta la mantequilla de cacahuete sabía que a ti también te gustaría… ¡espera un momento!

–No pienso irme a ningún sitio.

Ruby entró corriendo en la casa y Meg tragó saliva. No debería haber ido, pensaba.

Sabía que, si lo hacía, le entregaría su corazón a aquella niña, que se preguntaría cómo iba a volver a su vida normal de sonrisas y fotos y mentiras.

A menos que aquello no tuviese que terminar.

A menos que Zach la hubiese llevado allí con alguna intención. A menos que la noche anterior hubiera significado para él tanto como para ella.

Ruby volvió corriendo al porche escondiendo algo a la espalda.

–¿Qué llevas ahí?

–Le pedí a mi papá que te lo diera ayer, pero lo he encontrado encima de la mesa esta mañana. Se le debió de olvidar.

Meg le pasó un brazo por los hombros mientras abría el regalo: un cuadradito de cartulina rosa pegado con celo. En el interior, Ruby había dibujado a una mujer que podría ser ella: una chica de pelo rizado y vestido rosa con un montón de muffins de chocolate a sus pies.

Para Meg, decía en letras multicolores. *Un beso,Ruby.*

Se le puso el corazón en la garganta. La niña había hecho esa preciosa tarjeta para ella el día anterior…

Y Zach no había olvidado dársela. No lo había hecho porque no quería que ni él ni su hija se encariñasen con ella.

Meg tuvo que hacer un esfuerzo para respirar, pero consiguió darle las gracias a Ruby.

Había sido muy inteligente por parte de Zach, muy responsable. Pero eso no evitaba que se le encogiera el corazón hasta parecer tres veces más pequeño de lo normal.

–¿Seguís de una pieza las dos? –las llamó Zach cuando se reunió con ellas en el porche.

Meg guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón y miró a Ruby llevándose un dedo a los labios.

Los ojos de Zach estaban llenos de preguntas, de devoción por su hija y de promesas.

Pero Meg sabía que esas promesas no eran para ella.

Todo eso y aún no habían empezado a comer. Y para salir airosa de ese encuentro iba a tener que hacer la interpretación de su vida.

Zach dejó una bandeja de fruta y quesos sobre la mesa, con las flores silvestres que ella había llevado en el centro.

–Son las favoritas de Ruby.

La niña tomó una margarita y se la puso en el pelo, sonriendo como sólo podía hacerlo un niño.

–¡Espera un momento! –exclamó después–. Tengo otra cosa para ti.

Zach la miró como si escondiera un gran secreto, cuando era ella quien tenía el más grande de todos.

–¿Qué estabais haciendo antes de que saliera?

–No sé de qué hablas –sonrió Meg, mirando esos ojos castaños que no olvidaría nunca.

–Mientes muy mal.

Ella parpadeó, tomando una fresa de la bandeja.

–Ruby parece muy contenta.

–Porque lo está. De hecho, lo estamos los dos –dijo Zach–. Al menos estamos en el camino adecuado, creo. Y cuando vuelvas a casa

deberías hablar con tu padre.

–¿Sobre qué?

–Meg, estás hablando conmigo –murmuró él entonces, mirándola a los ojos.

Meg tragó saliva. Sabía perfectamente con quién estaba hablando: con el hombre que le había robado el corazón.

Alargó una mano para tocarlo, pero en ese momento oyeron pasos en el porche…

–Perdonad que os moleste, pero llaman a Meg de recepción –era Felicia, con un teléfono portátil en la mano.

Meg maldijo a recepción con todas las fibras de su ser por elegir precisamente aquel momento. Pero entonces se dio cuenta de que no le había dicho a nadie que estaría allí.

Como si eso pudiera detener a los Kelly. Si era Dylan para que le confirmase si asistiría a los premios de la moda o algo parecido…

–¿Sí? –contestó, malhumorada.

–Menos mal que te encuentro.

–¿Qué pasa, Rylie?

–Cariño, tienes que volver ahora mismo.

–¿Qué ha pasado?

–Es tu padre.

Meg apretó los labios, furiosa. De todos los días que podía haber elegido para ponerse en contacto con ella…

–Ha sufrido otro infarto, Meg –dijo Rylie entonces.

–Pero está vivo.

–Sí, está vivo. Brendan me ha llamado al móvil porque no te localizaba. Tabitha está haciendo las maletas.

–Voy enseguida.

Después de cortar la comunicación no sabía qué hacer con el teléfono y Zach se lo quitó de la mano antes de envolverla en sus brazos.

–¿Qué puedo hacer por ti?

«Necesito que me quieras de verdad. Necesito que me dejes ir».

–Tengo que volver a casa.

A casa. A su vida. A su padre. Dios santo, ¿podría ser aquélla la última vez?

Temblaba de tal forma que Zach la tomó del brazo.

–Vamos, te acompaño.

–Pero Ruby…

–Felicia cuidará de ella, no te preocupes. Luego le explicaré que has tenido que irte por un asunto urgente.

–¿Y los sándwiches de mantequilla de cacahuete? Tenía tanta ilusión…

–No te preocupes por eso –la interrumpió él, apretando su

cintura–. Deja de preocuparte por nosotros y sigue caminando.

Cuando tropezó por tercera vez, Zach la tomó en brazos y Meg le echó los brazos al cuello, apoyando la cara en su pecho. Le daba igual quién los viera y, aparentemente, también a él.

Zach la dejó en el suelo cuando llegaron a la entrada de la residencia Waratah, donde Rylie y Tabitha la esperaban con el Jaguar en marcha.

–Cuidad de ella –les pidió mientras Tabitha arrancaba el deportivo.

–Lo haremos, señor Jones. Siempre lo hacemos.

Meg miró hacia atrás, pero su figura iba perdiéndose a lo lejos y ya no podía ver sus ojos ni darle las gracias. No podía decirle nada.

Una hora después, con Rylie apretando su mano en el asiento trasero, los edificios de cristal y acero de Brisbane aparecieron ante ellas.

La torre Kelly, el cuartel general de la Empresa de Inversiones Kelly, destacaba entre todos los demás edificios, majestuosa, un vivo recordatorio de que ya casi estaba en casa. Que en unos minutos estaría de vuelta en la frenética actividad que era su vida. Que una vez más su padre, un hombre que seguramente preferiría que ella no estuviera allí, iba a convertirse otra vez en el centro de su vida.

Meg sacudió la cabeza y, al hacerlo, la margarita que Ruby le había puesto en el pelo cayó en su mano. De no ser por eso, podría pensar que los últimos días habían sido un sueño.

CAPÍTULO 12

HABÍA pasado una semana cuando Zach atravesó la verja de la impresionante mansión de los Kelly en Ascot.

Una semana sin saber nada de Meg, aparte de lo que leía en los periódicos… y nunca se sabía si era verdad o no. Una semana viviendo con el recuerdo de su cuerpo en una cama ahora solitaria. Y tenía que hacerlo mientras lidiaba con su peor pesadilla.

Había montañas de periodistas fuera y todos miraron hacia el asiento trasero del coche, donde estaba Ruby.

Pero Zach había tomado una decisión: no iba a dejarla encerrada en el hotel. Lo mejor que podía hacer por ella era asegurase de que se sentía querida y segura, pero también mostrarle que su futuro estaba lleno de posibilidades.

Y mientras su hija florecía bajo esa nueva filosofía, dentro de aquella enorme casa había otra mujer que estaba sufriendo. Y tampoco tenía intención de abandonarla.

–Cariño… –sonrió, mirando a Ruby por el espejo retrovisor.

–Sí, papá.

–¿Ves a todos esos fotógrafos? Si no quieres que te hagan fotografías, puedes meter la cabeza entre las rodillas.

–No me importa.

Zach se volvió para mirar a su hija. Una niña que tenía todas las razones para portarse como un cachorrillo asustado era, sin embargo, una de las personas más valientes que había conocido y sólo esperaba que un poquito de ese carácter se debiera a él.

–Muy bien –le dijo, haciéndole un guiño–. Allá vamos entonces.

Los reporteros empezaron a hacer fotografías, pero logró atravesar la verja de una pieza.

–¿Estás bien, cariño?

–¿Por qué querían una foto mía? –preguntó Ruby.

–Porque eres muy guapa.

La niña se colocó la cinta rosa del pelo que Felicia le había puesto esa mañana.

–¿Podemos pedirles una copia de la foto para llevarla al colegio?

–Ya veremos lo que se puede hacer –sonrió Zach.

Tener que localizar a un periodista para pedirle esa foto sería lo más absurdo que hubiera hecho nunca. Claro que no se podía comparar con los últimos quince días.

Zach detuvo el coche tras el Jaguar rojo en el que Meg había desaparecido siete días antes y sujetó el volante con fuerza al recordar su mirada mientras se alejaba. Debería haber ido antes, pensó.

Pero estaba allí ahora y esperaba que eso fuera suficiente.

Tomando a Ruby de la mano, subió los escalones de la impresionante mansión. Un segundo después de llamar con los anticuados aldabones de bronce, la madre de Meg, la propia Mary Kelly, abrió la puerta. Zach vio a Meg en el pelo, en la forma de su barbilla y en la misma incapacidad para esconder sus sentimientos tras una sonrisa estudiada.

–Siento molestar, señora Kelly. Mi nombre es Zach Jones, soy el propietario del hotel Juniper Falls Rainforest y estaba con Meg cuando recibió la noticia de que su marido había sufrido un infarto. He venido para preguntar cómo se encuentra.

–Ah, claro, Zach, pase por favor –sonrió Mary.

Ruby iba tras él, tan pegada como si la hubieran cosido a sus pantalones.

–¿Y quién es esta niña tan guapa?

–Es Ruby, mi hija.

–Me alegro mucho de conocerte, Ruby. Y mis nietas también se alegrarán. Violet y Olivia están jugando en el jardín con su tío Dylan. ¿Quieres ir a saludarlas? –Mary le ofreció su mano y Ruby la tomó con toda confianza.

–Bueno.

–James, ¿te importa acompañar al señor Jones al saloncito de arriba, donde está Meg?

–Por aquí, señor –dijo el hombre, señalando la imponente escalera.

Había fotografías y retratos familiares en las paredes, no sólo de los Kelly de ahora, sino de generaciones atrás. Él no tenía fotografías de sus padres y tampoco guardaba ya ninguna de su infancia, de modo que el «paseo de la fama» de los Kelly era un poco intimidatorio.

Pero cuanto más se acercaban al segundo piso, más familiares le resultaban las fotografías. Quinn y Mary Kelly en un yate, con dos niños sentados a sus pies. Los tres hermanos jugando al críquet en el jardín y Meg en la playa, más joven que Ruby ahora, haciendo pucheros porque el helado se le había caído al suelo.

«Y mírala ahora», pensó, frente a una fotografía reciente en la que sonreía a la cámara con un precioso vestido plateado y el pelo suelto. Había una gran confianza en sus ojos, pero él sabía lo que se había esforzado para ganársela.

–Por aquí, señor –dijo James–. La señorita Meg está en la habitación del fondo. ¿Quiere que lo anuncie?

–No, gracias.

Era una habitación llena de sillones y sofás antiguos, mezclados de manera incongruente con aparatos de última generación y estanterías repletas de películas. Y al fondo de la habitación, sentada en un sofá, mirando con expresión ausente hacia el balcón, estaba Meg.

Se le encogió el corazón al verla con una camiseta, unos vaqueros

viejos y unos calcetines rojos. No llevaba una gota de maquillaje y del moño se le escapaban varios rizos.

Estaba tocándose distraídamente el labio inferior mientras al fondo se veía una película en una pantalla gigante.

Ahora que estaba allí se daba cuenta de que era un testimonio de su fuerza de voluntad haber estado sin ella una semana. Y ahora que estaba allí, tan cerca, no podía esperar un segundo más.

Zach se aclaró la garganta y ella levantó la cabeza.

–¿Zach?

Meg se levantó, caminando hacia él como si estuviera en un sueño, como si lo hubiera imaginado. Y él tuvo que clavarse las uñas en las palmas de las manos para no abrazarla.

–¿Cómo está tu padre?

–Ha sufrido dos ataques más esta semana. Está lúcido y su presión arterial es estable, pero se niega a ir al hospital. No hay manera de convencerlo. ¿Pero qué haces aquí?

–Te fuiste con tanta prisa que no pudimos despedirnos. Estabas muy disgustada… y tenía que venir a verte –aquello era más difícil que decirle a Ruby cuánto la quería–. He estado pensando en ti.

Día y noche. Casi le parecía oír su voz por el hotel y respirar su perfume de jazmín…

Meg se volvió hacia el balcón al oír unas risas infantiles y Zach la siguió.

Ruby estaba sentada sobre las rodillas de Mary Kelly, observando a dos niñas con vestidos de princesa y tiaras corriendo con sus cometas. A su lado, tomando un té, sentados en sillas de mimbre blanco, como en una escena de *El gran Gatsby*, otros Kelly, hermanos, hermanas, tíos y abuelos observaban la escena.

–¿Has traído a Ruby? –Meg se agarró a la balaustrada de piedra como si estuviera a punto de saltar para rescatar a la niña de las garras de sus parientes.

Tenía un instinto natural para defender a aquéllos que no podían defenderse solos. De niña podría no haber sabido cómo hacerlo, pero ahora era una luchadora.

–Me oyó decirle a Felicia que tu padre estaba enfermo y se negó a dejarme venir a verte sin ella. Quería comprobar por sí misma que estabas bien.

–¿Ella está bien? –murmuró Meg–. Tal vez le ha recordado a la enfermedad de su madre…

–No, está bien, no te preocupes. Siente curiosidad, creo. Es una niña asombrosa, dura cuando tiene que serlo y tierna cuando hace falta.

«Como tú», le hubiera gustado decir, pero sabía que no estaba preparada para escuchar eso todavía.

–¿Tú tienes idea de la cantidad de reporteros que hay en la puerta?

–Pues claro, he entrado por allí

–Te han visto y han visto a Ruby. Ahora sabrán quién eres y quién es la niña. Es tu única heredera, así que se la comerán viva.

Zach deseaba tanto besarla que tenía que apretar los dientes para controlarse.

–Lo sé, pero estoy harto de esconder a mi hija. No voy a enseñarle que lo mejor es vivir escondido, Meg. Hemos decidido que la vida nos puede dar las sorpresas que quiera porque estamos preparados.

Ella parpadeó, sorprendida.

Pero Meg era su inspiración, alguien de quien quería saberlo todo. Alguien a quien quería a su lado en aquel nuevo capítulo de su vida.

A los cinco años, su felicidad estaba en manos de extraños, a los treinta y cinco la felicidad era suya si se atrevía a buscarla.

–Por eso estamos aquí.

«Y somos tuyos si nos quieres», pensó. Ella lo entendería. Lo único que había hecho falta siempre entre ellos era una mirada.

–¿Alguien te ha ofrecido un café, algo de beber? ¿Quieres una limonada? James hace una limonada riquísima. En serio, si abriese un negocio, se haría rico y no tendría que volver a abrir la puerta para nadie…

–Meg.

Ella entró de nuevo en el salón y se dejó caer en el sofá, como si estuviera tan cansada de luchar que no podía permanecer de pie.

–La semana pasada mi familia estuvo una hora intentando localizarme, pero yo apagué el móvil porque estaba harta de ellos. Iba a comer con Ruby y contigo y era más fácil creer que no existían, que podía olvidarme de ellos… –empezó a decir–. Pero esto es lo que soy.

Aquí es donde tengo que estar.

–Eso no tiene sentido.

–¿Perdona? ¿Qué no tiene sentido?

–Meg, tú eres una dinamo humana, una inspiración. La gente te importa tanto que no sé si cuidas lo bastante bien de ti misma. Y has sido un pequeño milagro en mi vida. Pero creer que mereces sufrir por tu padre es ridículo. Te estás castigando a ti misma por sus errores.

Ella parpadeó, atónita.

–Pero…

–Me has regalado tantas palabras sabias que ahora es mi turno –siguió Zach–. La familia no es algo a lo que uno deba estar atado de manera obligatoria, sino una elección.

Porque uno elige con quién quiere pasar su vida. Que los Kelly sean una fuerza de la naturaleza no tiene por qué ser una barrera para ti. Y no tiene por qué evitar que tú formes tu propia familia.

–Zach, no es tan sencillo.

–Lo único que a mí me ha detenido he sido yo mismo, pero entonces apareció Ruby y elegí tenerla en mi vida. Y mírame ahora.

Meg tragó saliva.

–Yo no soy como tú.

–Y por eso te estaré eternamente agradecido, pero tú tampoco eres tu padre –suspiró Zach, dejándose caer en el sofá, a su lado–. Meg, he venido porque me ha quedado claro esta semana que tú eres mi familia. Que te he elegido como parte de mi familia.

Por un momento hubo un brillo de esperanza en sus ojos, pero enseguida negó con la cabeza.

–No puede ser. Es mejor que no me acerque a tu hija, créeme.

–Ruby te adora…

–Zach, por favor. Si Ruby se parece a mí cuando tenía dieciséis años, perderás el pelo antes de lo normal –intentó bromear Meg.

–Deja que yo me preocupe de eso.

–Mira, Zach, yo dejé el colegio a los dieciséis años y me iba a bailar cada noche. Bebía como una esponja… me dejaban entrar en todas partes porque era una Kelly. Cuando me rompí el diente con una copa de champán estaba sentada frente a una discoteca, tomando la segunda botella de trescientos dólares. ¡A los dieciséis años! Esa misma noche me detuvo la policía por conducir borracha siendo menor de edad y con una bolsa de marihuana en la guantera. Había amigos conmigo en el coche… amigos a los que podría haber matado pero que, por alguna razón, siguen siendo mis amigos ahora… ése podría haber sido mi final, pero alguien intervino y me dejaron ir sin cargos. Alguien pagó la fianza y a todos los periódicos del país para que no publicasen la noticia.

–Alguien –dijo Zach–. Te refieres a tu padre.

Meg respiró profundamente.

–Sí, claro, mi padre. El fideicomiso de mi abuelo no podía ser mío hasta que cumpliera los veintiún años, pero me lo dio a los dieciocho y yo pensé que era su manera de lavarse las manos. Ese día busqué un médico para… –no terminó la frase, angustiada.

–¿Para qué, Meg?

–Para hacerme una ligadura de trompas. No quería tener hijos, Zach. Y es irreversible.

No puedo tener hijos.

Si Quinn Kelly no estuviera a las puertas de la muerte, Zach temía lo que podría haberle hecho en ese momento.

Meg lo miraba como si esperase que saliera corriendo, pero lo único que él quería hacer era tomarla entre sus brazos y asegurarle que no pasaba nada, que debía absolverse a sí misma. Hasta que empezó a pensar en lo que eso significaba para él, en lo que podría haber pasado si Isabel hubiera hecho eso y no tuviera a Ruby.

–¿No vas a decir nada? –murmuró ella, su voz suave, desolada.

Zach se pasó una mano por la cara. ¿Que podía decir?

–Necesito un momento –murmuró, levantándose.

–No debería habértelo contado –Meg sacudió la cabeza.

–Espera un momento… me acabas de lanzar una granada de mano y sé que esperas que salga corriendo. Pero no voy a salir corriendo, sólo necesito un momento.

–Tenías que aparecer en mi vida… –empezó a decir Meg–. Y no me dejabas un minuto para pensar, para alejarme de ti. Si esto es difícil para ti, lo siento pero es culpa tuya.

–Has elegido al hombre equivocado para apartarlo de tu vida. Porque no pienso salir corriendo nunca más.

–Pero es que sigues corriendo, lo que pasa es que no te das cuenta –dijo ella entonces, su voz tan pausada que Zach se preguntó si en algún momento había llevado el control de la conversación–. Esa mañana, en tu casa, Ruby me dio la tarjeta que me había hecho.

–¿La tarjeta?

–Sí, una tarjeta rosa en la que me había dibujado… la que tú no quisiste darme por la noche.

Zach se quedó inmóvil, comprendiendo lo importante de esa afirmación. Entonces le había parecido una decisión sensata, un seguro de vida para proteger a su hija y a sí mismo.

Al final, podría haberle costado todo.

–La semana pasada fue maravillosa y nunca la olvidaré, pero la tarjeta sólo demuestra que yo tenía razón, que no estás preparado para tener una relación conmigo.

Él negó con la cabeza. Los dos eran tan hábiles convenciéndose a sí mismos de lo que querían creer que, si seguían así, aquello iba a acabar en un desastre. Y decidió actuar por instinto, sin pensar más.

Tirando de ella para levantarla del sofá, la envolvió en sus brazos y Meg se derritió en ellos mientras besaba su frente, su pelo, su cuello. Suspirando, le devolvía los besos con tal ternura, con tanto amor que Zach tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tumbarla en el sofá y demostrarle allí de la manera más básica que él tenía razón y ella estaba equivocada.

–¿Por qué no me odias por lo que hice?

–Porque sé por qué lo hiciste.

–Recuérdamelo, por favor. Ahora mismo estoy intentando buscar una buena excusa y no la encuentro.

–No querías que ningún otro niño tuviera que sufrir el rechazo que sufriste tú, es muy sencillo. Tenías dieciocho años, Meg, seguías siendo una cría. Y no sé quien fue el médico que te hizo la operación, pero merece que le quiten la licencia –dijo Zach–. Sería imposible que te odiara, Meg. ¿Cómo voy a odiarte cuando te quiero tanto?

Lo había dicho. Ella era su sitio seguro, su hogar.

Pensaba que la había convencido hasta que ella levantó las manos en un gesto de súplica. Y podía ver que lo hacía en serio.

No era tan importante para ella.

Zach la soltó como si le quemaran los dedos y Meg se abrazó a sí misma, volviendo al balcón para mirar a las niñas, la única familia que creía merecer.

–Por favor, quédate el tiempo que quieras. Ruby lo está pasando bien –murmuró–.

James te acompañará abajo.

No había nada más que decir, de modo que Zach obedeció.

Había pasado toda su vida adulta protegiéndose de una situación así: amar ciegamente a alguien sin garantías de que le devolviera ese amor. Pero Meg había roto esa barrera con la sutileza de una bola de demolición, convenciéndolo de que merecía la pena arriesgarse.

Mientras bajaba la escalera, se percató del único factor que no había tomado en cuenta: que para ella el riesgo de amarlo podría ser aún demasiado grande.

***

Meg estaba sentada en una de las sillas de mimbre blanco del jardín, el sonido de las risas de las niñas ahora sólo un eco en su cabeza.

Zach había ido a casa de sus padres y había dejado a su preciosa hija jugando con sus sobrinas. Estaba más guapo que nunca… y también más asustado. Le había contado su secreto, un secreto que significaba que nunca podría darle la familia que él quería y, sin embargo, Zach había dicho que la quería.

No podía haber hecho nada más para demostrar que era el hombre que ella sabía que podía ser. Y aun así le había dado la espalda.

–Cariño –la llamó su madre–. ¿No vienes a cenar?

Meg sonrió, estirando las piernas.

–Iré enseguida.

–Tu padre está solo ahora mismo, si quieres hablar con él. Me he dado cuenta de que no has entrado a verlo desde que volviste y he pensado que ahora podría ser un buen momento.

Meg se puso tensa. Su madre tenía razón sobre una cosa: no había mejor momento que el presente.

–Mamá, ¿puedo hablar contigo?

Mary se sentó a su lado, pero al borde de la silla, como si estuviera dispuesta a salir corriendo en cualquier momento.

–Mamá, no quiero hablar con él y creo que tú sabes por qué.

Mary unió las manos sobre sus rodillas hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

–Cariño, tu padre está enfermo y…

–Lo sé –la interrumpió Meg–. Pero tú sabes cómo me trató cuando era niña. Incluso llamarlo «papá» me parecía raro. Me lo sigue pareciendo.

–Es un hombre muy severo, lo sé. Y ha presionado tanto a sus hijos como se ha presionado él mismo –suspiró su madre–. Su trabajo era entonces tan estresante… el negocio estaba empezando y su padre fue muy duro con él. Pero recuerda todo lo que hizo por nosotros, hija, por la familia.

Meg asintió con la cabeza. Ya había oído todo eso antes.

–¿Y por eso me tuvisteis a mí, por la familia? ¿Para evitar que se rompiera cuando papá tuvo una aventura?

Mary abrió la boca para negarlo, pero luego sacudió la cabeza, como si no tuviera fuerzas para luchar más o para negar la evidencia.

–Tú siempre has sido la más sensible de todos, cariño. Fuiste una bendición para mí cuando más te necesitaba, pero no puedes culpar sólo a tu padre. Los dos hicimos cosas que no deberíamos haber hecho.

–¿Tú tuviste una aventura? –exclamó Meg, atónita.

Mary asintió con la cabeza, sus ojos llenos de lágrimas.

–Fue algo muy corto y absolutamente estúpido por mi parte, pero al final nos benefició a los dos porque nos dimos cuenta de que queríamos ser una familia otra vez –respondió, alargando una mano para apartar un rizo de su frente–. Tenerte a ti después de eso fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

Meg siempre se había preguntado si había sido una medida para evitar males mayores o un accidente. Jamás se le ocurrió que había sido una elección.

–¿Soy su hija, mamá?

–Pues claro que sí –exclamó Mary, sorprendida–. Mírate, Meg, tienes los mismos ojos, el mismo carácter… y la misma capacidad de perdonar –dijo después, levantándose–. No tardes en entrar, hija, la cena está lista y tu padre sigue solo en su habitación.

Meg asintió, pero se quedó donde estaba.

Perdonar.

Zach había perdonado a sus padres de acogida por no tratarlo con el cariño que merecía, los Kelly se habían perdonado sus aventuras… pero su padre nunca se perdonó a sí mismo por lo que había hecho y por eso se había convertido en un hombre amargado.

Meg tenía que perdonarse a sí misma por las decisiones que había tomado cuando era una cría. Sólo entonces podría abrazar la vida, aportar algo al centro de acogida, ser una parte integral del éxito de su familia…

Y enamorarse de Zach.

Eso debía de ser lo más inteligente que había hecho nunca. Zach la conocía, la entendía y la amaba. Pero, sobre todo la había ayudado a darse cuenta de lo lejos que había llegado, que ahora se conocía, se entendía y se perdonaba a sí misma.

¿Podría perdonarla por abandonarlo? ¿Podría perdonarse ella misma? Antes de descubrirlo, había una última persona con la que tenía que hacer las paces.

***

Esa noche, después de una típica y combativa cena de los Kelly, agotada, Meg subió al segundo piso y entró en la habitación de su padre.

Conectado como estaba a varios aparatos parecía viejo, frágil, su piel tan fina como el papel. Incluso sus párpados estaban arrugados. Así parecía tan inofensivo…

–Papá…

Quinn Kelly dio un respingo.

–¿No podrías haber entrado haciendo menos ruido? ¡Me has dado un buen susto!

–¡No grites! –le advirtió ella–. Te desconectarás algo y supongo que no querrás que sea yo quien vuelva a conectarlo.

Él intentó sentarse en la cama, pero no pudo hacerlo y empezó a soltar palabrotas.

–¿Qué haces aquí, Meg? Me habían dicho que estabas de vacaciones.

–Volví hace unos días.

–No por mí, imagino.

–No, claro que no –contestó ella–. Violet y Olivia tenían una competición de críquet.

He tenido que volver por ellas.

–A ti nunca se te dio bien el críquet.

–Ya lo sé. Y también sé que tú me lo recordaste muchas veces.

Quinn hizo una mueca.

–¿Hubieras preferido que te diese coba? Que te durmieras en los laureles no habría servido de nada.

–No, es verdad. Tú te encargaste de que no pudiera hacerlo nunca.

Y allí estaban, en la casilla uno de nuevo. Como siempre. Los dos mirándose con recelo, cada uno desde su esquina.

Meg estaba a punto de darse la vuelta cuando se dio cuenta de que eso no serviría de nada. Tenía que resolver aquel conflicto eterno con su padre y tenía que hacerlo en ese momento.

–Papá –murmuró, tomando su mano–. Parece que la sangre Kelly tiene más importancia de lo que yo pensaba y… creo que al final voy a echarte de menos. Pero quiero contarte una cosa: soy voluntaria en

un centro de acogida para mujeres maltratadas desde hace tiempo.

Es muy duro, pero me da mucha satisfacción poder ayudar. Tanto que he decidido dejar mi trabajo de relaciones públicas para la familia Kelly y dedicarme exclusivamente a ese proyecto. De hecho, incluso he pensado hacer un curso de asistencia social, así que ya no tendré tanto tiempo.

Él abrió la boca para decir algo, pero Meg levantó una mano.

–No, esta vez no. La decisión está tomada. Y hay algo más, papá: estoy enamorada de un hombre maravilloso que lo sabe todo sobre mí y me quiere de todas formas. ¿Te lo puedes creer?

Apenas podía creerlo ella misma, pero decirlo en voz alta por fin lo hacía maravillosamente real.

–Estoy cansado, Meg –murmuró su padre, volviendo la cabeza–. ¿No puedes hablar de esto con tu madre?

–Lo haré, claro. Pero quería contártelo a ti. Quería que tú supieras que ha llegado un momento en mi vida en el que creo que puedo ser feliz de verdad.

–¿Y querías decírmelo en caso de que no despertase mañana?

Meg levantó una ceja.

–Eso es. Pero ahora ya lo sabes: a tu hija le va a ir todo bien.

Quinn Kelly la miró a los ojos durante unos segundos, sin pestañear. Unos ojos tan parecidos a los suyos. Pero después miró el dosel de la cama, como si tuviera más interés que nada de lo que ella pudiera contarle.

–Muy bien. Ahora lo sé.

No era una enhorabuena y tampoco era un acto de contrición. Y, sin embargo, Meg sintió que sus viejas heridas empezaban a curar.

Entonces sonó un golpecito en la puerta y James entró en la habitación… con una caja de donuts en la mano. Meg iba a decir algo, pero luego pensó que ella no era la guardiana de su padre como no lo era el mayordomo. De modo que, sin decir una palabra, salió de la habitación como si no hubiera visto nada.

Sintiendo como si estuviera flotando, entró en su dormitorio, tomó el bolso, se arregló el pelo, se puso un poco de perfume y bajó la escalera.

Cuando pasaba frente a la biblioteca, donde la familia se había reunido para tomar una copa después de la cena, Dylan la llamó:

–Ven aquí, Meg. Quiero que miremos la agenda de la semana que viene. Tienes un montón de cosas que hacer.

Sus pies tocaron el suelo entonces. Decirle a Dylan que tendría que encontrar una sustituta para ser el rostro oficial de la familia Kelly le llevaría horas, de modo que no se detuvo.

Bajó los escalones de la casa de dos en dos, la brisa de verano moviendo su pelo, abriendo sus pulmones y haciendo que se sintiera

más libre que nunca.

O tal vez era pensar en un hombre con los ojos de color chocolate, pelo oscuro, cálidos brazos y suficiente valor como para decirle lo que sentía. Un hombre capaz de amarla a pesar de todo.

Meg subió al Jaguar y tomó el camino que llevaba a la entrada de la mansión Kelly, dejando a su paso una nube de polvo.

***

Sólo cuando llegó a la verja del hotel Juniper Falls, Meg se dio cuenta de que no había trazado ningún plan. Nerviosa, pulsó el intercomunicador y esperó hasta que contestó una voz adormilada:

–¿Quién es?

–Hola, soy Meg Kelly. ¿Podría decirle a Zach Jones que estoy aquí?

Al otro lado hubo una pausa.

–Que yo sepa, el señor Jones no espera visitas a esta hora, señorita Kelly.

–Lo sé y lo siento, pero es una visita sorpresa y es muy importante para mí.

–Lo lamento, señorita Kelly, pero…

–¡He venido a decirle que le quiero! –lo interrumpió Meg entonces.

La verja se abrió inmediatamente y dos hombres de uniforme salieron de la caseta para saludarla con una sonrisa en los labios.

–Tome el camino que da la vuelta a la residencia Waratah y siga la valla de piedra…

enseguida llegará a la residencia del señor Jones. ¡Y buena suerte!

No había manera de echarse atrás. Su amor por Zach Jones ya no era un secreto y no había nada que la detuviera más que ella misma… y ella estaba pisando el acelerador.

***

Zach estaba esperando en la puerta con el pantalón del pijama cuando el ruidoso deportivo de Meg se detuvo.

–Meg, no me digas que tu padre…

–No, no, tranquilo, mi padre está bien. Pero hemos hablado… bueno, yo he hablado y él ha fingido que no me escuchaba, como siempre. Ha sido como soltar un aliento que hubiera contenido durante treinta años, pero no podría haberlo hecho si tú no me hubieras animado, Zach. Así que lo primero que debo hacer es darte las gracias.

Él abrió la boca para decir algo, pero Meg hizo un gesto con la mano.

–También he hablado con mi madre y esa charla me ha aclarado muchas cosas. Hasta tú te quedarías sorprendido… o tal vez no.

Temiendo que explotase por combustión espontánea, Zach la tomó del brazo para llevarla al cobertizo de la piscina. Una vez dentro, encendió la luz y la ayudó a sentarse en un sofá de bambú.

–No quiero preguntar, pero ¿has estado bebiendo?

Meg soltó una carcajada.

–Café, sí. Pero nada de alcohol. No había dormido mucho en los últimos días, así que he tenido que parar un par de veces en la autopista para mantenerme despierta… –luego sacudió la cabeza, como si se diera cuenta de que no paraba de hablar.

–Meg –empezó a decir Zach, sentándose a su lado–, es más de medianoche.

–¿Ah, sí? –murmuró ella.

–Normalmente sigo trabajando a esta hora, pero ha sido un día muy largo.

–Dímelo a mí –rió Meg.

Sus ojos brillaban más que nunca, de un azul invitador, serenos, vívidos. Zach sintió que renacía la esperanza y eso era algo que no le había pasado muchas veces en su vida, pero le gustaba.

–¿Has venido a verme por alguna razón en especial?

–No sé por dónde empezar. Todo tenía sentido hace una hora y media, pero…

–¿Qué tenía sentido?

–Que fuiste a casa para decirme que me querías y, por alguna razón, yo intenté convencerte de que no era la noticia más maravillosa que había oído en mi vida.

El corazón de Zach empezó a dar saltos dentro de su pecho.

–Me quieres –siguió Meg, acercándose un poco más–. Tú, Zach Jones, me quieres lo suficiente como para darme el espacio y el tiempo que necesitaba para enfrentarme con mi pasado.

Él asintió con la cabeza.

–Debo de estar loco, pero te quiero con todo mi corazón.

–¿De verdad? –su voz era tan suave, tan insegura que le dieron ganas de reír.

El corazón de Zach era como un cohete a punto de despegar. La cuenta atrás había empezado en cuanto Meg salió del coche.

–Si sientes algo por mí, me lo dirás antes de que me pase algo.

Ella lo miró a los ojos mientras ponía una mano en su mejilla.

–He vivido con un miedo espantoso al rechazo toda mi vida y lo he combatido intentando que me quisiera el mayor número de gente posible. Tú me hiciste sentir que tenía que ganarme tu respeto y valoraste mi opinión. Por esa razón y por un millón de razones más, te quiero. Me encanta que seas el propietario de un montón de hoteles, pero que te gusten los muffins de chocolate, me encantan tus ojos, tu sonrisa, la dedicación a tu labor de padre y que hayas sido capaz de

perdonar a la madre de Ruby por no haberte hablado de la existencia de la niña… y que le hayas dado un giro de ciento ochenta grados a tu vida para cuidar de ella. Eres una especie única entre los hombres, Zach. Y te quiero tanto que no puedo más.

El cohete que había dentro de su corazón estalló, llenando los espacios vacíos.

–No tienes ni idea de lo feliz que me hace escuchar eso.

–Dímelo –sonrió Meg.

Zach tomó su cara entre las manos.

–Después de tantos años sin creer en el amor aún estoy atónito de haberlo encontrado contigo.

Ella levantó las piernas para colocarlas sobre su regazo.

–¿Y ahora qué? –le preguntó, con voz ronca–. Quiero decir, nosotros no somos los únicos afectados por esto.

–¿Qué tal si esperamos unos días para hacer el comunicado de prensa?

–No te hagas el listo, me refiero a Ruby.

–A mí me hace tortitas, pero nunca me ha escrito una tarjeta, así que tengo la impresión de que estará encantada.

Meg asintió con la cabeza.

–Eso espero. Pero mi familia… ya sabes cómo son.

–Hay una manera de arreglar las preocupaciones que puedas tener sobre la influencia de tu familia en nuestra chica.

–¿Cuál?

–Que no sea una Kelly. Y no serías una Kelly si tu apellido fuera Jones –sonrió Zach.

–Muy gracioso –dijo ella, dándole un golpecito en el brazo.

–Lo digo en serio. Cásate conmigo.

Meg lo miró a los ojos, sin atreverse a creerlo.

–No se le puede decir eso a una chica… especialmente a una que ha tomado tanta cafeína.

–Claro que puedo.

–¿De verdad quieres casarte conmigo? ¿Incluso sabiendo lo que sabes? Aunque no pueda tener… –Meg tragó saliva–. No puedo darte más hijos, Zach.

Él sabía que eso podría no ser así. Había estado investigando en Google como un loco en cuanto Ruby se quedó dormida. La operación que le habían hecho era irreversible y no podía concebir de manera natural, pero sí podían tener hijos por inseminación artificial.

–Meg… –empezó a decir, pasando un dedo por su cara–. Yo no quiero casarme con nadie más.

–Ah, el último romántico.

–¿Esto te parece romántico? –Zach tiró de ella y Meg se derritió sobre su pecho. No sabía cuánto tiempo estuvieron así antes de que

ella se apartase para mirarlo con sus famosos ojos azules llenos de lágrimas–. Dime que eso es un sí.

Meg le echó los brazos al cuello.

–Sí.

–No vamos a poder librarnos de la prensa, ¿verdad? Meg Kelly, la princesa de la alta sociedad, única hija de Quinn Kelly, se casa con el huérfano Zach Jones…

–Yo tampoco me casaría con nadie más. Pero antes de nada tenemos que aclarar una cosa.

–Cariño –dijo él, pasando un dedo por el cuello de su camiseta–, lo creas o no, mi fortuna es el doble que la tuya, de modo que un acuerdo prematrimonial no serviría de nada.

Meg lo miró, con una sonrisa que era entre beatífica y amenazante.

–Los Kelly no firman acuerdos prematrimoniales, se casan para siempre.

–Para siempre.

Zach jamás había creído que pronunciaría esas palabras, pero estaba deseando que ese «para siempre» empezase cuanto antes y buscó sus labios en un beso que parecía no terminar nunca.

–Eres demasiado fácil.

–Intenta jugar conmigo a cualquier juego de mesa y no pensarás lo mismo –rió Meg.

En lugar de eso, Zach eligió otro juego que los hizo ganadores a los dos. Y después, Meg se quedó dormida entre sus brazos.

Contenta, feliz, en casa.

EPÍLOGO

SEIS semanas después de haber convertido el hotel Juniper Falls en su hogar, y un mes después del funeral de Quinn Kelly, al que asistieron tres presidentes de gobierno, Meg estaba en la verja de entrada del hotel, su coleta moviéndose de lado a lado mientras intentaba que sus tacones no se clavasen en la hierba.

Cuando miró el anillo de compromiso que llevaba en el dedo, un solitario con un diamante rosa elegido por Ruby, pensó por enésima vez que su vida era maravillosa.

Aparte de sentirse como en casa en aquel sitio, con Zach y con Ruby en su vida, seguía acudiendo a algún evento esporádico como Meg Kelly, el rostro de la familia Kelly, pero sólo a los que ella misma elegía. Y seguía trabajando como voluntaria en el centro de acogida dos veces por semana, pero ahora lo hacía sin disfrazarse, interna o externamente, y la satisfacción que le daba era cada día mayor.

Pero aquel día, la última semana de las vacaciones de verano, iba a trabajar para el negocio de su nueva familia.

Un enorme autobús blanco atravesó la verja de Juniper Falls y apenas había parado cuando lo que parecían mil niños salieron de él. Niños desastrados con ojos que se les salían de las órbitas mientras miraban alrededor. Niños que vivían en orfanatos y centros de acogida y que, gracias a Zach, podrían pasar una semana en el hotel todos los veranos. Una idea maravillosa que la había emocionado.

Meg intentó llamar la atención de los niños:

–Bueno, chicos, necesito que me hagáis un favor y os organicéis en una fila por orden alfabético. Si lo hacéis en cinco minutos, habrá helados en el restaurante.

Los niños empezaron a gritar, emocionados, mientras se presentaban unos a otros para saber sus nombres, que era el objetivo de Meg.

Zach fue el último en salir del autobús y parecía agotado. Claro que después de una hora de viaje por la montaña con tantos niños lo entendía.

–Aquí está mi guerrero. Has sobrevivido –rió.

–La semana aún no ha terminado.

Juntos observaron a los monitores, encabezados por Felicia, que ahora era la coordinadora de actividades infantiles del hotel, intentando que los niños guardaran la fila.

–Jamás pensé que diría esto, pero gracias a Dios a Ruby le gusta más leer cuentos que corretear por ahí.

Meg se mordió los labios porque ella sabía que no era así. Las zapatillas manchadas de barro que había visto el primer día delataban

que también a Ruby le gustaban las aventuras, pero ése era otro misterio que su padre no sabría nunca.

–Yo he cuidado muchas veces de las niñas de Brendan y, créeme, lo mejor es dejarlos correr todo lo que quieran. Luego, en cuanto se hace de noche, caen en la cama rendidos.

–Que Dios te oiga –rió Zach–. No sé dónde nos hemos metido, pero confío en ti. Lo que me da pena es que Ruby se lo esté perdiendo.

–Volverá en un par de días, así que no se perderá mucho –sonrió Meg–. Ya sé que te lo he dicho cien veces, pero gracias por dejar que pase unos días con mi madre. Ruby será una buena influencia para mis sobrinas y tener en casa a todas las niñas es un gran consuelo para mi madre. Además, no tenemos que enviarla de vuelta al colegio inmediatamente, ¿no?

Puede quedarse con nosotros una semana más. Tampoco se va a perder tanto.

Zach le dio un beso en la frente.

–Tú eres la que ha tenido una familia. ¿Cómo es posible que ahora te conviertas en una mala influencia?

–Soy Libra, hago lo que tenga que hacer para que la gente me quiera.

–Ah, y yo pensando que la gente no podía evitar enamorarse de ti porque eres maravillosa –bromeó él–. Ahora resulta que es culpa del zodíaco.

–Deberías haber dejado que Rylie hiciese un informativo sobre lo que estás haciendo.

La publicidad habría sido buenísima.

–Sí, lo sería… si yo quisiera más publicidad.

–Pero piensa en la posibilidad de recaudar fondos…

–Tengo fondos más que suficientes para hacerlo solo, Meg.

–Ya, pero a mí me gustaría que todo el mundo supiera lo maravilloso que eres.

–Mientras lo sepáis Ruby y tú, el resto no me importa.

–¿Sabes una cosa? Casi es mejor, así te tengo para mí sola. ¿Cuándo nos vamos a St.

Barts para la inauguración del hotel?

–En doce días. Y podría ser nuestra luna de miel, ¿no te parece?

Aunque la idea era tan maravillosa como el día que lo sugirió, Meg quería que su familia acudiese a la boda y que todos fueran parte del día más feliz de su vida.

–¿Una boda rápida? ¿Una luna de miel de cuatro días? A veces creo que no me conoces en absoluto.

Zach levantó su barbilla con un dedo.

–Muy bien, entonces cuando volvamos –le dijo–. ¿Cuándo vamos a seguir hablando de lo que hablamos la otra noche?

–Podemos hacer algo mejor que hablar –sonrió Meg–. Dentro de unos días tengo una cita con un especialista en fertilidad de Melbourne. Ha inventado un proceso revolucionario y, si vamos a investigar las posibilidades de tener un hijo, es ahí donde podemos empezar.

Él se inclinó para darle un beso en los labios.

–Pase lo que pase, ya sabes que te querré siempre.

–Y yo también, amor mío.

Zach asintió. Promesa sellada.

–Se me acaba de ocurrir algo horrible… ¿y si Ruby quiere aprender a jugar al críquet?

–No le diría que no.

–Yo tampoco. La verdad es que resulta divertido… ah, mira –Meg señaló la puerta, por la que acababa de entrar otro autobús.

Cameron y su mujer, Rosie, bajaron de él intentando que los niños formasen una fila, aunque parecía imposible.

–¿Sabes lo que podría ser muy divertido? –sonrió Zach, acariciando su pelo.

–No sé si quiero saberlo.

Él movió las llaves del autobús frente a su cara.

–Yo creo que podrías estar interesada, cariño.